



Verónica Mengual



Dulce veneno
bajo la

Luna

Una historia de los Soldados Valerosos



© VERÓNICA MENGUAL
DULCE VENENO BAJO LA LUNA
Sello: Independently published

Primera edición, febrero de 2021
Impreso en España.
Corrección: Rosa Berini y Gaby Rodríguez Crucitta.
Editor: José Pedro Baeza Piera.
Diseño de portada: Verónica Mengual.

Reservados todos los derechos. Salvo excepción prevista por la ley, no se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos conlleva sanciones legales y puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

Dulce veneno bajo la luna

Una historia de los Soldados Valerosos

Verónica Mengual

*La vida no es fácil para muchas personas.
Antes de juzgar, se debe comprender.
Antes de exigir amor, se debe amar.
Dedicado a las parejas que no tuvieron un inicio idílico,
pero que no se rindieron y lucharon por su felicidad.*

*Este no es un libro con una mujer tierna y sensible.
Por ello está dedicado, además, a todas las mujeres que fueron duras,
malvadas, pero que aprendieron el valor de la redención,
del poder del amor para sanar su alma.*

Sinopsis

Apodada «la bruja de hielo», Amanda Baker era la sencilla hija de un baronet que siempre se había dado aires de grandeza. Acusada de arribista, la sociedad trató de apartarla desde su incursión. Lejos de amedrentarse, Amanda, convirtió su sublime belleza en una bendición y se hizo un hueco en las filas londinenses, pues consiguió casarse con un hombre con título y llegó a ser condesa. Pronto, su esposo la dejó viuda y arruinada, por lo que se tuvo que cobijar bajo el ala de su hermana y el marido de ésta, para no morir de hambre.

Decidida a recuperar su posición y cegada por su ambición de conseguir un nuevo título de prestigio, «la bruja de hielo» se vio enredada en una trampa que la ligó a un hombre rico, apuesto y que además era conde.

¿Podrán dos extraños que son el día y la noche llegar a tener un cuento de hadas?

Descúbrelo en una nueva historia de los Soldados Valerosos, donde se desvelará el futuro de la odiada Amanda y el perseverante Arnold, quien una vez pretendió a Briana.

Índice

- Prefacio: Una condesa maltrecha
- Capítulo 1: Un encuentro inesperado
- Capítulo 2: Un cortejo se inicia
- Capítulo 3: Una confesión excitante
- Capítulo 4: Una revelación inquietante
- Capítulo 5: Un enlace apresurado
- Capítulo 6: Unas revelaciones impensables
- Capítulo 7: Una pasión arrolladora
- Capítulo 8: Una huida sin pensar
- Capítulo 9: Un confinamiento merecido
- Capítulo 10: Un plan de salvación
- Capítulo 11: Una desesperación sin igual
- Epílogo: Dulce veneno bajo la luna

Prefacio

Una condesa maltrecha

Ser la condesa viuda de Shewsbury no le había servido, a Amanda, más que para tener un esposo malvado que la había dejado en la ruina. Con poco más de veintiún años, se consideraba a sí misma una superviviente que había salido adelante gracias a su belleza, y a su manera de hacer las cosas en su propio beneficio. La acusaban de muchas cosas, la gran mayoría ciertas y malas. Poco importaba, porque eso no le daría un porvenir, un techo bajo el que vivir y comida en la mesa.

El antiguo conde de Shewsbury, el que fuese su esposo durante dos años, le llevaba demasiados años y perversiones, de diferencia. Los vicios le habían costado la ruina y por suerte, para ella más que para el resto, el hombre decidió terminar su vida pegándose un tiro en la sien. No fue una gran pérdida para la que antaño fuese la señorita Amanda Baker, hija de un baronet igual de despreciable que el esposo al que su padre la había entregado.

En su opinión, los hombres no servían más que para hacer daño y regir el destino de las mujeres. Bien lo sabía ella, que había tenido que soportar los severos castigos del baronet mientras su madre sumergía sus penas en alcohol y miraba hacia otro lado.

A su progenitor le gustaba admirarla. Decía que su belleza serena sería su mejor arma. Amanda poseía una frondosa melena rubia que se asemejaba al oro líquido. Sus preciosos ojos de un azul único, con chiribitas doradas, le conferían la mirada de un ángel. Los pómulos perfectamente alineados con su fina nariz y unos labios gruesos y rojos como una fresa madura, la hacían ser digna de admiración. Todo ello sin olvidar una tez clara y una figura envidiable acorde a la moda.

Pero su padre era un monstruo desalmado que disfrutaba torturándola por su belleza. Si bien el baronet deseaba que sus dos hijas se casasen bien, siempre tuvo una especial inclinación por Amanda. Pero malsana. A su hermana mayor, el baronet no le hacía demasiado caso porque Samantha, la actual condesa de Strangened, era bonita pero, no era de una belleza evidente. Tenía tonos más oscuro y su piel, cabello y ojos.

La fijación del baronet lo había llevado a tener que castigarla a ella por tentarlo a él. Era costumbre que, desde que Amanda cumplió los catorce años, él quisiera examinarla desnuda y le marcara la espalda con una vara acusándola de ser un demonio que había llegado para torturarlo. La joven no alcanzaba a comprender lo que su progenitor, ese que tenía más amantes de las que ella podía contar con una mano y que también contaba con otra familia en algún lugar de Londres, le espetaba cuando la atizaba con la vara. Y no lo entendió hasta que en una de esas extrañas sesiones de castigo, él se puso delante —porque por norma general él se ponía detrás de ella— y la miró de aquel modo en el que sabía que un padre no debería mirar a su hija.

En aquel momento, Amanda comprendió que si el hombre destinado a cuidarla y protegerla era capaz de hacerle sentir miedo y dolor, el resto de ellos la podrían herir de muerte. No tardó en comprender que fuera de casa estaría más a salvo que en su hogar. Aprovechaba a cada ocasión para salir de allí y huir de su verdugo. La fortuna hizo que su padre no llegase a cumplir la amenaza que veía en su mirada cuando la obligaba a participar en aquel ritual malvado. No obstante, el mal estaba hecho porque nada volvería a ser igual.

No confiaba en los hombres y nunca lo haría. E hizo bien al verlos únicamente como un

instrumento para conseguir sus propios planes. Sus padres habían criado sus hijas para ser condesas como poco. Las dos lo habían conseguido, pero solo su hermana mayor, Samantha, había alcanzado la felicidad, eso era lo que siempre le explicaba cuando se veían.

La joven Amanda vio que su belleza no era lo suficientemente rápida para abrirse camino y huir de su casa. Su padre había jurado que si sus hijas no conseguían un conde, no les permitiría casarse. Ella se inventó un título superior, pues explicó a toda la buena sociedad que su progenitor, el bastardo que la tenía atemorizada, iba a recibir un título de mayor rango, por lo que comenzó a hacerse llamar *lady* Amanda Baker. Puesto que la mentira nunca llegó a convertirse en realidad, no tardaron en acusarla de arribista y perdió muchas amistades por el camino.

En honor a la verdad, sus caprichos y mentiras también le habían pasado factura, y hoy en día, salvo la protección y la comprensión de su hermana Samantha, ella no podía contar con nadie más. No era su culpa ser como era —consideraba la joven—, porque estaba sola en el mundo y de ella dependía seguir sobreviviendo a las adversidades.

Pero un día sucedió lo peor que pudo haber pasado: su padre la prometió. Y lo hizo a otro despreciable aún peor de lo que él había sido. La boda se celebró en un abrir y cerrar de ojos. Y su vida comenzó a ser un verdadero infierno, tanto, que por las noches echaba de menos no estar bajo el techo de su padre.

Pero el destino la premió con la muerte de su esposo. Ella se levantó un día, y cuando el servicio le informó de que lord Shewsbury había sido encontrado muerto en su despacho, Amanda casi comenzó a saltar de alegría. Ya se veía a sí misma como una joven, bonita, y rica viuda que al fin sería libre del yugo de los hombres y podría establecer su propio destino. Al fin habían servido de algo los sacrificios, los llores y los rezos para pedir clemencia a un Dios que parecía haberla olvidado.

El sentimiento de gratitud y felicidad duró apenas unas horas. Los acreedores llamaron a la puerta y no hubo dinero ni para una asignación. Llegó a la casa un primo lejano del conde, llamado Lucas, que iba a heredar el título y le ofreció matrimonio. Amanda, pese a ser una de las mujeres más orgullosas de todo el reino, decidió, por una vez, usar su sensatez y pedir auxilio a su hermana y al esposo de esta.

Era una carga. Se había convertido en una mujer bella, libre y todavía así no conseguía cazar a un buen hombre al que pudiera manejar a su antojo. Pero eso iba a terminar esa misma noche, se juró.

El duque de Kensington, Kirk Baldrick, al que apodaban el duque demente porque había regresado de la guerra contra Napoleón con algunas secuelas, ofrecía una fiesta en la que iba a estar uno de sus antiguos pretendientes. Esperaba que el coronel Frederick Burns, a quien rechazó hacía cuatro años porque no tenía un título, siguiese estando muy interesado en ella. El denominado Frederick siempre estuvo comiendo de su mano y había heredado el condado de Exeter, por lo que no había una mejor opción que él para casarse y salir del atolladero.

Amanda repasó su atuendo. Ese precioso y del todo sugerente vestido verde, a juego con las esmeraldas que le había prestado Samantha, iba a convertirla en una apetitosa mujer para él.

Una llamada en la puerta hizo que la hermosa rubia dejase de mirarse en el espejo. Dio su consentimiento para que accedieran a la alcoba mientras se retocaba un pequeño mechón de pelo que se había escapado de su recogido.

—¿Estás segura de que es lo que quieres hacer? —Su hermana entró en la habitación y cerró la puerta tras de sí mientras lanzaba la pregunta.

—Desde luego que sí. Ya te expliqué que Frederick siempre ha estado prendado de mí. No se

ha casado, nunca fue demasiado apuesto y encima ha regresado tullido. Es pan comido —Amanda movió la mano en señal de despreocupación mientras se pellizcaba las mejillas para que cogieran un poco de color.

—Y yo te contesté en su momento que no tienes motivo para apresurarte. —Samantha se acercó para hundir una horquilla rebelde que se había movido de su lugar en el recogido de Amanda.

—Gracias —le dijo cuando *lady Strangened* le puso correctamente el abalorio en el cabello sin haberle hecho daño.

—Tampoco hace falta que me las des, soy tu hermana mayor y debo cuidar de ti... Debí haberlo hecho mucho antes. —Señaló la última parte con gran pesar.

Amanda se dio la vuelta y le sonrió con ternura. Samantha era con la única persona con quien había podido ser ella misma siempre.

—No es tu culpa nada de lo que me sucedió. Además, aquello ya pasó y ahora estoy dispuesta a convertirme en una fabulosa, rica e influyente condesa. Lord Exeter me dará todo lo que yo quiero en un abrir y cerrar de ojos, te lo garantizo. Con él estaré más que bien. Es un hombre muy fácil de contentar y sé que me cuidará.

—Pero no lo amas —le recordó como si fuera una cosa imprescindible.

—¿Amor? —expresó con incredulidad—. El amor no es en absoluto necesario en un matrimonio, incluso agradeceré no enamorarme jamás. —No mentía en su expresión.

Samantha la miró con mucha compasión y a Amanda esto la incomodaba y le molestaba a partes iguales.

—No todos los matrimonios son como el de nuestros padres. Y desde luego, no todos los hombres son como padre. Lo que él te hizo... —A Samantha se le hizo un nudo en la garganta al recordar aquel día en el que se disgustó con una buena amiga y llegó antes a casa. Ver a su hermana desnuda con su padre usando una fusta sobre su espalda... ¿Qué clase de monstruo le hacía eso a su propia hija? Samantha, todo lo tímida y pacífica que era, entró en tromba y se enfrentó a su padre. Puso su capa sobre su hermana y se la llevó de allí. La retahíla con la que lo amonestó pareció surtir efecto y el patriarca las dejó en paz. Desde ese día, Samantha vigiló cada paso que daba su hermana. Cuando se convirtió en condesa de *Strangened*, hizo todo lo posible por llevarse a Amanda consigo. No lo consiguió, ni con la ayuda de su influyente esposo fue capaz de que el baronet dejase libre a Amanda. Tampoco pudo evitar que el padre casase a su hermana con aquel hombre inmundo, pero ahora sí que podía brindarle su ayuda y la protegería, incluso de ella misma.

—Estoy bien ahora, Samy —era el apelativo cariñoso que usaba con ella—. No quiero que recordemos más el pasado.

—Te hará bien contárselo a alguien, Mandy —la hermana menor también tenía su propio sobrenombre.

—No. El pasado es mejor dejarlo atrás. Estoy bien y es lo que importa —se dijo más para sí misma que para su hermana.

—No quiero que te vuelvas a casar si no estás segura de que no volverás a sufrir. Tu esposo era un... —comenzó a decir Samy.

—¡No! —la cortó Amanda viendo el camino que tomaba la conversación—. No vamos a hablar jamás de lo que fue aquello.

—Necesitas abrir tu corazón, cariño. Si no me dices lo que sucedió con *Shewsbury*, yo no puedo ayudarte... —Trató de hablar mostrando toda la compasión que le inspiraba.

—¡Basta! —gritó con furia. Amanda se dio cuenta de que su hermana se había llevado a un

sobresalto y tuvo que recordarse que Samy era su aliada y no otra dama contra la que luchar o protegerse—. Sé que tus intenciones son buenas —Mandy suavizó el tono de su exposición significativamente—, pero no deseo recordar nada de lo sucedido, ni con padre ni con el bastardo de mi esposo muerto. No pueden volver a hacerme daño —no al menos mientras estaba despierta— y es lo que importa. Voy a convertirme en la condesa de Exeter y todo al fin habrá valido la pena.

—Mandy... —susurró—. No hace falta que sigas obsesionada con ser condesa. Yo puedo velar por ti. Mi esposo nos cuidará a ambas. Aunque admito que si te portases mejor con él, todo sería más sencillo.

—No. Tú has encontrado tu sitio y yo debo hacer lo mismo. Me juré que lo conseguiría y estoy decidida a hacerlo. Es lo único que me ha impulsado a salir cada día de la cama. Ser una mujer importante y tener poder era lo que deseaba para que nadie pudiera volver a obligarme a nada. —Estaba convencida en lo que decía—. En cuanto a lo de ser más atenta con tu esposo... Antes el infierno se congelará.

—¡Eres imposible!

—Soy sincera. —Brutamente sincera y en ocasiones desagradable era lo que en verdad era.

—¿Y si tu futuro esposo vuelve a atormentarte? ¿Qué sucederá entonces?

Amanda se rio con ligereza.

—Eso es del todo imposible. Lord Exeter sería incapaz de matar a una mosca. Aparte, sé muy bien cómo defenderme. —Amanda recordó aquel momento en el que colocó un fino cuchillo en el cuello de su esposo. Hizo algo más que eso. Desde entonces las cosas cambiaron. Le aseguró que no tenía nada que perder y que no dudaría en actuar si la volvía a dañar.

Samantha frunció el ceño mientras la miraba con fijación. Mandy rodó los ojos al ser consciente de lo que su hermana hacía, se acercaba un sermón.

—Debo recordarte que Exeter ha estado en el frente durante cuatro años. No creo que sea el mismo hombre que una vez corrió tras tus faldas.

Amanda se carcajeó a gusto.

—Desde luego que no será el mismo porque ya no puedo correr —adujo al recordar que él era un tullido con un problema en su pierna.

Samantha resopló.

—Mandy, te quiero, pero eres demasiado cruel para tu propio bien.

—¿Cruel? ¿Yo? —dijo con indignación.

—No es correcto que hables así de un hombre que ha arriesgado su vida por su reino. —La regañó con delicadeza.

—¡Son hombres! —rebatíó como si eso lo diera todo por hecho.

—Insisto en que no todos son iguales. Hay buenos hombres ahí fuera. —Su hermana la comprendió sin que ella diera más explicaciones.

—No. No los hay.

—Sí. Yo misma encontré a uno.

—Bueno, pues yo no los quiero. Voy a ser la condesa de Exeter y haré todo lo posible por cumplirlo. Además, no es nada malo. Fui el sueño de Frederick antes de irse a la guerra y yo lo voy a recompensar. Se me escapó lord Monty, el duque de Kensington se me resistió, y te juro por mi honor, que el conde de Exeter no se me escapará y que esta noche será mío.

Los dos hombres a los que Amanda había aludido se le escurrieron entre los dedos de las manos. El primero, el conde de Monty se casó con la que una vez fue su mejor amiga, Angela. El

segundo... Bien, mejor que se le hubiese escapado porque el hombre había regresado de la guerra, y si antes de marcharse no era una persona afable, había vuelto todavía más rudo y bruto que antaño. Ello sin contar que circulaban muchas historias sobre él que le helarían la sangre incluso a Lucifer. Pues, tanto Frederick Burns, como Kirk Baldrick y otro hombre, un teniente, que también había recibido un condado en herencia, llamado Ryan Cross, habían sido apodados los Soldados Valerosos por sus contribuciones en las batallas. Eran famosos por sus hazañas. La sociedad les había entregado sus favores pese a que habían regresado cada uno con una tara del frente.

—Mandyyyy —su nombre sonó como una plegaria. Estaba contenta porque su hermana tuviera planes para casarse, porque la condesa de Strangened no sabía cómo seguiría conteniendo a su esposo. Cuando su hermana y él se juntaban, saltaban chispas. Eran como el perro y el gato... Y eso que German, el conde, era un trozo de pan. Amanda era capaz de sacar de sus casillas hasta a un santo.

—No te preocupes más —la frenó Amanda—. Si algo sale mal, sé que soy bienvenida en tu casa. Te prometo que regresaré si necesito tu ayuda o la de tu esposo. ¿Te quedas más tranquila ahora, Samy?

Su hermana afirmó con la cabeza antes de decir:

—Me quedaría más tranquila si me contaras el plan que te traes entre manos para atrapar a lord Exeter. No lo apruebo, Mandy.

—No te lo puedo contar porque ni yo misma lo sé. Imagino que chasquearé los dedos —ella lo hizo en ese momento— y se pondrá de rodillas. —La rubia sonrió ensoñadora.

—Oh, hermana mía... —soltó con desespero Samy.

Mandy se rio sin contención nuevamente. Su vida iba a dar un giro completo y al fin le daría al hombre que una vez suplicó por sus afectos, lo que tanto había deseado: a ella misma.

La joven viuda no entendía la reticencia de su hermana. En el acuerdo que Amanda iba a conseguir, todos ganaban. Ella sería condesa y rica, y el hombre recibiría su sueño, puesto que siempre le había dicho que su corazón era suyo.

¿Qué podía salir mal?

Capítulo 1

Un encuentro inesperado

La fiesta de lord Kensington no estaba saliendo como ella había previsto. Amanda había enviado a un lacayo con una nota para que se la dieran al conde de Exeter. La joven viuda se había metido en una salita de recibir visitas y se movía inquieta por la sala rezando para que él accediera a venir a verla. Le daba igual el baile y lo que allí sucedía porque tenía un plan y no estaba funcionando como previó en un primer momento.

Repasó en su cabeza lo acontecido hasta ese momento. Todo había ido bien, al menos al principio. Amanda, como una reina, había captado la atención de todos los hombres que había en la fiesta. Incluso Frederick, el conde de Exeter, al que ella quería conquistar, la había mirado como solía hacerlo. No es que ella no fuera vanidosa, lo era y mucho, porque podía serlo. Su belleza sin parangón siempre fue su mejor arma... Bueno. No siempre, porque su padre... No. No iba a pensar en eso ahora.

Durante el baile, se había acercado a Frederick coqueta y los dos habían salido para reunirse en aquel oscuro rincón del jardín de la mansión de lord Kensington, donde una vez, siendo más jóvenes, se dieron unos pocos besos. ¡Pero él la había rechazado! Una sonrisa se le dibujó en el rostro al recordar lo tozudo que se acababa de mostrar con ella. Ese nuevo Frederick tan inaccesible y fiero, había resultado ser una verdadera sorpresa. Esperaba haberse topado con aquel joven crédulo que siempre la perseguía y le hablaba de amor. No. Amanda se había encontrado con un hombre seguro de sí mismo, que rezumaba peligro por los cuatro costados. Fascinante. Encontrarlo tan cambiado la había hecho recapacitar por completo. Después de todo no sería un mal plan acabar casada con él.

Amanda se paró para ver a través de los cristales de esa oscura habitación. Fuera no había nada interesante. La noche estaba oscura. Se abrazó a sí misma porque estaba helada. La chimenea estaba apagada y solo había un poco de tibia luz de luna entrando en el lugar.

Desde atrás, sintió unos poderosos brazos que la abrazaban al tiempo que unos labios se posaban tentativamente sobre su cuello. El calor del hombre fue más que bienvenido y se agarró a los brazos masculinos para no permitirle escapar. Amanda se dejó caer sobre ese duro torso mientras ponía su cuello a disposición para que su compañero lo besase a su placer. Eso de la seducción, ella lo encontraba repugnante, pero comprendía que tenía que pescar al pez si quería alcanzar lo que pretendía. Además, era Frederick y él siempre fue del todo inofensivo. Era torpe y desacertado en sus besos.

De pronto, una lengua juguetona llegó hasta oreja para hacerle sentir unas cosquillas del todo desconocidas en cierta parte de su cuerpo. Cuando la lengua se metió hasta dentro, en su oreja, para lamerla, Amanda suspiró sin ser consciente de lo que hacía. El reguero de besos fue depositado por su nuca para llegar a la parte izquierda del cuello. Nuevamente percibió besos húmedos, incluso la lengua la acariciaba con lascivia. La boca de él se colocó en su oreja y esta vez comenzó a mordisquear el lóbulo. Más gemidos salieron de la garganta femenina.

Unas manos grandes se posaron en su pecho, y aunque ella quería protestar por esa toma de confianza de Frederick, esos labios tiernos, sin olvidar a la lengua suave, la tenían como adormecida. Se sentía tan caliente de pronto... Y eso que la estancia estaba como si hubiese hielo

en las paredes.

Las manos comenzaron a amasar sus senos, primero con delicadeza y luego con más presión, sobre la tela del vestido. No supo cómo ni cuándo, pero los dedos de Frederick comenzaron a tironear de sus pezones desnudos. En algún punto, el hombre había conseguido dejar al aire sus pechos y lo más increíble es que las sensaciones eran muy placenteras y desconocidas para ella. La culpa de todo la tenían esos besos tan acertados que él le daba en el cuello y la oreja.

Amanda, con los ojos cerrados, se dejó dar la vuelta por él y cuando la boca de Frederick llegó hasta la suya, trató de mantenerla cerrarla como cuando se daban aquellos besos en los labios, como cuando eran jóvenes. No obstante, otra vez, esa lengua apetecible la estaba lamiendo, esta vez en los labios, para que ella los abriera y la dejase entrar en la profundidad de su cavidad. Percibir ese movimiento tan extraño, la hizo volver a gemir, y ese fue el momento en el que las dos lenguas se encontraron para comenzar una serie de besos posesivos y crudos que detonaban necesidad. La necesidad de dos amantes que deseaban explorar más sus cuerpos y bocas.

Amanda se dejaba llevar sin oponer resistencia. No era del todo consciente de lo que estaba ocurriendo, pero las sensaciones eran tan interesantes y conmovedoras que no se atrevía a ponerles fin... al menos por el momento. Y a continuación ocurrió algo que la dejó todavía más jadeante. La lengua de él comenzó a bajar por su escote para acunar con delicadeza el terso pezón. Un nuevo gemido más fuerte rompió el silencio. Mientras la lengua se afanaba en lamer ese dulce manjar, una mano daba caricias, muy provocativas, en el otro seno. Tanta pericia estaba demostrando su compañero de fechorías, que Amanda tuvo que apresarlo la cabeza para no desfallecer de gusto. Ciertamente la guerra había devuelto a Londres a un nuevo Frederick que la estaba haciendo desear... desear...

Amanda abrió los ojos de pronto con este pensamiento y chilló presa del histerismo, justo cuando percibió una mano que trataba de alcanzar su zona más íntima. Le dio un buen empujón a Frederick porque él ya había tenido más que suficiente y se apresuró a cubrir sus senos. Pero tras hacerlo se volvió a echar en sus brazos poseída por la lujuria y en esta ocasión lo besó ella a él.

Entonces fue cuando el hombre la apartó con suavidad de su abrazo y se dio la vuelta para huir del contacto de ella. Lo vio de espaldas. El pelo le caía por la nuca.

—Lo siento, Briana. Siento mucho haber llegado a este extremo, pero las últimas semanas no he podido más que en pensar en cómo sería cubrirte con mis besos y tocar tu piel desnuda. Encontrarte empapada ha sido más que suficiente para nuestro primer contacto. —Se confesó el hombre en ese momento mientras trataba de recuperar el aliento y buscaba controlar la rebelde erección que le estaba molestando por la presión de los ajustados pantalones. Fue un momento, pero cuando su mano llegó hasta sus rizos íntimos y la sintió húmeda...

La condesa viuda de Shewsbury ahogó un gemido. En primer lugar porque esa voz no era la del hombre que ella creía que era, puesto que Frederick ceceaba y este hombre tenía un timbre de voz muy grueso, sin mácula. Y en segundo, porque la había llamado por el nombre de otra dama que...

Y los pensamientos quedaron interrumpidos porque la puerta de la estancia se abrió con violencia y alguien gritó:

—¡Dios mío, la condesa viuda de Shewsbury con el futuro conde de Lancaster!

Amanda se vio protegida de inmediato por el hombre que momentos antes la había estado transportando a un mundo de sensaciones nuevas, puesto que él corrió para ponerse delante de ella. La rubia se colocó de puntillas y vio a una comitiva capitaneada por una conocida: Angela. La condesa de Monty portaba un candelabro en las manos y la miraba desafiante. No era la única

que estaba juzgando la inapropiada situación. Pese a ser una viuda, no le perdonarían el escarceo. Había demasiada gente observando lo que a todas luces había resultado ser una cita clandestina llena de seducción.

En ese instante lo vio ladear el rostro para fijarse en ella. Era un hombre más alto que ella y Amanda no era de estatura baja. Él tenía unos ojos grandes, de color negro y los labios, que en estos momentos le sonreían, eran finos y gráciles. Sus facciones estaban muy marcadas, pero el rostro resultaba bastante amigable. Los hombros también eran poderosos, anchos. Era un hombre atractivo y eso le molestaba mucho. Bajó la vista para recorrer la vestimenta de él. Llevaba una chaqueta en tono ocre oscuro y un chaleco negro. Los finos pantalones le quedaban muy ajustados, tanto que podía ver sus torneados muslos con facilidad. Pero lo verdaderamente importante era que él se veía rico. Muy rico, de hecho. Esto la hizo sonreír.

Amanda recordó que la que antaño llegase a ser su mejor amiga, *lady* Monty, había señalado —justo al entrar en la estancia—, que él era el futuro conde de algo... Se dijo que esta vez le había llovido del cielo una ocasión fantástica que no estaba dispuesta a desperdiciar.

Sabía que Angela estaba detrás de esta pantomima, pero le daba igual. Si su futuro esposo resultaba igual de peligroso que el otro, ella ya tenía práctica para ponerlo en su lugar. Amanda salió de detrás del hombre decidida a mostrar su mejor cara y comenzó con su discurso lleno de gozo:

—Señores, señoras, dennos la enhorabuena porque Lancasterer —no sabía el título exacto, pero sí que era el futuro conde de algo. Con eso le bastaba— y esta gran dama que tienen ante ustedes acaban de prometerse.

Los allí presentes se quedaron absortos y los aplausos de *lady* Monty fueron lo que les hizo celebrar la noticia.

Angela no le quitaba la mirada de encima, y ella tampoco estaba dispuesta a mostrarle que la había molestado con esta treta. Condesa y de un hombre rico, si *lady* Monty esperaba que Amanda pusiese un repunte negativo a la situación, es que en todos esos años en los que habían compartido confidencias, no había aprendido nada sobre ella.

Por su parte, el actual vizconde Lemory y futuro conde de Lancaster no dijo una palabra para desmentir la afirmación de la dama. Entre otras cosas, porque todo estaba dicho ya. No la conocía, pero se casaría con ella. Su honor, el aspecto de ella y su pasión lo llevaron a tomar la decisión.

El futuro esposo dio una mirada de reprobación a *lady* Monty porque momentos antes de que él ingresase en la habitación, esa mujer le había dicho que en la estancia estaría esperándolo *lady* Briana, la hermana del esposo de Angela a quien él quería por esposa. Angela ni se inmutó. Al contrario, levantó altiva la cabeza ante Lemory.

El vizconde miró a su derecha para centrarse mejor en la mujer que tenía a su lado. Su instinto le decía que, si con Briana, la joven a la que había cortejado y deseaba, iba a tener trabajo, esta con la que acababa de prometerse sería como una faena en las minas más inhumanas. Fue la actitud de ella la que le dio este aviso. Se veía poderosa, altiva, sin miedo ni complejo por haber sido sorprendida en una situación del todo indecorosa.

Lemory intuía que *lady* Monty se había tomado una revancha que llevaba tiempo aguardando con esta condesa viuda de no sé qué título. Al menos algo tenía adelantado, porque siendo condesa como había sido, esa hermosura que tomaría por esposa, seguro que no haría tantas cosas para ahuyentarlo como había tratado de hacer *lady* Briana.

El hombre suspiró. Era momento de olvidarse de la otra dama que lo había cautivado y a la que

se había jurado que no dejaría escapar. Tenía a su lado a otra mujer que posibilitaría que sus padres le dieran el título de conde, porque su progenitor había puesto como condición para cederle el título que él se casase. Además, la dama era del todo apetecible. Se juró por la tumba de sus antepasados y su honor, que esta belleza rubia de ojos azules no se le resistiría como lo había hecho su anterior *casi* prometida.

Amanda sintió una corriente helada y no era porque la sociedad la hubiera apodado la «bruja de hielo», sino por la mirada escrutinadora que él le había dado. Entonces Amanda regresó la vista a Angela y la vio sonreír con suficiencia. A la rubia le daba en la nariz que el hombre que ella tan felizmente acababa de aceptar no sería fácil de manejar... ¿Por qué sino iba a estar tan satisfecha consigo misma la condesa de Monty?

Minutos más tarde, cuando la comitiva terminó de darles la enhorabuena, su nuevo prometido le ofreció el brazo y Amanda lo miró con indiferencia. Lo dejó plantado y salió en busca de *lady* Monty. Lemory suspiró con fuerza. Dio un par de pasos para ir a agarrarla por el brazo porque en esta ocasión no iba a permitir que otra mujer se burlase de él, pero la suerte, de ella no la suya propia, hizo que un amigo se colocase delante de él y le palmease la espalda con alegría. El vizconde lo tuvo que atender. La vio alejarse y se quedó maravillado observando el contoneo de esas posaderas que él se moría por inspeccionar con sus manos. Ni tan siquiera era importante verlas, no al menos al principio.

—Lemory, enhorabuena —la voz de su amigo lo devolvió al presente.

—York, creí que no asistías a fiestas decentes... —adujo con una sonrisa socarrona el vizconde.

—Y yo había oído que te ibas a prometer con la hermana de lord Monty, pero ya ves que las cosas no son nunca lo que parecen. Sospecho que te han dejado plantado... —El duque de York, quien era un buen amigo de lord Lemory se carcajeó en la cara del vizconde.

—En efecto. Es verdad que las cosas no son lo que parecen, porque según tengo entendido, tú te prometiste una vez con *lady* Monty... Bueno, antes de que la muchacha se convirtiese en condesa y se comenta que te dejó plantado por un hombre de menor inteligencia, atractivo y posición...

York se tensó y Lemory estuvo satisfecho. Su amigo había empezado a hablar de cosas incómodas. Él no tenía la culpa de responder a los ataques.

—No deberías creer todo lo que oyes.

—No lo hago, porque si ese hombre le robó la dama al rico y apuesto duque de York, estoy seguro de que es un hombre muy inteligente. —Lemory le mostró toda la blancura de sus dientes al exhibir una sonrisa perfecta.

—Verás, amigo mío —York no iba a caer en la tentación de dejar que su amigo lo molestase—, lord Monty me hizo un favor, porque desde el momento en que me quitó del camino a la dama, he podido disfrutar de mi soltería. Te aseguro que estar casado debe ser muy desagradable. Estoy tratando de retrasarlo todo cuando pueda —confesó el duque recordando la escena vivida con tres mujeres con las que había retozado al mismo tiempo hacía un par de noches.

—Depende de la mujer —opinión Lemory—. Yo me veo siendo un esposo lleno de dicha. ¿Has visto a la mujer que será mi futura condesa? —inquirió con el pecho hinchado de orgullo. Ella era una preciosidad divina que debía haber escapado del Monte Olimpo.

Entonces el duque de York comenzó a carcajearse en su cara.

—No únicamente la he visto, sino que además la conozco.

—¿La conoces? —Lemory apretó los puños por si su amigo estaba hablando de un modo íntimo

al referirse a su futura esposa. El duque de York se dio cuenta de la tensión del vizconde.

—No te alteres, porque no la conozco del modo en el que puedas estar imaginando. Solo te diré que harás bien en marcharte al campo y olvidar lo que hoy te ha pasado. Créeme cuando te digo que, pese a que la llaman bruja de hielo, le iría mejor el de víbora venenosa. Esa mujer es tan bella como veneno es capaz de fabricar. —Le advirtió mientras recordaba lo que había visto y escuchado de la antigua señorita Amanda Baker.

Lemory no se lo pensó ni un segundo. Levantó la mano convertida en un puño y le despachó un derechazo, pero no le dio con todas sus fuerzas. Solo fue un golpe de advertencia.

—Estás hablando de mi prometida. Más te valdrá cerrar el pico si no deseas que nos batamos en duelo, York.

El duque se quedó asombrado.

—¿Te has vuelto loco? ¿Por qué me has pegado? Únicamente te estaba dando un buen consejo de amigo.

—No deseo ni tus consejos, ni tus malas palabras para referirte a la mujer con la que me desposaré en breve.

York se acercó amenazante hacia Lemory. El vizconde no se amedrentó.

—Llegará el día en el que lamentarás no haberme hecho caso. Te desearía suerte, pero lo que vas a necesitar es un milagro. —Le escupió con sorna mientras se giraba sobre sus talones maldiciendo a su amigo.

Lemory se relajó cuando se quedó solo. Era un hombre muy posesivo y protector con lo que consideraba suyo. Ella era su prometida y nadie la calumniaría en su presencia, por muy amigo o buenas intenciones que tuviera esa persona.

Por su parte, Amanda localizó a *lady* Monty justo antes de que ella regresase al suntuoso baile que estaba teniendo en el salón principal de la mansión de Kensington.

—¡Angela! —la llamó Amanda justo a tiempo. La condesa se giró para mirarla.

—¿Ya estás huyendo de tu prometido, Amanda? —cuestionó con humor *lady* Monty.

—Creí que en el día de tu boda todo quedó olvidado. Saldado. —Era cierto que Amanda intentó quedarse con lord Monty en su momento, pero luego ella se presentó en la boda de los condes y todo pareció haberse quedado en el pasado. Al menos su amiga no le echó nada más en cara.

—En cuanto te he visto entrar por la puerta, he querido darte tu merecido por lo que me hiciste. En mi boda, esa en la que te presentaste sin invitación, te permití quedarte porque quería que molestases a lord Kensington con tu persecución —Angela todavía recordaba lo incómodo que se sintió el duque por los constantes flirteos de Amanda, y se alegró porque el duque se lo tenía merecido por molestar a su marido constantemente—, y porque no quería empañar la celebración del mejor día de mi vida. Sin embargo, nada estaba olvidado. Te avisé de que si me molestabas cortarías tu preciosa melena, puesto que hoy no tengo a mano unas afiladas tijeras o un cuchillo, he decidido vengarme de otra manera. —Angela le sonrió satisfecha.

—Debo felicitarte pues, porque te ha costado cuatro años vengarte de aquello. —Amanda

sabía que ella tenía motivos para estar disgustada con ella. Eran amigas y no se portó bien en su momento con ella. Había en juego un hombre rico y con título y la rubia no se arrepentía de haberlo intentado en su momento.

—Trataste de quitarme al hombre que amaba por tu estúpido deseo de convertirte en condesa. Desde luego que ibas a pagar tu afrenta, querida —le espetó satisfecha a la cara con ganas.

—Entonces, te agradezco que hayas premiado mi afrenta, querida —correspondió ella en tono meloso—. Hacerme condesa de un hombre apuesto y sospecho que muy rico... Tomaré nota mental para ofenderte más a menudo si ese es el tipo de castigo que voy a conseguir de ti. —Amanda le hizo una reverencia y se dio la vuelta. Angela era una aprendiz a la hora de ser una arpía. Ella llevaba toda su vida practicando y nadie era mejor que Amanda en eso.

—Ese hombre te tendrá bailando al son de su meñique. No tienes escapatoria, Mandy. Tu vida a cambiar por completo. —Angela no esperó por la contestación de ella y entró al salón porque tenía que ayudar a la hermana de su esposo, a Briana, a conseguir conquistar al hombre del que por lo visto llevaba una vida enamorada. Ahora que Angela se había sacudido de un plumazo a Amanda, el coronel Frederick Burns, actual conde de Exeter, al fin estaría libre del embrujo de la belleza rubia y Briana podría conquistarlo.

Mandy se quedó parada con la última frase que su antigua amiga le había dicho. ¿Ella bailando al son del meñique de un hombre? Amanda comenzó a reírse sin contención. Antes el infierno se congelaría o Dios se tomaría una copa con Lucifer. Ella era una mujer que había sobrevivido a mucho. Ningún hombre la sometería jamás. Su belleza y atractivo le habían valido siempre para que los hombres cumplieran su voluntad. Ese futuro conde de... de... de... ¿Cómo diablos era el título?, se preguntó. Amanda se encogió de hombros. No importaba. Lo fundamental es que era un futuro conde. Pues ese hombre estaría a su servicio, y ella no le ofrecería nada más que lo que le había dado a su anterior esposo: su veneno y su indiferencia.

Poco importaba que las caricias de él la hubieran hecho bajar la guardia. Los hombres no eran de fiar y Amanda haría bien en recordarlo.

—¿Hermana? —*Lady Strangened* apareció por detrás.

—¿Sí?

—¿Puedes explicarme por qué la buena sociedad me está dando la enhorabuena por tu reciente compromiso con lord Lemory? —Le preguntó con una ceja alzada.

—¿Con quién? —Amanda realmente no sabía a quién se estaba refiriendo Samy.

—¿Te comprometes con un hombre del que no sabes ni su título? —La regañó con seriedad—. ¿Qué ha pasado con lord Exeter? —siguió con el interrogatorio la morena mientras la rubia se acercaba a ella.

—No es el mejor momento para hablar de esto aquí. —Señaló al ver que dos matronas la miraba y cuchicheaban—. ¿Podemos irnos a casa? —Amanda la miró componiendo un puchero.

—Conmigo esas técnicas no funcionan, hermana. No obstante nos iremos porque mi esposo ya ha ido en busca del carruaje.

—¡*Milady!* —gritó una voz masculina justo cuando las dos hermanas atravesaban la puerta de la mansión de lord Kensington. Las dos se giraron al mismo tiempo.

—¡Maldición! —susurró Mandy solo para los oídos de Samy.

—No maldigas —dijo por lo bajo la morena—. ¿Quién es ese hombre que viene hacia nosotras? Es apuesto...

Amanda no tenía ganas de enfrentarse a la situación e hizo lo que le pareció más sensato: dejarlo plantado.

—No lo sé... corre. Samy, corre.

Y las dos echaron a correr como si la vida les fuera en ello. Incluso comenzaron a reírse con nerviosismo por lo inapropiado que habían hecho. Se metieron en el carruaje y el esposo de Samantha se preocupó al verlas tan alteradas... ¿Se reían?, se preguntó el conde de Strangened.

—¿Qué sucede, esposa? —quiso averiguar el hombre.

—No lo sé... —Y la condesa estalló en mil risas, a las que se sumó Amanda. Hacía tanto que no reían que resultó ser un alivio.

—¡Milaaaaadyyyyy! —resonó un grito furioso que hizo que el conde se asomase por la ventanilla del carruaje para ver quién gritaba tras ellos.

—¿Me explicáis qué ha pasado, por favor? Y en especial, ¿por qué un hombre os perseguía y gritaba? —El conde era un hombre enamorado, pero debía confesar que soportar los caprichos y terquedades de la hermana de su esposa lo tenían a un paso de la locura.

—Solo es mi prometido —apuntó Amanda, tan natural como quien da la hora.

—¿Te casas? —inquirió con ilusión el hombre.

—No te muestres tan esperanzado, porque todavía no sé si lo tomaré por esposo... —afirmó la rubia para fastidiar al marido de su hermana. German era un buen hombre, pero al fin y al cabo era uno de ellos. Amanda no le era simpática y ella no estaba interesada en que la situación cambiase.

—¡Amanda! Te han sorprendido haciendo el amor con él en una casa que no era la tuya... Desde luego que vas a casarte con ese hombre... Eso si él todavía quiere hacerlo, claro. —La última parte fue dicha con la boca pequeña. Cuando su hermana la incitó a huir de él, no sabía que el hombre era el prometido de Amanda. Estaba segura de que lo habrían ofendido y tal vez él retirara la propuesta. Su hermana no podría enfrentarse a un nuevo escándalo y desde luego, cuando el esposo de Samantha se enterase del escándalo no permitiría que ella siguiera residiendo en la casa. Samy estaba cansada de tener que mediar entre los dos. Los amaba a ambos, pero eran tan testarudos que entre ellos saltaban chispas.

—Yo no estaba haciendo nada como eso, con él —rebatía con enfado. El rumor se había extendido como la pólvora y era del todo inexacto.

—Sea como sea, vas a casarte con él —apostilló el conde. Él no iba a desaprovechar esa gran oportunidad que se le había presentado.

—German... por favor... —La hermana de la rubia solicitó silencio por parte de él para que los dos no estallasen en una batalla. Samy necesitaba un poco de tranquilidad.

—Haré lo que yo quiera, cuando yo desee y como estime necesario —Recalcó Amanda mirando directamente los ojos del esposo de Samy.

—Eso lo veremos, querida... —El conde no iba a desaprovechar la oportunidad de librarse de ella. Incluso estaba pensando en la mejor manera de envolverla con un precioso lazo rojo y depositarla en casa del hombre con el que, Mandy, sí o sí, iba a casarse.

Samy apretó la mano de su hermana para que no molestase más a su esposo. Amanda decidió callar por el momento. Pero él estaba soñando si creía que se iba a deshacer de ella con tanta facilidad.

Amanda ya veía lo que hacía con su vida. Tal vez se casase o tal vez no. Por lo pronto, se lo iba a poner complicado a ese hombre que había salido disparado detrás de ella.

¿Bruja de hielo? ¿Víbora venenosa? Esos apodos que le habían puesto no es que le quedasen grandes, sino que le venían como un guante.

La vida le debía muchas cosas. Amanda se iba a cobrar unas cuantas. Eso, y que la conversación mantenida con Angela la había dejado inquieta. ¿Y si ese prometido suyo era una

mala persona? O peor, ¿y si no era un conde y además estaba arruinado?

Amanda entró en pánico al pensar en estas posibilidades. Primero averiguaría lo que había con ese futuro conde y luego ya decidiría.

Capítulo 2

Un cortejo se inicia

La mañana se presentaba luminosa y llena de novedades. Arnold Peterson, vizconde Lemory se levantó con energía. Le ordenó al lacayo que mandase tres docenas de rosas rojas a la que se había convertido en su prometida y unos dulces. Ya lo sabía todo de ella. Se llamaba Amanda Baker, hija de un baronet, de unos veintiún años y era magnífica para la vista. Era viuda y preciosa.

Se sonrió mientras repasaba los documentos que estaba comprobando en su despacho. Los dejó apartados a un lado porque era imposible concentrarse en ellos. Anoche no consiguió hablar con ella. La muy pícara salió corriendo cuando trató de alcanzarla. ¿Por qué otra mujer se empeñaba en ponérselo difícil?

A sus veintisiete años, Arnold no había tenido que buscar a ninguna fémica, porque por lo general, eran ellas quienes se empeñaban en perseguirlo. Se consideraba a sí mismo un hombre apuesto, tenía fortuna y un título importante, pues en cuanto se casase recibiría el condado de su padre.

La muchacha en la que había puesto sus ojos justo antes de quedar obligado con esa impresionante rubia, Briana, también había puesto trabas en su relación y él creyó que la joven lo había ideado todo con el fin de volverlo loco de interés... Cosa que ella consiguió. Sin embargo, las circunstancias habían cambiado y él se debía a su honor. Había usado el cuerpo de esa bonita dama rubia a su placer, y aunque el incendio que sintió no se apagó, porque no llegaron al final en la seducción, sí pudo ver que los dos se ajustaban muy bien en la intimidad. No había visto sus delicados pechos a la tenue luz de una vela, por ejemplo, pero intuía que serían magníficos. En sus manos y sobre su lengua, la cosa se percibió pletórica. Esos pezones estaban hechos con el manjar de los dioses y él necesitaba seguir alimentándose de ellos. Eso sin contar los besos tan magníficos que ella le otorgó. Y cuando consiguió alcanzar su entrepierna, aunque fue un breve momento, la sintió húmeda y más que lista para él.

Su prometida fue arcilla en sus manos y él la moldearía acorde a sus necesidades. Lo que sí tenía claro, era que lo principal ya lo había hecho. Si con *lady* Briana no pudo asegurarse un compromiso, con esta nueva dama ya lo tenía, y ella no iba a escapar de sus garras. De hecho, ya había enviado la noticia del compromiso al mayor periódico de Londres para que la buena sociedad se hiciera eco de sus próximas nupcias... porque, ¡oh, sí!, él se iba a casar con una dispensa especial y más pronto que ya.

Era un hombre perseverante y muy concienzudo en sus acciones. Si no se hubiera visto envuelto en esa extraña trampa que *lady* Monty había ideado, él hubiese conseguido casarse con Briana. No había llegado a ser lo que era, siendo un noble ocioso y perezoso. Cuando su padre le dijo que el condado estaba en serios problemas, él se puso a trabajar en negocios como el ferrocarril y las minas para conseguir tener mayores fondos y modernizar el sistema de la hacienda. Adoraba los retos porque lo impulsaban a ser mejor y a luchar más y con todas sus fuerzas.

Lo más complicado, lograr el compromiso, estaba hecho. Todo lo que necesitaba hacer ahora era casarse, por lo que la mayor parte del negocio estaba finiquitada. ¿Qué podría salir mal?

Según había estado averiguando, y tal y como figuraba en el informe que su hombre de

confianza, señor March, le había pasado sobre su futura condesa de Lancaster, la denominada Amanda era una joven viuda que residía con su hermana y el marido de esta. Según estaba escrito en el informe que Arnold leyó a primera hora de la mañana, el antiguo conde de Shewsbury se había pegado un tiro en la sien y la había dejado en la pobreza más absoluta. Esto del suicidio eran todo especulaciones porque nadie había dado una versión definitiva. Pese a ello, intuía que su prometida había atravesado serias dificultades, puesto que en estos momentos debía ser una carga para la familia de su hermana mayor. ¿Qué dama en su sano juicio desperdiciaría la oportunidad de ser condesa y tener a su disposición los lujos que él pondría a su alcance? ¡Había ganado al fin una prometida!

Con esa idea se levantó de la silla y fue hacia la salida. En una de las notas, además de un bello poema para su prometida, le ponía que quería entrevistarse con ella a las doce y faltaba poco para la hora convenida. También aprovecharía la visita que se proponía hacer a la mansión de los Strangened, para hablar con el conde y dejar listo el contrato. Dado que Amanda residía allí, era lógico pensar que el hombre sería su guardián, y que a él debía hacerle la petición formal y mostrar su respeto.

Con una brillante sonrisa y lamiéndose los labios por su suerte, el vizconde Lemory, quien además ya había enviado otra misiva a sus padres para advertir que en breve llegaría a la finca con su nueva flamante esposa, salió de su casa para iniciar el camino hacia su nueva vida.

En poco tiempo el carruaje lo dejó en su destino y en menos de dos minutos estuvo sentado en el despacho del conde de Strangened. Lemory había insistido en que primero deseaba hablar con su prometida, pero el conde dijo que mejor sería arreglar los asuntos entre caballeros.

Lemory examinó al hombre que tenía frente a él. De aspecto sano pero en muy baja forma, con unos fieros ojos negros como los suyos, el moreno lo miraba con atención, y Arnold se atrevería a decir que con entusiasmo. ¿Por qué lo haría?, se preguntó.

—¿Y bien? —se aventuró a hablar lord Strangened.

—¿Y bien, qué? —rebatió el vizconde mientras daba un trago de la copa de brandy que le había servido el anfitrión.

—¿Cuándo va a querer que se le abonen las 50.000 libras de la dote de su prometida?

—¿Disculpe? —¡Vaya! Esa mujer tenía una extravagante cifra sobre su cabeza.

—La dote de su futura esposa. Si ha venido a retirar su oferta de matrimonio, le diré que es tarde. La reputación de la hermana de mi esposa ha sido dañada y si no cumple con su cometido, me veré obligado incluso a retarle a duelo, milord. —El tono espetado fue del todo extraño. Arnold se fijó en que su interlocutor estaba... ¿sudando?

—Soy un hombre de honor.

—Sí, sí... ¿Eso quiere decir que no va a echarse atrás? —interpeló muy, pero que muy interesado el conde, quien se había puesto medio levantado en su silla aguardando la respuesta.

—¡Por supuesto que no! —puntualizó molesto Arnold.

—Sabía que las 50.000 libras darían su fruto —señaló el conde en tono bajo, más para sí que para el otro conversador.

—¿Cómo dice? —El vizconde había oído algo del todo extraño.

—¿Quiere que le firme un pagaré...?—German se quedó pensativo—. Para que no haya malos entendidos, tal vez será mejor que le dé la mitad de la cifra ahora y el resto lo recibirá una vez que ambos hayan recitado sus votos... —recapacitó muy seguro. No quería arriesgarse a darle esa fortuna y que el hombre se marchase huyendo sin Amanda. Por fin se la iba a sacudir de encima y tenía que atar bien los cabos. Era una mujer tan inconstante, malcriada y cambiante en sus

caprichos, que él estaba a un paso de marcharse de su casa y no volver.

—¿Pero de qué está hablado, milord? —El vizconde no seguía el razonamiento de ese hombre que ya no transpiraba tanto.

—A ver, estamos hablando de la dote de la dama. Yo le estoy preguntando si le parece bien que acordemos firmar el contrato y que el pago de la cantidad se haga en dos veces.

—¡Aaaah! No, no. De ninguna manera aceptaré ninguna dote por mi esposa. No la necesito. —Era la costumbre que la familia de las mujeres pagasen al hombre al aceptarlas por esposas, pero a él no le hacía falta esa cantidad de dinero—. Por lo que a mi respecta, puede poner esa cantidad en fideicomiso a nombre de la dama, o puede ser para nuestros hijos —esa idea hizo que su entropierna saltase ligeramente— o se la puede quedar usted. Como prefiera.

—¿Cómo dice? —Las tornas se cambiaron. En esta ocasión era el conde quien no seguía la exposición del vizconde.

—Lo que trato de explicar, lord Strangened es que no es necesario el ofrecimiento de la dote. No lo acepto.

—¿No acepta el dinero?

—No.

—¿No quiere la dote?

—No.

—¿No desea una compensación por casarse con la condesa viuda de Shewsbury? —volvió a preguntar raudamente.

—No. —¿Ese hombre tenía un problema de oído o de entendimiento?, se preguntó lord Lemory.

—¿Se va a casar con la hermana de mi esposa sin recibir nada a cambio? —El conde no se lo creía. Ahí había algo extraño. Todo el mundo conocía la fama de Amanda y él había tenido que ir subiendo la cifra de la dote porque, ni aun así, conseguía tentar a nadie. Desde que se había rumoreado que el anterior marido de Amanda se había quitado la vida por su causa o que tal vez ella lo asesinó, nadie deseaba tenerla por compañera. Ni su belleza cegadora había conseguido tentar a los hombres.

—Eso he dicho.

—¿Sin dote y sin echarse atrás? ¿La tomará por esposa? —El conde tenía los ojos como platos.

Lemory carraspeó nervioso. Se dijo a sí mismo que debía tener paciencia con un hombre al que no le funciona bien el intelecto.

—Me casaré con la dama sin nada más que recibirla a ella por esposa. No, no deseo dinero por el matrimonio. Tampoco me echaré atrás y deseo casarme lo antes posible.

Lord Strangened se contuvo para no ponerse de pie y comenzar a bailar, gritar y aplaudir. Se tranquilizó porque todo parecía hecho.

—¿Cuánto de rápido está dispuesto a casarse, milord?

—¿En tres días? —Si fuera por él, lo haría al momento, pero comprendía que la familia necesitaría tiempo para despedirse de su futura esposa. Lo sensato sería dejarles disfrutar de ella un poco más. Tres días había de ser suficiente.

Y el conde se vio aplaudiendo sin poder remediar que su alegría saliera a flote. Tras cinco palmadas, German cesó porque el hombre que iba a llevarse a Amanda, lo estaba mirando de un modo muy extraño.

El vizconde se armó de paciencia. Después de haber conocido al hermano de la anterior mujer con la que pretendía enlazarse, de Briana, creyó que habría pocos hombres más peculiares que

lord Monty, pero estaba claro que en el mundo había muchos.

—Bueno, solo queda que nos estrechemos la mano y sellemos el acuerdo. —Strangened se puso en pie a una velocidad alarmante. Cuando Lemory le ofreció su mano, el apretón fue tal, que el vizconde creyó que le rompería la mano en mil pedazos.

—¿No se irá a echar atrás verdad? No lo consentiré —le avisó con seriedad.

—Le he dicho hasta la saciedad que no lo haré. Ella será mi esposa— aseguró como si de una promesa se tratase.

Lemory se sentía muy incómodo. El conde lo miraba y se relamía los labios... ¿Sería uno de esos hombres que prefería la compañía de otros?, se preguntó escandalizado al tiempo que le retiraba su mano de un tirón.

Amanda se había despertado como siempre. Estaba de mal humor, como era habitual. Su vida era tan insípida, aburrida e insustancial, que no había nada bueno en el horizonte. Se animó pensando en cómo podría hacer sufrir hoy al esposo de su hermana. Si se levantaba pronto, tal vez le pondría un poco de sal en el té. Compuso una mueca. Era deprimente que su única misión en el día de hoy fuese molestar al conde. Desistió de la iniciativa pensada porque no le apetecía meterse en las cocinas donde todo estaba sucio y plagado de sirvientes.

Se levantó y se acercó a la ventana. Hoy había un poco de sol. Suspiró. ¿Y si le insinuaba al esposo de su hermana que ella no se casaría nunca, que lo del compromiso de ayer había sido un error? Eso probablemente convertiría a Samy en viuda justo en el momento en el que Amanda acabase de soltar la frase.

No tenía nada en contra de lord Strangened... salvo que era un hombre. Los detestaba porque de ellos solo había conocido maldad, lujuria y desdén. El único que había conseguido mover levemente su corazón había sido Frederick. Mandy suspiró nuevamente. Desde que ayer le diese una negativa por respuesta lo quería más fervientemente para ella. Anoche lo había visto tan apuesto, decidido... ¡Tan varonil! Incluso su cojera era atractiva, porque lo hacía parecer peligroso en sus andares. Su voz también había cambiado. Ya no tenía ese ceceo que tanto la había disgustado en el pasado. La guerra le había sentado muy bien a lord Exeter.

No. Amanda no iba a desentenderse de Exeter con tanta facilidad. Daba igual que hubiera protagonizado un escándalo con ese futuro conde de Lancaster —ella ya sabía el título de él—, no podía dejar escapar a Frederick. A fin de cuentas, su antiguo pretendiente solo acusaba un poco de enfado porque en el pasado ella le había puesto las cosas muy difíciles.

Amanda no se fiaba de las intenciones de Angela, así que mejor sería interesarse por un hombre al que ya conocía que por otro que... No sabía qué había con lord Lemory, pero si Angela se lo había servido en bandeja, no sería nada bueno.

Con esa idea bajó a desayunar. Se quedó asombrada cuando vio todas esas rosas inundando parte de la entrada y el comedor de la casa. Sus celos se dispararon en el momento. Su hermana tenía suerte. Por más que ella no quisiera llevarse bien con Strangened, debía reconocer que ese hombre sí le convenía a Samy.

—¿Te gustan? —le preguntó la condesa a Amanda cuando la vio acceder en el comedor.

—Son preciosas. Ese zoquete que tienes por esposo tiene buen gusto. —No pudo remediarlo.

Aunque él no estaba delante, se sentía bien molestarlo.

—¡Amanda! —la regañó enérgica la condesa.

—¡Pero si lo he alabado! —acotó con falsa inocencia.

—Deberías ser más agradecida con mi esposo. Es gracias a él que tú no... —se calló porque no deseaba molestarla.

—Lo sé. Si él no me hubiera dado cobijo, yo estaría seguramente en un prostíbulo teniendo que soportar lo indecible para poder comer —señaló de modo natural.

—¿Siempre tienes que ser tan desagradable? —La respuesta de su hermana era inapropiada.

—No he dicho más que la verdad.

—¿Entonces por qué no te muestras más atenta con él? —quiso averiguar.

—Porque él me da comida, me viste y se ocupa de mis gastos y a cambio puede admirar mi belleza todos los días. —Amanda le sonrió.

—¿Comprendes que estás hablando de mi esposo? ¿Del hombre al que amo y que podrías despertar mis celos y hacer que yo te echase de una patada de mi casa? —le dijo sin ceremonias. Amanda supo que había ido demasiado lejos. Hizo una mueca.

—Lo siento. Es que yo... —Amanda apoyó la barbilla sobre su mano derecha en un gesto de aburrimiento.

Su hermana dejó de arreglar el último jarrón de flores con las rosas

—Amanda, tienes que cambiar. Soy lo único que te queda. ¿No te das cuenta de que con tu actitud has apartado de ti a todo el mundo?

La viuda sacudió los hombros para restar importancia a lo que había dicho Samy.

—¿Y qué? ¿Acaso alguien se ha preocupado alguna vez por mí de modo desinteresado? No. Salvo tú, no hay nadie en el mundo en quien yo pueda o quiera confiar. La vida me enseñó desde bien temprano que yo estaba sola. ¿Quieres que te recuerde lo que fue nuestra niñez?

—Supongo que tienes razón hasta cierto punto, pero debo recordarte que yo viví a tu lado y soy... soy... No soy... no soy una... —¿Por qué tenía en la punta de la lengua la palabra «bruja», y no le venía otra?, se preguntó Samy.

—¿Belleza? —preguntó con una brillante sonrisa Amanda.

La condesa hizo un sonido nada femenino ante la observación de su hermana.

—¿Ves? Es por cosas como esa, por lo que la buena sociedad no quiere tener nada que ver contigo. ¿No te das cuenta de que no puedes seguir así, Amanda? Eres una mujer, no la niña caprichosa que te empeñas en ser.

Amanda rodó los ojos. ¿Qué mal había en tener un poco de diversión? Su hermana se lo tomaba todo demasiado en serio.

—Sí, sí... De acuerdo. Me comportaré. Lo sientooooo —apuntó bufona.

Su hermana hizo gala de su paciencia.

—A veces creo que más que tu hermana mayor soy tu madre. Bien, ¿quieres que pongamos algunos en tu habitación? —le preguntó Samy señalando los jarrones de rosas.

—No creo que a tu esposo le hiciera demasiada gracia que compartieras conmigo tus obsequios —apuntó bufando.

—Amanda, esos preciosos ramos de flores te los han enviado a ti.

—¿A mí? —Amanda se levantó veloz para ir a oler tan magníficas rosas rojas. Hacía tanto tiempo que nadie le hacía un regalo, que ya se le había olvidado lo que se sentía al saberse venerada. ¡Era una sensación maravillosa!—. Oh, sabía que lord Exeter solo estaba ocultando sus sentimientos —señaló embelesada mientras contemplaba la rosa que sostenía entre sus finos

dedos.

—¿Exeter? Me temo que no son de él.

—¿No? —preguntó con sorpresa Amanda.

—Son de tu prometido. ¿Recuerdas que ayer hablaste de casarte, delante de un buen número de personas de la alta sociedad, Mandy? —ironizó Samantha.

—¿Lo hice? —La rubia volvió a fingir inocencia.

—Sí, fue justo cuando te sorprendieron en una habitación oscura con un hombre que no tiene relación alguna contigo... ¿Quieres que siga explicándote lo que supone para una dama común lo que tú has hecho? ¿O prefieres que haga, mejor, hincapié en que si no te casas de inmediato con lord Lemory, ni tan siquiera en el campo serás bien recibida por los cerdos?

Amanda suspiró. Cuando su hermana se ponía seria podía ser brutalmente sincera. No era cuestión menor que el escándalo sería mayúsculo, más con respecto a ella, quien ya acarrea un número demasiado elevado de infortunios a sus espaldas. La sociedad la culpaba de la muerte de su esposo, la acusaba de haberse inventado un título superior al que le correspondía como hija de un baronet, y las damas no querían ni mirarla porque, Mandy, estaba segura de que la envidiaban y la temían. Las mujeres la habían apodado con un mote muy feo y los hombres, en los últimos tiempos solo le hacían propuestas del todo indecentes, muy succulentas en términos de economía, pero inapropiadas para una mujer decente. Sí, decente, porque Amanda era muchas cosas, malas en su gran mayoría, pero decente y nunca vendería su cuerpo. Entre otras cosas porque la seducción la repelía como el agua al aceite... Se quedó un momento pensativa. Los besos y las caricias de ese al que todo el mundo llamaba su prometido, resultaron ser del todo increíblemente sorprendentes. Sacudió la cabeza. Ella no había sorteado a dos monstruos para lanzarse en brazos del primer futuro conde que le diese un par de besos diferentes a los que había compartido con sus antiguos pretendientes.

Amanda, más allá de enseñarle un tobillo a Frederick y permitir un par de besos en los que no se usó la lengua, no había hecho nada más.

—¿Me estás oyendo, hermana? —Samy la devolvió al presente.

—Sí, por favor, que lleven las flores a mi habitación. Si son más, las disfrutaré allí.

—¿Las quieres todas en tu alcoba? —Eran muchas rosas para tener en un mismo lugar.

—Desde luego que sí. Has dicho que me las envían a mí, si tú quieres recibir flores, dile a tu amante esposo que sea más considerado —adujo la rubia mientras su hermana la miraba con la boca abierta.

—¿Qué sucede conmigo? —entró en el comedor en ese momento el aludido.

—Resulta que eres del todo tacaño con los afectos que le demuestras a mi hermana. En el tiempo en el que vivo aquí, no te he visto mover un dedo para agasajarla. Debería darte vergüenza. —Le señaló ofendida en nombre de Samy mientras escondía una sonrisa triunfal por haberlo molestado. La cara de él era todo un poema de terror.

—¡Amanda! —chilló la condesa mortificada.

El conde respiró profundamente. Se recordó que sería cuestión de tres días que la bruja rubia —él le había puesto su propio apodo— saliera volando montada en su escoba de su casa. ¿Quién diría que una cosa tan bonita pudiera ser tan letal?, se preguntó el conde.

—Lord Lemory te aguarda en la salita verde. He pedido que os sirvan un té —apuntó mirando a Amanda y obviando la contestación tan malévolamente pugnaba por salir de su garganta. «Solo un poco más. Solo has de aguantar un poco más, German, y serás libre de ella», se dijo a sí mismo. En cuanto el hombre se diera cuenta del error cometido, ya no habría marcha atrás. La bruja sería

responsabilidad de otro y no podría devolvérsela. Strangened solo esperaba que la belleza de la víbora fuese lo suficientemente cegadora para que el pretendiente no viera que bajo el envoltorio habitaba Belcebú disfrazado de mujer.

—¿Quién? —preguntó como si el asunto no tuviera nada que ver con ella.

El conde apretó los puños y Samy decidió que era momento de intervenir:

—Cariño —compuso un tono afable—, Amanda irá en un momento.

German se concentró en los tiernos y suplicantes ojos de su mujer y asintió sutilmente mientras se marchaba por la puerta.

Cuando estuvieron solas, la condesa se puso delante de Amanda con los brazos en jarras.

—Ese hombre al que tratas de desprestigiar a cada ocasión de modo gratuito es mi esposo. El que nos cuida y nos protege. Deberías dar gracias a Dios porque él no te haya echado a patadas, y ya puestos a mí, porque fui yo quien le pedí que te socorriera. Estás llegando demasiado lejos. Mi paciencia comienza a tener un límite.

Amanda sintió el corazón removerse. Aunque su hermana no había alzado la voz, el tono tan autoritario y con un deje de pena, le llamó poderosamente la atención.

—Lo siento —se disculpó. Esta vez lo hizo de verdad, no para que Samy la dejase en paz.

—Más vale que hagas algo y esta vez lo hagas bien. Mi esposo dice que tu prometido es un buen hombre. Honrado, decente, sin escándalos... y... En fin, no tiene las apetencias ni de nuestro padre ni de tu difunto esposo.

—¿Se lo has contado a tu marido? —gritó escandalizada y acusadora.

—No, no lo he hecho. Discretamente le he preguntado si en su vida privada había algún asunto que debiésemos saber, algo de índole inapropiado sobre sus gustos. Mi esposo me ha comprendido de inmediato, entre otras cosas porque una vez te vio la espalda. —La condesa no era celosa, pero su hermana no comprendía que esa no era su casa y que Amanda no debería entrar en la habitación de la condesa a hurgar entre sus ropas, más cuando su esposo estaba al otro lado. Aquello fue bochornoso para los tres. El conde no sabía donde meterse cuando ella entró y lo vio observando a su hermana... No dudaba del amor de su marido, pero Amanda era impredecible y nunca medía sus acciones. Era momento de que Mandy siguiera su camino.

—¿Todavía estás enfada por aquello? Ya te dije en su momento que no pretendía seducir a tu esposo —si ella descubriera su secreto, su hermana se quedaría sin aliento—. Quería utilizar tu vestido azul, el que lleva flores bordadas. Lo vi y me lo probé. Fue culpa de tu marido por ingresar en tu habitación sin pedir permiso —trató de excusarse la rubia.

—Es la casa de mi esposo, soy su mujer. German no tiene ningún motivo para anunciarse en mi alcoba. —Le tuvo que recordar la morena con aire cansado.

—Pero...

—Haz el favor de ir a ver a tu prometido —cortó Samy la réplica que Amanda había comenzado a expresar en alto—. Y por todos los dioses del universo, hermana, no estropees lo que se te ofrece.

—¿El qué se me ofrece? —preguntó mientras se ponía de pie y alisaba las arrugas de su bonito vestido de muselina.

La condesa la asió por el brazo y la obligó a mirarla a los ojos.

—Tienes a tu alcance, justo en la otra habitación, a un hombre apuesto y rico. Será un conde tal y como desde pequeñas nos dijeron que teníamos que buscar. Amanda, no-lo-es-tro-pe-es. —En efecto, la última palabra fue dicha como si contuviese una decena de sílabas.

La rubia batió sus pestañas y le ofreció una sonrisa brillante.

—Por supuesto que no lo haré.

Y sin más que añadir, se fue de allí, dispuesta a ver qué excusa le ponía a lord Lemory para que se marchase y la dejase en paz. Tal vez lo mejor fuera actuar y no hablar, pesó Mandy. Ella tenía sus miras puestas en lord Exeter, y cuando tenía una meta, nunca la abandonaba. Su padre ya no era un problema. Su marido estaría en compañía de Lucifer charlando amigablemente. Su futuro estaba asegurado porque su hermana nunca permitiría que ella terminase en la inmundicia. Y en cuanto a lord Strangened, él no era un problema, porque en estos años, ella, lo había amargado hasta la saciedad y nunca el hombre trató de deshacerse de ella. Por supuesto que esto último era debido a que Samantha era el ojito derecho de German y no haría nunca nada que irritase a su esposa, como echarla a patadas, por ejemplo.

Mientras pensaba en estas cosas, Amanda subió a su habitación y se encerró allí para leer un libro que estaba muy interesante. Había fantasmas y la cosa estaba fascinante porque la protagonista estaba a punto de asesinar a su esposo.

Cuando terminó de leer el libro, es decir, cuarenta y cinco minutos después, bajó para ver si el hombre seguía aguardando por ella. Con un poco de suerte, su prometido se habría marchado ya. No debería ser demasiado complicado deshacerse de él, ¿verdad? Amanda había ahuyentado de su lado a personas a las que valoraba mucho más que a ese desconocido con el que no pensaba casarse, así que a buen seguro la hazaña sería coser y cantar.

Ingresó en la salita verde creyendo que la encontraría desierta. Error. El vizconde estaba sentado cómodamente en un sillón y sostenía un libro en las manos. Amanda se contrarió. Tuvo que haber aguardado una hora, u hora y media, para presentarse ante él, porque, ¿qué hombre perdería tanto tiempo a costa de una simple mujer? Tomó nota mental de mejorar sus planes para deshacerse de él.

Capítulo 3

Una confesión excitante

¡Mujeres! Arnold sacó su reluciente reloj y miró la hora. Habían pasado quince minutos desde que el conde lo acomodase en esa singular habitación. El servicio le había traído un té y unas pastas. Ya lo había consumido todo y estaba aburrido. Una sensación que no le gustaba en absoluto. Era un hombre muy productivo y siempre necesitaba mantenerse ocupado en algo.

Salió de la salita y se encontró con el conde. Lord Strangened miró con discreción el lugar. No había ni rastro de la rubia. Por lo visto, iba a ser más complicado de lo que pensó sacudírsela de encima.

—¿En qué puedo ayudarlo, milord? —habló el señor de la casa—. ¿No irá a marcharse, verdad? —inquirió con nerviosismo. Su invitado no se podía ir, no al menos sin llevarse a su prometida. Un poco de paz en la casa vendría bien a todos, a su esposa, al servicio y, por descontado, a él mismo.

—Mientras aguardo a la presencia de *lady* Shewsbury, quisiera ser de provecho... —dijo no sabiendo muy bien a lo que él mismo se refería.

La contestación, pese a no entenderla demasiado, dejó más tranquilo al anfitrión. Lemory no abandonaba la idea de entrevistarse con ella... Aunque tal vez sería mejor que no lo hiciera, la belleza fiera no tardaría demasiado en irritar al vizconde y él podría ver mermadas las posibilidades de colocársela. Casi sintió lastima de ese pobre hombre... Casi.

—¿Y qué ha pensado al respecto?

—¿Tal vez un libro? —se le ocurrió que en la biblioteca del conde podría haber algo interesante para hojear.

—Por supuesto. Collins, mi lacayo —se giró para mirar al joven que en ese momento pasaba por su lado—, le acompañará a la biblioteca. Siéntase libre para tomar lo que desee. Está usted en su casa —le pondría incluso una alfombra roja para que él se sintiera bienvenido. Lo trataría como a un rey, al menos hasta que la pareja recitase sus votos, luego ya vería si en verdad le era simpático o no.

—Sería encantador. Muchas gracias. —Arnold bajó la cabeza en señal de agradecimiento. Las palabras llenas de afecto del guardián de su prometida le gustaron. Tanto amaba a esa mujer que su congénere estaba dispuesto a hacerlo sentir parte de su familia. La cosa pintaba muy, pero que muy bien.

El conde continuó su camino. Anduvo un par de pasos y se se paró. Se dio la vuelta para hablar:

—Lord Lemory...

—¿Sí? —preguntó al ver que el conde lo miraba con el ceño fruncido.

—No. Nada, nada... —German siguió su camino porque no estaba seguro de cómo animarlo a no dejarse desanimar en la conquista de Amanda. Y más porque no quería desvelar nada que pudiera ser tomado en su propia contra.

—Muy bien. —El vizconde siguió caminando detrás del lacayo que lo guiaba hasta la

biblioteca.

—Disculpe, lord Lemory, pero yo... —la frase se quedó a medias de nuevo. El conde y Arnold estaban mirándose. El primero necesitaba inspirarlo de algún modo, y el segundo figuraba pensando que en verdad el conde tenía algún tipo de problema mental...

—¿Qué puedo hacer por usted? —Tuvo que preguntar al ver que el noble no seguía con la explicación.

—La hermana de mi esposa es una mujer a la que le gustan los hombres muy insistentes. Adora que la persigan y la cortejen. Es algo tímida, tanto que ya ve el rato que hace que la espera y no se ha decidido a presentarse ante usted. —Si la mentira era un grave pecado, él acabaría consumiéndose en el infierno. No importaba, al menos disfrutaría en paz lo que le quedase de vida.

—Comprendo... —Falso. Lemory no se hacía idea de hacia dónde iba esa conversación.

—Lo que trato de decirle es que no debe darse por vencido con ella. Insista hasta que esté frente a un hombre de Dios que bendiga su unión. La condesa viuda ha tenido un matrimonio complejo... Imagino que sabrá que el difunto conde no terminó... En fin, la dejó desamparada y ella ha sufrido mucho. Tal vez no esté preparada para corresponder a las atenciones de un hombre de nuevo. Le recomiendo que se arme de paciencia. Nuestra Amanda, —usó el nombre de pila de ella para dar mayor credibilidad a sus palabras— no está en su mejor momento. Tan dulce como ha sido siempre, la vida la ha agriado un poco. —El demonio se lo llevaría a los infiernos en cualquier momento por semejante gran mentira.

—Estoy al tanto de las circunstancias que envuelven el matrimonio de la dama. Incluso de ciertos rumores malintencionados que corren sobre ella. —Lemory le dio su merecido a York por esta cosa—. No se apure. Soy un hombre muy determinado, que jamás, y repito: jamás, deja nada a medias. Nuestra Amanda —el nombre de ella era delicioso de pronunciar y Arnold no pudo resistirse—, como usted la ha llamado, será mi esposa porque así lo he decidido y nada ni nadie me impedirá lograr mi objetivo. —Esperaba que esas tres docenas de rosas hubieran podido dejar claras las intenciones que tenía con ella. No iba a escapar de él.

Una vez más, el conde se vio tan complacido por la exposición, que terminó aplaudiendo, y en esta ocasión, incluso dio un pequeño salto de alegría. Lemory lo miró con precaución, no se percibía peligroso, pero si la cabeza del conde no estaba en condiciones óptimas...

Strangened supo que el vizconde lo observaba como si estuviese mal de la cabeza. Le dio exactamente igual porque la cosa estaba hecha. La convicción que Lemory había mostrado cuando aseguró que se casaría con ella, sonó a juramento. Había tanta determinación que esperaba de verdad que la bruja rubia no tuviese escapatoria.

Lemory vio que, silbando una animada melodía, el conde desaparecía de su vista.

—¿Su señor es siempre tan jovial? —se encontró preguntando al lacayo sin poder evitarlo.

—No. Por lo general él suele estar de mal humor —comentó con sinceridad el interpelado sin darse cuenta de que había hablado en alto. No debía hablar de la familia a la que servía.

—Ya... —Un hombre muy peculiar, se dijo a sí mismo, que era el conde.

Cuando ingresó en la biblioteca, Arnold se maravilló. Había montañas de libros. Escogió uno sobre las nuevas técnicas de cultivo. Deseaba hacer algunas modernizaciones en el condado y esa lectura le iría bien. Regresó a la salita y se sentó en un bonito silloncito tapizado en terciopelo verde.

Calculaba que su prometida tardaría un buen rato en acicalarse para recibirlo en condiciones. El conde le había dicho antes de la entrevista producida entre ambos, que la dama se solía

levantar tarde. Le daría el tiempo necesario para que se presentase perfecta... ¡Pobre mujer! Sentía compasión por lo que ella había tenido que soportar. Sola, sin un hombre que la apoyase y protegiese de esas calumnias y lenguas ociosas que la habían tratado mal... Bien, él se ocuparía de que su futura esposa no tuviera que soportar la carga de las acusaciones nunca más. Que se preparase aquel que intentase hacerle daño, porque él llevaría todo el peso del escarmiento sobre la persona que la disgustase.

En su momento se prometió que en cuanto se casase, su vida cambiaría de forma sustancial. Dejaría de ser un pícaro y sentaría la cabeza. Estaba más que listo y deseoso por tener una familia, una vida apacible con una buena mujer. En este caso era mucho mejor, porque aunque los dos no se conocían en absoluto, esos besos compartidos le dieron buena pista de que eran perfectos el uno para el otro. Con menos se habían construido grandes y duraderos matrimonios. Lemory tenía ya eso avanzado.

El libro que sostenía en sus manos era maravilloso. Tantos avances que poner en marcha, tanta maquinaria nueva. No podía despegar los ojos de las páginas.

Oyó un carraspeo, pero no le hizo caso. La lectura lo tenía absorto. ¡Era fascinante! Tanto, que en cuanto llegase al campo se reuniría con su ayudante y pondría en práctica un par de ideas.

Amanda estaba de pie delante de él. ¿Ese libro era más interesante que ella?, se preguntó refunfuñado mentalmente. Cruzó los brazos. Comenzó a repiquetear con la punta del pie en el suelo, mientras volvía a carraspear.

Su supuesto prometido seguía sin hacerle el menor caso. ¡Hombres! Todos eran iguales. Ahora comprendía que él había estado esperando su llegada porque estaba muy entretenido leyendo eso que parecía tan interesante para él. ¿Habría cogido uno de los libros prohibidos que ocultaba lord Strangened en las estanterías más altas? Ciertamente era del todo curioso para leer algo diferente. Amanda se acercó con sigilo para ver si había alguna ilustración como las que ella una vez vio... No. Ahí solo había letras y algunas plantas y chismes dibujados.

Lemory levantó la cabeza al ver que una figura le hacía sombra preparado para pedir explicaciones por la intromisión. Entonces la vio. Era un ángel. Nunca había visto nada similar. El cabello rubio se fundía con la luz, y al mismo tiempo, esa luminosidad de la habitación se colaba en sus ojos para hacerlos tan claros y profundos, que creyó que podría nadar en ellos.

Se levantó de sopetón y se aclaró la voz. Le ofreció una reverencia al tiempo que le cogía la mano y depositaba un tímido beso ahí. Sostuvo su mano cerca de sus labios demasiado rato. Se dio cuenta de lo que había hecho porque ella le dio un tirón para apartar sus manos desnudas.

Amanda se lamentó por no usar habitualmente guantes. Ese hombre se estaba permitiendo demasiadas licencias con ella. Y lo peor y más preocupante era que le afectaban. Hasta el momento, los hombres no habían conseguido hacerla sentir incómoda con sus atenciones.

Los dos se miraron con intensidad. Amanda no fue consciente de este hecho, hasta que lo vio sonreírse pagado de sí mismo.

—La espera ha valido la pena, *milady*. —Le dijo el vizconde mientras la invitaba con la mano a tomar asiento en el sillón contiguo al que había estado él. Todo ello dándole una mirada descarada de arriba a bajo para dejarle claro que aprobaba la tardanza y el aspecto que ella presentaba.

—¿Lo he hecho esperar, milord? —Sacó una vez más su inocencia fingida—. No había sido consciente. De hecho, creí que se habría ido... Lo hubiese comprendido perfectamente, ha sido de muy mal gusto por mi parte no atenderle primorosa y rauda. Aunque... —ella se dio un par de golpes en la sien mientras se preparaba para seguir hablando—, suelo ser muy impuntual. Eso, y

que me olvido de las cosas constantemente. Es una suerte que mi buena hermana me ayude con mis asuntos, porque soy un auténtico desastre. —Su plan para desembarazarse de él comenzaba de inmediato.

—No ha sido molestia. No se aflija, mi bella dama. Es costumbre que la mujer se tome su tiempo para presentarse brillante ante su prometido. Estoy más que satisfecho con su aspecto, si me permite el atrevimiento, *milady*. Y la espera ha sido también muy productiva. —El vizconde dejó el libro sobre la mesita pequeña al decir eso. Amanda comprendió que él había disfrutado de la lectura.

Una sirvienta entró en ese momento portando un nuevo juego de té para los dos. Eso seguramente era obra de Samy. Amanda le sonrió con gracia y se levantó para acercarle una taza de té. Arnold la sujetó en su regazo. Amanda se dispuso a ir con la tetera para servirle. Cuando estaba punto de llegar hasta la taza, consiguió derramar el caliente líquido sobre los pantalones de él.

Arnold se levantó de un brinco y contuvo el aullido. Si el agua le llega a caer en... en... en... Sí, ahí... No creía que hubiera podido tener hijos, jamás.

—Oh, lo siento. ¡Cuánto lo lamento! —Trató de esconder la sonrisa que se formaba en la comisura de los labios. No era tan mala persona. Amanda sabía que su hermana solía pedir el té con agua caliente, pero no hirviendo. Eso no quitaba que el líquido estuviera suficientemente caliente para asustarlo—. ¿Ve? Se lo he dicho, desde que mi difunto esposo falleció no consigo hacer nada con normalidad. —Ella se limpió una falsa lágrima de su ojo derecho.

—No se apene. —Ver a la viuda tan afligida le sacó la compasión de dentro. Se veía tan desvalida—. No tiene importancia. Mire, ya está todo bien —dijo mientras se pasaba un pañuelo por el muslo izquierdo—. Es un poco de agua caliente —gracias al cielo que no estaba hirviendo, se dijo para sí mismo.

Amanda suspiró. Era un hueso duro de roer. Otro en su lugar le hubiera gritado y, tal vez se hubiese marchado de allí en el acto. Este futuro conde se veía con paciencia. Bien, Amanda era la reina en cuanto a eso de consumir la paciencia de los demás.

—Siento tanto lo de su nuevo traje —comenzó a decir mortificada mientras tomaba asiento—. Se ve un modelo carísimo. Debe saber que no tengo un penique a mi nombre, ni tan solo una asignación. Mi difunto esposo, que en paz descanse... —ojalá estuviera en el infierno, se dijo para sí—, tuvo una mala racha en sus negocios y lo perdimos todo. Vivo de la caridad de mi bendita hermana —decir una mentira y confesar esa humillación valdrían la pena si él se marchaba de allí en el acto—. Debe saber que no tengo dote tampoco. Una desdichada y pobre viuda como yo, no puede permitirse pedir más socorro a sus familiares. —Amanda estaba contando los minutos que tardaría Lemory en macharse de allí. Calculaba que en menos de medio minuto más después de explicar lo referente a su dote, el hombre saldría como una bala de la habitación, de la casa y de la calle, para no regresar jamás.

Lo observó acercase y ponerse de cuclillas ante ella.

—No se preocupe, le prometo que todo va a cambiar para bien. Amanda. ¿Le parece bien que nos llamemos por nuestro nombre? A fin de cuentas estamos comprometidos.

La rubia maldijo. No parecía que él se fuese a marchar.

—Amanda estará bien —correspondió ella llena de falsa ternura—. Lamento lo que ocurrió anoche. Debe saber que comprenderé perfectamente, después de decir lo que he dicho sobre mi falta dote, que no acepte reparar mi honor. No se apene, soy una viuda —mover la mano para restar importancia al suceso—, por lo que la sociedad se olvidará del escándalo en cuanto haya un

chisme más succulento al que hincarle el diente. —A ver si así él se marchaba...

—Debo decirle que su familia la estima tanto que tiene asignada una dote más que succulenta, *milady*. Tiene suerte de que ningún interesado se haya fijado en usted por motivos económicos. No obstante, no deseo hablar de temas que sé que le causan pena.

Amanda se quedó con la boca abierta de par en par. ¿De verdad lord Strangened le había colocado esa diana en la espalda? En esos momentos no se arrepentía de haber convertido su vida en un infierno. Eso suponía todo un problema para deshacerse de este lord. A poco que la cantidad fuese interesante... Eso sin contar que su belleza era demasiado atrayente. Bien, se dijo. Con respecto a la dote que le había asignado el esposo de su hermana, nada podía hacer, pero en cuanto a lo de su aspecto...

Amanda cerró la boca y se separó del vizconde.

—Tome asiento, por favor —lo invitó cortés. Él hizo lo solicitado. Amanda comenzó a servirse el té y derramó un poco en su precioso vestido. Esperaba que la mancha, además de la tremenda torpeza demostrada, empañasen la percepción de él sobre ella.

Error. El líquido había ido a parar sobre su seno derecho y él la estaba mirando como si fuese a limpiarle la zona con su lengua. Esa mirada que él ponía la hizo enfurecer.

—¡Milord! —lo regañó con efusión. Él se dio cuenta de lo inapropiado de su gesto. Dejó de morderse el labio inferior masculino y la miró con seriedad.

—Me disculpo. No es una conducta propia de un caballero. No debí mirar con tanto entusiasmo sus... sus... —¡Madre de Dios! ¿Cómo seguir la frase sin ofenderla?

En ese momento regresaron a la mente de Amanda las sensaciones provocadas por la lengua de él sobre su pecho. La sala se sintió llena de vapores para ambos. Arnold también estaba pensando justamente eso. Y ver el adorable sonrojo de la dama, le hizo desear que ambos estuvieran ya casados.

—Lo que sucedió entre nosotros ayer, no volverá a suceder. Soy viuda, pero una muy respetable. Usted no era el hombre que yo esperaba. —¡Si él supiera cuánta respetabilidad había ella...!

Amanda se tapó la boca. No debió hacer dicho eso último. Acababa de desdecirse ella misma con lo señalado. Él se tensó significativamente.

—¿Es muy habitual que usted tenga citas clandestinas en casas ajenas con hombres, *milady*? —le espetó con acritud.

Amanda enrojeció de vergüenza. Alzó el mentón.

—No crea que no recuerdo el nombre por el que me llamó, milord. —Briana. Ella conocía a una mujer que se llamaba a sí.

—Yo soy un hombre —señaló como si eso lo exculpase de toda culpa.

—Y yo una mujer. —No era un escudo muy duro sobre el que resguardarse, pero no tenía nada más a mano que utilizar. Maldijo su desliz de hacía unos minutos en silencio.

Arnold trató de calmarse. Una viuda tenía más licencias que una muchacha casadera. Se lamentó de que esa belleza rubia que tomaría por esposa hubiera conocido a otro varón antes que a él. Le hubiera gustado tanto guiarla en el arte de la seducción por primera vez. Bueno, al menos su experiencia mundana haría las cosas más fáciles en pronta noche de bodas.

—Estamos de acuerdo en que los dos tenemos un pasado. Supongo que haremos bien en que eso no nos enfrente. —Arnold se moría por saber el tipo de hombre que había sido el difundo lord Shewsbury. Seguro que de lo mejor, puesto que ella había hablado con tanta pena y ternura de él.

—Supongo que sí —señaló ella mientras le daba un mordisco a uno de los sandwiches que el

servicio había traído. Lo masticó con la boca abierta mientras lo miraba—. ¿Sucede algo malo, milord? —le preguntó aún sin tragar el alimento.

Lemory creyó estar reviviendo el pasado. La que hubiese querido como prometida, la mujer a la que pretendía antes de que Amanda se hubiera puesto en su camino, era ciertamente propensa a hacer cosas muy desagradables. Pero la finalidad de Briana —así se llamaba la otra muchacha— era la de ahuyentarlo, porque ella misma le confesó que estaba enamorada de otro hombre... Se enervó. ¡No podía pasar por lo mismo una segunda vez! Con aquella experiencia ya había tenido más que suficiente.

El vizconde se aclaró la voz.

—Soy un hombre con poca paciencia. Me considero comprensivo, pero no me gusta que me engañen. Soy orgulloso, como cualquier hombre y definitivamente no me gusta perder el tiempo. Así pues, iré al grano. Mis padres desean que me case. Yo quiero una esposa porque además de formar una familia, mis esponsales me darán el título de conde de Lancaster en el acto. Antes de estar comprometido con usted, tuve la intención de tomar por esposa a una dama que no me aceptaba. No volveré a cometer el error de permanecer junto a una mujer que no se contentará conmigo, porque eso nos haría infelices a ambos. Mi propuesta de matrimonio sigue sobre la mesa. Tan solo dígame si está dispuesta a ser mi condesa. En caso de que no desee tomarme como esposo y esté dispuesta a cargar con el escándalo que supondrá romper nuestro compromiso, dígalo ahora, se lo ruego. Hablemos con franqueza para evitarnos males mayores, Amanda. Es cierto que apenas nos conocemos. No pretendo ofender su sensibilidad al recordar que nuestro encuentro fortuito de ayer, fue más que satisfactorio, intuyo que para ambos. Una palabra suya y me marcharé de inmediato. Diga sí y le aseguro que haré todo lo posible para que nos enamoremos y vivamos felices. A mi lado nada le faltará. Nadie se atreverá a ofender a la condesa de Lancaster. No, mientras yo viva y tenga algo que decir al respecto. No puedo hablarle de amor, pero sí le confesaré que me agrada usted muchísimo. Es una hermosa mujer, como ya le habrán dicho infinidad de veces y por eso creo que me tiene a sus pies, dispuesto a intentar que seamos felices. Sé que suena completamente superficial, pero su belleza, *milady* es algo que nunca había visto en ninguna otra mujer y me temo que me tiene obsesionado. —Lemory quiso haberle confesado que sus pechos también lo tenían lleno de deseo. No lo hizo porque ya había dicho más que suficiente.

Amanda, que aún tenía en su boca el bocado de comida, lo engulló y se quedó con la boca abierta. Era una declaración del todo sincera. ¿De verdad había hombres sinceros en el mundo? Eso sí que sería toda una novedad. No. Por supuesto que ese hombre no la iba a convencer con bonitas y simples palabras elegidas con sumo cuidado. No. No caería en la temeridad de confiar en un hombre, menos en uno que acababa de conocer. No obstante, eso de que él fuera a convertirse en conde en el acto... Sería condesa en un abrir y cerrar de ojos. Y una, importante y rica... No era ninguna necia. No lo despreciaría a la primera ocasión. Para espantarlo, siempre había tiempo más que suficiente. Ella solo tenía que mostrar su veneno y él se marcharía sin mirar atrás. Lo mejor sería mantener a este hombre a su lado por si la conquista de Frederick no diera sus frutos, y ella tuviera que tener otro recurso. Su hermana, aunque dudaba mucho que la echase de casa, había estado muy tirante en los últimos meses, eso sin contar que el conde le había puesto una dote —según se acababa de enterar— para sacudírsela de una vez por todas. Debía admitir que Strangened se merecía su reconocimiento. Había sido muy inteligente orquestar una maniobra como esa, pero el conde no era rival para ella. Ni tan siquiera este futuro conde de Lancaster lo sería nunca. Si ella se lo propusiera se lo comería y escupiría sus restos... y él regresaría de

rodillas a por más.

Amanda lo miró a los ojos y compuso una dulce sonrisa. Batió sus espesas pestañas y le tomó la mano de él en un gesto de suma audacia.

—Su propuesta de matrimonio es más que bienvenida, milord.

El vizconde, que hasta ese momento había estado manteniendo la respiración, pudo llenar sus pulmones de oxígeno. La deseaba en su cama y prefería que fuese como su esposa, porque su siguiente paso, en caso de que ella no lo hubiese aceptado, iba a ser el de ofrecerle un suculento contrato, tan escandaloso, que ella no pudiera rechazar, a fin de hacerla su amante. La quería del modo que fuese en su lecho, jadeando mientras él empujaba con fuerza en su interior. ¡Era tan bella! Lemory no dejaba de pensar en el momento en que se casasen y la tomase.

—¿Está segura de lo que dice, *milady*?

—Sí, desde luego que sí. —Era un plan fantástico el que ella había dibujado.

—¿Seguro? —repitió él mientras se ponía de pie y le tendía una mano para que ella hiciera lo mismo.

—Ya he contestado a esa pregunta. —No le gustaba el modo en el que él la miraba.

—Levántate, Amanda —se permitió el lujo de cambiar la formalidad por la cercanía. Le venía bien para lo que tenía en mente.

Ella miró la mano con temor. Estaba en su casa y si él se propasaba, gritaría. No había nada que temer, se repitió una y otra vez. Su padre y su difunto marido no estaban para volver a hacerle daño. Ese hombre que tenía delante, se veía inofensivo, pero su esposo también le pareció en su momento incapaz de...

Amanda respiró profundamente y tomó la mano. Él la urgió a levantarse. La acercó a su pecho varonil. Ella ya tenía el grito preparado para dar la voz de alarma cuando los labios de él cayeron sobre los de ella. Fue un beso tan posesivo y contradictorio, que la dejó sin saber cómo actuar. Entonces ella hizo lo que su cuerpo le ordenó: dejarse seducir.

Era un pícaro. Amanda lo sabía. Esa forma en la que la sometía con su toque... Nunca ningún hombre había conseguido ese privilegio. Amanda echó las manos sobre su cuello para no desfallecer. Hasta que llegó ese que sería conde, nadie la había besado de esa forma tan íntima. Los besos húmedos no resultaban desagradables como supuso cuando sorprendió a su hermana y su esposo haciendo esto mismo en la biblioteca. Desde aquel momento ella andaba con pisadas fuertes y carraspeaba cada vez que entraba en una habitación vacía.

Unas manos se agarraron a sus nalgas y Amanda abrió los ojos como platos mientras gemía de placer. Esa lengua era maravillosa. ¡Qué hombre más decidido! Y concienzudo, porque con un nuevo profundo beso había hecho que ella cerrase los ojos y permitiese que le apretase las posaderas sin quejarse...

Arnold necesitaba besarla, al menos. Deseaba hacer muchas cosas con ella, pero se contentaría con un beso. Se propuso que la besaría un instante para saciarse y que la soltaría en el acto. No pudo. La besó y estuvo perdido. Llevó sus manos hasta ese bonito trasero que se adivinaba que habría bajo la ropa y se conformó con apretarlo a falta de poder tocar sus pechos. Ella respondía tan bien a sus necesidades... Tal vez, que fuese viuda, era un acierto.

Buscó su fuerza de voluntad y se obligó a soltarla. Lo hizo con muuuucha reticencia. Amanda sintió la pérdida de inmediato. Tanto fue así que su cuerpo trató de seguirlo. Él la sujetó por las manos impidiéndole que siguiera cerca de él o los dos acabarían poseyéndose en ese bonito sofá.

—Lo tuyo era sellar el trato con un beso, Amada —le encantaba decir su nombre en alto.

—Ajá —contestó sin saber ni lo que él había señalado ni lo que ella había apuntado al

respecto.

—Será mejor que me vaya. Nos veremos esta noche en la fiesta que dan los marqueses de Whinthorp. Allí haremos nuestra primera aparición como prometidos.

Arnold le dio un rápido beso y se marchó sin mirar atrás. El deseo que se veía en los profundos ojos azules era tan tentador que si no se esfumaba de inmediato...

Por su parte, Amanda tomó asiento con inquietud. Su mano temblorosa cogió la tetera y vertió contenido en la taza. El líquido se derramó debido a su estado de nerviosismo.

¿Qué había sucedido? Ese hombre la besaba y el mundo bajo sus pies desaparecía y su mente se nublaba. ¿Desde cuando ella tenía esos impulsos tan primitivos?

Negó con la cabeza al tiempo que sorbía con cuidado el té para no volverlo a derramar.

Samy apareció por la puerta y la miró con expectación al verla tan pálida.

—¿Estás bien, hermana? —La condesa se sentó a su lado y le puso la mano sobre la frente. Tal vez se habría acatarrado. Esos vestidos tan poco apropiados podrían pasarle factura, ya se lo dijo Samy en su momento.

—No lo sé. De verdad que no lo sé —contestó mientras daba un nuevo sorbo a su té y trataba de contener el latido desbocado de su corazón.

No sabía lo que había pasado, pero no era algo bueno. No, desde luego que no lo era... Pensó con preocupación la belleza rubia.

Capítulo 4

Una revelación inquietante

¿Desde cuándo Samy era más bruja que ella misma? Su hermana la estaba obligando a salir de la cama sin ninguna ceremonia, para hacerla acudir al estúpido baile que daban los marqueses de Whinthorp. ¡Amanda no deseaba ir! No quería ver a su prometido. Era un hombre muy desconcertante al que solo necesitaba mantener cerca por si todo se torcía; y nunca confesaría, a nadie, que los besos de él la desconcertaban.

—Haz el favor de levantarte y vestirte. —Samy había interpretado el papel de hermana comprensiva durante demasiado tiempo. Era momento de que tomase las riendas de la situación y cortase sus caprichos. Mandy tenía una buena oportunidad y no iba a desperdiciarla por su terquedad.

—Estoy indispuesta.

—Lo que eres, es una mentirosa. —Mandy no se iba a salir con la suya.

—¡Qué cosa más fea acabas de decir! —se ofendió la rubia.

—Sal de la cama porque vamos a ir a la fiesta. Tu prometido estará allí y tú vas a mostrarte encantadora y atenta. —Era lo mejor para el futuro de la condesa viuda. Tarde o temprano Amanda se lo agradecería.

La viuda se mordió el labio inferior.

—¿Sabes si Frederick estará en la fiesta? —Si el hombre al que deseaba conquistar estuviera allí, entonces sí que acudiría sin dudarlo.

—¡Basta! —gritó Samantha mientras le daba una sacudida a la colcha y las mantas con las que Mandy estaba tapada—. Vas a casarte en tres días con lord Lemory y harás bien en centrar tus pensamientos y esfuerzos para que ello sea una realidad.

—¿Cómo has dicho? —La muchacha salió de la cama y se colocó delante de su hermana con los brazos en jarra. La morena no se amedrentó.

—Ya me has oído. El vizconde desea que la boda sea rápida. Mi esposo opina que es lo mejor debido al escándalo. Estás en boca de todo el mundo una vez más. —Evitó decirle que le habían retirado varias invitaciones a dos fiestas a las que iba a acudir en la próxima semana y que su esposo había visto mermado también el saludo de un duque y otro conde importante por el escándalo sucedido.

—Tu esposo no desea otra cosa más que deshacerse de mí desde que llegué a esta casa. Incluso me ha puesto una dote para que mi salida sea más rápida... —se quejó con enfado.

Samy la miró con seriedad.

—¿Y no comprendes por qué ha sucedido eso, Amanda? Mi esposo ha tenido demasiada paciencia ya contigo. Yo misma estoy al borde de perder la que tengo. Deberías dar gracias porque en su benevolencia, lord Strangened, te abrió las puertas de su casa y te dio una dote para que consiguieras un esposo. —La rubia era una desagradecida. Samy la había defendido por todo lo que ella padeció a manos de dos monstruos, pero era hora de que su hermana comprendiera que había personas que lo habían pasado mucho peor y que necesitaba cambiar de actitud.

—¿Lo apruebas? —preguntó con los ojos como platos.

La morena tomó varias bocanadas de aire para serenarse. Contó hasta diez y entonces, más

calmada, decidió continuar:

—Te quiero. Eres mi hermana, pero vas a casarte con lord Lemory y no hay nada más que decir al respecto. Tienes una hora para estar lista, perfecta, encantadora. Más te vale estar preparada porque estoy dispuesta a llevarte a la fiesta incluso en camisón. —La amenaza era muy real.

—No quiero casarme con Lemory... Es decir, lo haré si no tengo más opciones, pero no lo deseo como mi esposo. —Amanda se secó con un pañuelo un par de lágrimas inexistentes con el único fin de conmovier a su hermana. Supo que el truco no había funcionado cuando Samy levantó una ceja.

—¿Por qué no?

—No es el hombre adecuado para mí. —Mandy no quería, ni su comprensión, ni sus besos, ni sus caricias.

—Te encerraste con él en una habitación oscura... Debiste meditarlo antes de que algo como eso sucediera. —Sentenció mientras se encaminaba hacia la puerta de salida.

La rubia vio que esta vez su hermana estaba muy dispuesta a hacer lo que decía.

—¿Y si te prometo que me casaré con lord Exeter? Por favor, Samy, Frederick es mi mejor opción. —Lo conocía y estaba segura de poder dominarlo como lo había hecho cuatro años atrás.

La condesa de Strangened soltó el pomo de la puerta y se giró para mirarla.

—Esa posibilidad ya no está sobre la mesa. En la mansión del duque de Kensington no fuiste la única que protagonizó un escándalo. El conde de Exeter tuvo su propia escena con *lady* Briana Pierce. El hermano de la dama, lord Monty, los sorprendió en un rincón del jardín. Tu Frederick tiene una deuda de honor con la muchacha. A estas horas, diría que el conde debe ser ya un hombre casado. Olvídate de él porque nunca podrás ser su esposa.

La condesa se marchó después de darle la noticia.

El corazón de Amanda se rompió. Se puso lívida y tuvo que buscar un asiento para no caer en el suelo. La respiración se hizo más pesada. Frederick. El hombre que había corrido tras sus faldas, al que ella tantas negativas había dado pero que sabía que siempre sería un buen recurso en caso de necesitarlo para sus planes, ya no era una opción. Le vinieron a la mente las conversaciones y los besos compartidos. Frederick. Su amigo. El único que había soportado su mal carácter y siempre se había mostrado amable y complaciente con ella... Casado. En estos momentos, en los que no estaba sobre la mesa tomarlo como esposo, fue cuando verdaderamente se dio cuenta de cuánto le hubiera gustado ser suya. No encontraría nunca a otro hombre como él. Era leal, honesto, apuesto... ¡Todo un buen partido!

Amanda se levantó y tomó un jarrón de flores entre sus manos y lo estrelló contra la pared. Briana. Ella le había quitado su futuro, lo que deseaba y necesitaba. Angela. Maldita fuera su antigua amiga que le había colocado a Lemory.

Todo el rompecabezas se compuso en su mente. Lemory la había llamado Briana. Ella debía ser la mujer con la que él pretendía casarse. La condesa de Monty se lo sacudió de encima colocándose a ella para que Briana se quedase con su Frederick. La bruja de Angela también le habría tendido una trampa a lord Exeter tal y como había hecho con ella misma. Amanda cogió un segundo jarrón y lo estrelló de nuevo contra la pared.

Estaba furiosa y no podía vengarse de nadie. Briana. Maldita fuera por quitarle su futuro con el único hombre que nunca la hirió y que se mostró adorable con ella. No sabía cómo, no sabía cuándo, pero tarde o temprano le devolvería el favor a esa maldita *lady* Briana. Amanda se regañó por no haber estado más atenta. Era muy común ver a esa muchachita pegada a los talones de Frederick a cada ocasión. Tocó la campanilla y le ordenó al servicio limpiar el estropicio que

ella había creado. Su doncella se presentó para ocuparse de su atuendo y cuando estuvo lista, se quedó mirando el espejo observándose satisfecha, ahí reflejada. Esa noche, su peinado estaba recogido sobre una parte de su cabeza, mientras que varios tirabuzones caían por su espalda libres. El vestido era de un tono rojo rubí. Tan rojo como la sangre más oscura. El nacimiento de sus pechos se veía con suma gracia. Los guantes blancos vestían sus brazos. Se pellizcó las mejillas para tener un poco más de rosado en esa parte y salió decidida a hacer lo que su hermana le había dicho.

Los condes de Strangened ya estaban esperándola en la parte baja de la escalera. Vio la sonrisa de su hermana y Amanda estuvo satisfecha. Por su parte, el conde se recordó que ella era el demonio disfrazado de mujer. Podía verse preciosa, pero el carácter era del todo reprobable. No obstante, en verdad era una de las mujeres más preciosas que había visto. Bueno, al menos el pobre vizconde Lemory tendría eso... pensó con compasión al recordar al nuevo hombre al que la rubia atormentaría el resto de su vida.

Strangened volteó la cabeza para mirar a su esposa. No era tan bella como la rubia, pero Samy era tan delicada y dulce que por más que no resultase una perfecta rosa inglesa, no la cambiaría por nada del mundo.

Poco después, los tres llegaron al baile. Dejaron las capas y pronto se hicieron las presentaciones oficiales. Amanda estaba extasiada. Los marqueses de Whinthorp se deshicieron en halagos hacia ella y la marquesa la escoltó personalmente hasta el interior del salón principal. Su compromiso con lord Lemory había cambiado por completo su imagen y reputación. Personas que una vez le retiraron el saludo, se apresuraban para hablar con ella.

—Eres la sensación de la noche, querida. Te llamaré Amanda, porque ya te siento como parte de la familia —comenzó a hablar la anfitriona de la fiesta—. Y una de las mujeres más bellas del momento. —*Lady Whinthorp*, quien era considerablemente más mayor que Amanda, le sonrió con afabilidad—. Lord Lemory se ha ocupado de que todo sea perfecto. Desea anunciar el compromiso de forma oficial durante la velada. —Amanda no sabía qué decir. Le vinieron a la mente aquellos años en los que nadie quería bailar con ella, en los que las matronas la miraban con desprecio. Arribista, bruja, malvada... incluso asesina, le habían escupido a la cara. Todo había cambiado.

—¿Mi prometido...? —Cómo preguntarle a la mujer quién era y lo que hacía... El futuro conde debía ser un hombre muy importante si lo más destacado de la sociedad había acudido a su fiesta de compromiso.

—Lo sé. Es un hombre encantador, apuesto y perfecto. Has tenido mucha suerte de quedártelo. No te culpo, yo en tu situación también hubiera hecho lo mismo. Y no tienes porqué preocuparte, Clarise, te adoraré, lo sé. —La marquesa le guiñó un ojo y Amanda supo que la marquesa creía que ella le había tendido una trampa para cazarlo. Tan acostumbrada estaba ella a creerse el ombligo del mundo que no se dio cuenta de que había personas influyentes como el hombre con el que se iba a casar. A todo esto... ¿Quién era esa tal Clarise?

—Yo... Sí, lo es —apuntó sin ser consciente de lo que decía. Estaba abrumada.

La marquesa se acercó para hacerle una nueva confidencia:

—Estoy al tanto de los chismes y debes quedarte tranquila. Mi esposo y yo le hemos prometido a Arnold que te ayudaremos a volver a integrarte en sociedad. Tu prometido desea que seas feliz y hará todo lo posible. —La mujer se rió con ligereza—. Cuando el vizconde se propone algo, no descansa hasta conseguirlo. Puede resultar abrumador en ciertas ocasiones, pero creo que los dos estaréis muy bien juntos. Sois una pareja envidiable. Además, lo más complejo ya lo consiguió la

otra muchacha con la que pensaba casarse. Lemory cortó la relación con su antigua amante... Y la señorita Rose Stuart llevaba compartiendo con él seis años... ¡Hombres! Encuentran un buen entretenimiento y se olvidan de sus obligaciones. Hay que dar gracias al cielo porque los padres de Arnold le diesen un buen sermón sobre lo inapropiado de mantener a una amante durante tanto tiempo. —La marquesa apretó la mano de Amanda que llevaba enlazado en su antebrazo—. De todas maneras eso es agua pasada, ahora estás tú y vas a hacerle muy feliz. Has tenido suerte, querida. Era un hombre muy codiciado. Tu inteligencia para cazarlo me indica que vamos a ser muy buenas amigas. Algún día te contaré como llegué a ser marquesa —la mujer le guiñó de nuevo un ojo—. Disfruta de tu noche.

Amanda no tuvo tiempo de objetar ni de puntualizar nada al respecto. Era una mujer muy directa, parlanchina y que le había dejado claro que la aprobaba y que estaba de acuerdo con su proceder para «pescar» al vizconde. Levantó la mirada hacia la figura que se erguía ante ella y perdió el aire de los pulmones. Llevaba el pelo peinado hacia atrás. Sus ojos negros se veían grandes, su sonrisa era la de un pícaro. El atuendo formal le quedaba como un guante. Tragó saliva al fijarse en esos fuertes hombros, la cintura estrecha y los fuertes muslos.

Lord Lemory se dio cuenta del escrutinio.

—Tú estás mucho más hermosa que cualquier mujer, u hombre —puntualizó con humor—. ¿Me concedes este baile? —Lemory le tendió la mano, galante. Ella sonrió y aceptó. Se fijó en que todos a su alrededor la miraban con respeto y aprobación. Aprobación. Al fin contaba con eso que durante todos esos años había deseado. Amanda subió el mentón y se comportó como una princesa.

La guió hasta el centro de la pista donde la orquesta esperaba para tocar. Un vals. La pareja abrió el baile y pronto el resto de los invitados se unieron a ellos. La mirada de los dos se mantuvo en una especie de embrujo.

—¿Te gusta la decoración? —preguntó Lemory—. Le dije a *lady* Whinthorp que no escatimase en nada. Mi madrina puede llegar a ser muy cargante y sincera. Confío en que no dijera nada que te molestase. Presentí que estabas un poco tensa cuando llegaste a mi lado.

Amanda asintió. Las flores, lirios blancos, adornaban los rincones. No se había escatimado en velas y la música era deliciosa. Incluso sospechaba que el refrigerio sería suntuoso. Ello sin contar que la mansión de los marqueses rezumaba lujo, buen gusto y un poco de exceso en cuanto a la decoración. Los Whinthorp, según le había explicado su hermana en el carruaje, eran considerados como la élite de la sociedad.

—¿Por qué no me dijiste que era nuestra fiesta de compromiso? —Él estaba tan bien posicionado... Amanda tenía ante sí una encrucijada. Fue una suerte no haberse desembarazado de él.

—Creí que había quedado claro cuando te pedí que nos viésemos aquí. Estamos prometidos y nos merecemos una gran fiesta para celebrar nuestras inminentes nupcias. He estado hablando con el arzobispo y nos casará en la catedral de Sant Martin en tres días.

—¿Por qué dentro de tres días? Podemos esperar un poco... —Necesitaba ordenar sus ideas. Estos años en los que se había mostrado indolente, en los que muy pocos le habían hablado ella había deseado sentirse amada y deseada. Aceptada. Aceptada por la buena sociedad que tantas veces le dio con la puerta en las narices. Él estaba ofreciéndole todo lo que una vez soñó y ella tan solo podía pensar en que había perdido a Fredy. Oh, Fredy... ¿Y si él no se hubiera casado?

—No, Amanda. Me temo que no puedo esperar. —La mirada que le ofreció la hizo sentir desnuda en su busto. Otro hombre para el que solo era una bonita mujer. Por un instante creyó que

sería diferente. ¿Cuándo aprendería? ¡Todos eran iguales! Y le quedó confirmado cuando él la acercó hacia sí, a una distancia del todo inapropiada.

—No deberíamos seguir ofreciendo más espectáculos. —Señaló la rubia al sentir ese bulto que le acababa de presionar en la parte baja de su vientre.

—Estamos enamorados. Lo comprenderán. Los hombres son conscientes de que con una mujer como tú, yo no me pueda resistir y las mujeres no dirán una sola palabra, porque *lady* Whinthorp no lo permitiría. He hablado con mi madrina y te ayudará. Fuiste apartada de tu lugar y es momento de que regreses, Amanda.

—Mi difunto esposo fue un destacado miembro de la sociedad y no consiguió reparar mi reputación. —Amanda no debió haber dicho eso. Se arrepintió al instante. Agachó la mirada con vergüenza.

—No hagas eso, dulzura. —Él llevó una mano para subirle el mentón—. Te prometo que no tendrás problemas. —Él ya se había ocupado de hacer algunas averiguaciones y amenazó a los mayores detractores que la joven había tenido en los años pasados.

—¿Por qué estás tan seguro de que podré ocupar mi lugar en sociedad?

El le sonrió.

—Porque poseo la mitad del banco donde los nobles más influyentes tienen sus créditos. No querrán contrariar al hombre que podría chasquear sus dedos y dejarlos sin nada.

Amanda trastabilló. Él la sujetó por la cintura para sostenerla y la ayudó a recuperar el paso. ¿La mitad del Central Bank era de él? Esa entidad era la más importante de todo el reino.

—Lo siento. No había perdido el compás en toda mi vida. Suelo ser una buena bailarina.

—No te disculpes. Me alegra ver que descubrir un poco más sobre tu futuro esposo te cause sorpresa —le dijo con una radiante sonrisa.

—Supongo que somos dos desconocidos que se han visto obligados a casarse —apuntó por lo bajo, no sabiendo porqué había hecho esa observación.

—¿Te arrepientes?

—No lo sé —respondió con sinceridad—. ¿Lo haces tú? —Amanda prescindió de la formalidad sin ser consciente de que lo había hecho.

—No. Te deseo, Amanda. Eres una mujer tan hermosa que todavía estoy dando gracias al cielo por haberte encontrado. —Su cuerpo. Él deseaba su cuerpo como lo hacía el resto. Bien. Él obtendría lo que deseaba... o no, y ella sería condesa. Respetada y querida por todos. Hoy comenzaba una nueva vida y se juró que no desaprovecharía la oportunidad.

—Entonces nos casaremos en tres días.

—Eso había dicho. —El tono autoritario de él no le gustó un pelo. En ese instante el baile llegó a su fin—. No puedo volver a bailar contigo porque haces hervir mi sangre demasiado como para arriesgarme a no comenzar a besarte de pronto —confesó con humildad—. No te prives de danzar con quien te apetezca. Llevas demasiados años arrinconada. —La sociedad la había tratado muy injustamente en su opinión—. Es momento de que tengas un poco de diversión. Es tu fiesta, querida mía.

Lord Lemory se marchó con discreción y pronto, Amanda, se vio rodeada por un corro de hombres que le pedían un baile... ¡Y ella no había tenido que batir sus pestañas ni sacar su abanico! Era la reina de la fiesta y estaba dispuesta a divertirse.

Mientras el vizconde sonreía mirando a su futura esposa danzar con un joven, una figura femenina llegó por detrás.

—Es una joven preciosa. Entiendo que te des tanta prisa. —*Lady* Whinthorp le sonrió cuando

él se giró para mirarla.

—Me conoces, Ada —usó el nombre de pila de su madrina—, no soy un hombre paciente. Cuando decido algo lo hago en el acto.

—No es una mujer fácil... —habló con mucha cautela.

—A mí no me ha dado motivos para opinar en contra de ella. —La marquesa lo miró con sorpresa—. Sí, madrina, estoy al tanto de los chismes que circulan sobre mi futura condesa.

—¿No te molestan? —preguntó con suavidad—. ¿Qué opinará Clarise?

—Mientras se comporte conmigo y sea la esposa que deseo, todo irá bien entre ambos. No hay más que hablar.

—Arnold, me gusta el ímpetu de ella, no te lo negaré. Pero me preocupa...

—No. No reproduzcas más rumores. No tiene caso mirar hacia el pasado. Nos sorprendieron y debo casarme con ella. Soy un hombre de honor. Además, no es como si no me agradase la idea —sonrió al expresar esta premisa.

—Es bellísima, pero es compleja. Ve con atención. Eres demasiado impulsivo y testarudo. Todavía recuerdo cuando quisiste subirte a aquel caballo a los diez años. El potro te lanzó por los suelos hasta cinco veces.

—Exacto, pero lo monté y conseguí un ejemplar fiel y leal.

—Por amor de Dios, ella es una mujer, no un potro.

—El mismo resultado conseguiré —apuntó con convicción.

—Es una bailarina magnífica... ¿Tampoco te preocupa que todos estén comiéndosela con los ojos? —Amanda llamaba demasiado la atención y era muy coqueta. Otro hombre hubiera saltado a la pista de baile y se hubiera liado a puñetazos con los muchachos.

—Es mía. Pueden mirarla cuanto quieran, pero no tocarla más de lo permitido. Si alguien se propasa con ella, se ganará un poderoso enemigo. Amanda merece un poco de diversión. Su vida está a punto de cambiar. Esa mujer ha nacido para ser el centro de atención y haré lo que esté en mi mano para contentarla. —Estaba orgulloso de la mujer que veía contenta y feliz siendo perseguida por los hombres y envidiada por las mujeres. Sería una condesa formidable. Era preciosa. Era inteligente. Había conseguido mantenerse dentro de la sociedad pese a arrastrar todo lo que ella tenía encima. Era fuerte. Él lo sabía porque lo veía en sus ojos. No se intimidaba.

—¿La amas? —inquirió con sorpresa.

—Es muy pronto para decirlo, pero creo que sí que podría llegar a amarla. Reconozco que la deseo, y eso es mucho para un hombre que acaba de prometerse con una desconocida.

La marquesa se rio y le dio un golpecito con su abanico.

—Todos los hombres la desean. Nunca me crucé con una mujer con esas cualidades. Mereces ser feliz, de verdad espero que llegues a tener un buen matrimonio, Arnold. Cuentas con mi apoyo. Ya lo sabes.

Lord Lemory cabeceó ligeramente para agradecer a la mujer sus mejores deseos.

Amanda se sentía flotar en una nube. Todos la querían complacer. Los hombres estaban a sus pies y las mujeres se daban prisa para presentarse ante ella. La trataban con un respeto que nunca había tenido ni sentido. Era maravilloso. Al fin. Por fin lo había conseguido. Era un hombre

importante. Le quedó claro cuando *lady Wisleth*, una muchacha que debutó con ella y que la odiaba, se había acercado para hablar con ella y ofrecerle una sonrisa. Esa mujer le había pedido que intercediera ante su futuro esposo, lord Lemory, en favor del suyo a causa de una deuda de juego. ¡Pero si esa muchacha había sido más bruja que ella misma y ahora se estaba rebajando a pedirle ayuda!

Un joven muchacho, de una hermosura parecida a la de un querubín, se acercó a ella y le solicitó un baile. Amanda accedió porque no se atrevía, por primera vez en su vida, a agraviar a nadie.

—Va a hacer un buen matrimonio. Mis felicitaciones, *milady*. —Apuntó el hombre al comenzar los primeros compases de la danza.

—Gracias —dijo sabiendo que el tono de él no había sido ni sincero ni adecuado.

—¿No me recuerda, verdad? —preguntó ese hombre rubio de ojos azules.

—¿Debería?

—Es comprensible que no me recuerde. Aquella noche lloraba usted demasiado como para ser consciente de lo que sucedía a su alrededor —expuso con un deje de humor.

—¿Disculpe? —La había pillado totalmente desprevenida.

—La eligió porque se parecía a mí... ¿Lo sabía? —Inquirió mientras sonreía de lado.

Amanda se fijó en el rostro de él. Lo miró con atención. El corazón se le heló. Se quedó parada en su lugar sin poder dar un paso. Él aprovechó el momento para sacarla por las puertas francesas y llevarla hasta el jardín. Llegaron hasta un rincón no demasiado lejano de la terraza empedrada.

—Me recuerdas, ¿verdad? —preguntó el joven mientras la observaba de hito en hito.

—¿Que quiere? —Amanda decidió ir directa al asunto.

—50.000 libras para no delatarte.

—¿Delatarme? —Amanda se rio en su cara—. ¿De qué me podría acusar precisamente usted a mí?

—De asesinarlo —dijo sin titubear. Amanda se rio más fuertemente. Él se tensó—. Bien podría contar cómo la noche de bodas empuñaste un cuchillo y lo amenazaste con pegarle un tiro en la cabeza o cortarle el cuello. Tu esposo no se tomó muy en serio tu amenaza y amaneció con un tiro... en la cabeza —señaló mientras la miraba fijamente.

—Pero no fue solo eso lo que sucedió, ¿verdad, señor Smith? Los dos trataron de violentarme. Recuerdo muy bien que mi esposo, ese con el que usted tan alegremente se divertía haciendo prácticas prohibidas, me sujetaba para que usted pudiera cumplir su misión. —Amanda estaba sacando un coraje que no sentía en absoluto. Aquello que estaba recordando fue un infierno aún mayor que el ocurrido con su padre—. ¿Qué dirá la buena sociedad cuando se entere de que un importante abogado tiene unas inclinaciones que no debería tener?

Él hombre se miró las uñas descuidadamente en un gesto de aburrimiento.

—Deberías preguntarte, qué opinará tu prometido cuando yo le narre las indecencias a las que tú te prestabas.

—Será tu palabra contra la mía. No tengo nada que temer. No soy aquella jovencita de diecisiete años. En aquel entonces no conseguisteis vencerme, ahora todavía menos. Recuerdo que aquella noche le dejé una bonita cicatriz en su muslo derecho... Tenga cuidado porque una vez, ambos, mi esposo y usted, me subestimaron, y a punto estuvo usted de perder su hombría. En estos momentos, no dudaría ni un instante en rematar el trabajo que debí haber hecho.

El hombre se acercó a ella.

—Cuando te toqué entre las piernas conseguí arrancarte unos gemidos, tan grandes, que ni la

cortesana más experta hubiera podido inventar.

—Mi esposo me sujetaba, poco podía hacer para escapar. Mi cuerpo no siempre obedece mis peticiones. Pero sí le diré que me repugna.

—Dime, querida, ¿sigues sin conocer lo que es tener a un hombre en tu interior? Lord Shewsbury no tenía virilidad suficiente ni deseos de tomarte. Sí, siempre me decía que le gustaría azotarte la espalda como hacía tu padre. ¿Se lo permitiste? Le costaste una obscena suma al viejo, pagó por ti una fortuna porque tu padre, borracho dijo lo que te hacía. A él le gustó pensar en hacerle daño a una mujer, a una fémica hermosa como tú. ¿Sigues teniendo esas cicatrices tan adorables? —lanzó la pregunta sabiendo que ella no contestaría y siguió con su exposición—: Yo era tu única salvación y no me quisiste en tus entrañas. Te hubiera dado el mismo placer que le daba a tu esposo y me despreciaste. Pagarás por mi silencio o todo Londres volverá a odiarte como una vez sucedió... Aunque de aquello te ocupaste tú solita «bruja de hielo», ¿cierto? —el rubio se rio con ganas.

Amanda no se lo pensó ni un instante. Levantó su mano derecha y le asestó una sonora bofetada. Era muchas cosas, valiente también figuraba en la lista. No pudo enfrentarse nunca a su padre, pero sí lo hizo frente a su esposo y ante a ese indeseable que ahora trataba de chantajearla.

Lo vio a él levantar el puño dispuesto a asestarle un golpe. Cerró los ojos y se preparó para recibir el impacto. No llegó a suceder nada. Amanda despegó los párpados y vio al abogado tirado en el suelo. Su esposo la agarró por la cintura y se la llevó hacia el interior del salón.

La dejó en compañía de su hermana y regresó al jardín para buscar al hombre que había tratado de molestarla. No lo encontró. El muy bastardo se había marchado.

—Sabía que lo estropearías —se lamentó la condesa de Strangened cuando ingresaron en una de las muchas salitas de la casa de los marqueses.

—Yo no he hecho nada malo —respondió con nerviosismo Amanda mientras tomaba asiento en una butaca. ¿Cuánto de la conversación habría oído su futuro esposo? Mandy estaba angustiada.

—¿No lo has hecho? —preguntó de modo retórico—. Yo diría que sí. El rostro de lord Lemory era de pura furia. No lo culpo. Eres tan descarada en todo lo que haces. ¿Era necesario que coqueteases y bailases con todos los hombres que se acercaban a ti? —La condesa estaba muy enfadada con su hermana. Amanda siempre lo complicaba todo.

—¿Qué insinúas? —No se podía creer que Samy la acusase de... de... ¿de qué la estaba acusando exactamente?

—No insinúo nada. Afirmando que has molestado al vizconde con tus atenciones hacia otros hombres. ¡Todo el mundo te ha visto salir al jardín con otro que no era tu prometido! —le gritó sin contención Samantha—. No puedo más, Amanda. No puedo más. Lo he intentado con todas mis fuerzas. Te he defendido ante mi esposo en innumerables ocasiones, pero esta vez no va a permitir que... —Samy calló y se puso las manos sobre el rostro. No podía más.

Amanda se levantó dispuesta a defenderse.

—No hace falta que hagas nada más por mí. Me casaré con mi prometido porque no tengo a Frederick. No seré una carga para ti. No me has dejado luchar por él, pese a que sabías que

deseaba ser su esposa, y tendré que lidiar con un nuevo matrimonio que me disgustará. No soporto que mi prometido me mire, no me gusta que trate de besarme. Me disgustan sus atenciones. Solo quiero el título, pero no lo tendré si no me sacrifico. Habré de yacer con él. Lo haré porque no pienso regresar en donde no se me quiere. No te angusties. Lo he engañado, lo he conseguido. No sabe quién soy ni de lo que soy capaz. Lo tengo comiendo de la palma de mi mano. Está embelesado y se casará conmigo. ¿Es eso lo que querías, hermana? Pues con gusto te lo concederé.

Samy se enfureció.

—Eres la mujer más caprichosa que he conocido, Amanda. Dudo mucho que el vizconde te tome por esposa después de ver tu verdadera faceta. Eres ruin, no tienes corazón. Has apartado de tu vida todo lo bueno que había. Solo yo me quedé contigo. ¿No entiendes que vives de mi caridad y que ese hombre, que por un milagro divino e inmerecido, está dispuesto a casarse contigo es tu única oportunidad para no terminar en la inmundicia? —Samy estaba tan enfadada con ella.

—¿Cómo te atreves? —respondió con la misma furia—. Fui yo la que tuvo que enfrentarse a padre. Me ofrecí yo a lord Shewsbury porque el difunto conde te quería a ti y yo tuve que servirte en bandeja. ¡Yo, me sacrificué por ti! No te atrevas a volver a decir nada sobre mí, porque no tienes ni la menor idea de lo que ha sido mi vida. Te he dicho que me casaré con ese bufón. Un chasqueo de mis dedos —ella lo hizo— y estaré recitando mis votos. Lo tengo subyugado. No tienes nada que temer porque seré condesa y saldré de tu vida. Ese botarate deseará no haberme conocido porque haré de su vida un infierno. No lo quería por esposo y lo único que me resarcirá es pensar en que seré condesa y que al fin la sociedad me tendrá que ofrecer el trato que merezco.

No había habido gritos entre ambas, salvo alguno de Samy, pero sí se habían hablado muy enérgicamente. Las dos respiraban de forma entrecortada y ninguna fue consciente de que desde el inicio de su conversación habían tenido público. Se oyó un carraspeo.

Las dos se giraron hacia la puerta que permanecía abierta. El esposo de Samy fue el que las puso sobre aviso de la intrusión. Amanda vio a Lemory erguido. La miraba desafiante y con los labios tan apretados que eran una fina línea blanca. Mandy cerró los ojos comprendiendo que su lengua venenosa la había metido en un buen lío, esta vez sin haber querido decir y hacer lo que acababa de espetarle a su hermana.

Capítulo 5

Un enlace apresurado

Lord Lemory entró en la habitación con seriedad y sin dejar entrever sus sentimientos. Se colocó delante de la condesa de Strangened:

—¿Sería tan amable de dejarme hablar con mi... prometida? —pidió en tono neutro.

Samy miró a la viuda con preocupación. Amanda negó con la cabeza para que su hermana no la dejase a solas con él. No lo veía furioso, pero a lo largo de su vida había aprendido que cuando un hombre se mostraba calmado era más letal que cuando figuraba en otro estado.

Lemory, al percibir que la condesa no respondía, se giró para mirar al conde. German le tendió la mano a su esposa para incitarla a salir. Samy suspiró mientras recorría en camino de salida.

—Estaré cerca por si me necesitas —le advirtió al hombre más que a su hermana Amanda.

Los dos se quedaron en silencio durante unos minutos en los que el vizconde trataba de organizar sus pensamientos. Se acercó a una ventana y miró el oscuro paisaje.

—El arzobispo que iba a casarnos en tres días está aquí. Nos casaremos hoy mismo. Esta fiesta de compromiso se va a transformar en una boda. —Había tomado una decisión y, él, no cambiaría de parecer.

—Está loco si cree que aceptaré desposarme con usted —bufó Mandy.

—¿Cómo has dicho, querida? —Lemory se giró en ese momento para mirarla amenazante.

—No voy a casarme con usted, milord —afirmó sin vacilación alguna.

—Me pareció que la única ventaja que ibas a sacar de este matrimonio sería el título. Yo, pese a que debería darme la vuelta y marcharme sin mirar atrás, voy a hacerte condesa esta misma noche.

—Y luego me castigaré por haber herido su orgullo.

Él torció una sonrisa. Debía admitir que era inteligente y tenía agallas.

—Me parece que no he sido lo suficientemente claro, Amanda. Cuando tomo una decisión nada ni nadie puede hacerme cambiar de parecer. Esta noche vamos a casarnos. —Él se veía tan fiero. Amanda estaba preocupada.

—No lo haré.

Él se acercó en dos pasos y se colocó a escasos centímetros de su rostro. Ella no dio ni medio paso atrás.

—Lo harás porque si yo rompo el compromiso contigo sí te verás en la inmundicia. Tu hermana ya ha dejado muy clara su posición sobre lo que opina de tu mantenimiento. La sociedad te dará la espalda porque yo me ocuparé de que así sea.

—Mi hermana no me abandonará jamás. No es la primera vez que discutimos, Samy no permitirá nunca que nada malo me ocurra. —Lo aseveró completamente segura. Las dos se habían peleado otras veces y luego se les olvidaba.

—¿Pero qué pasará cuando tu hermana no tenga un techo que ofrecerte?

—¿Qué? —Mandy sabía que ahí había una amenaza pero no conseguía descifrarla.

—Lord Strangened tiene una deuda suculenta con mi banco. Puedo levantar, esta misma noche de la cama, al hombre que lleva sus cuentas y ejecutar la hipoteca. Tu hermana te ha acusado de llevar la ruina sobre tus espaldas, esta vez la llevarás de verdad si no haces lo que deseo.

Amanda lo miró con furia.

—Debe saber una cosa sobre mi, milord. Cuando me acorralan, respondo con toda la artillería que poseo. No mentía antes cuando le he dicho que no lo soporto. No dejaré que me toque un solo pelo de la cabeza. Si para asegurarme de ello debo llevar conmigo un puñal y sacarlo para apoyarlo sobre su fino cuello, lo haré sin pestañear. A fin de cuentas, no sería la primera vez. —
Le espetó llena de rabia.

La miró a los ojos. Los dos mantenían una lucha silenciosa y encarnizada.

—Voy a hablar con el arzobispo y con *lady* Whinthorp. No te demores, querida. Es la noche de tu boda. —Lemory la bordeó y salió de la estancia. Fuera estaban aguardando los condes de Strangened. Se topó con ellos pero no hizo ninguna alusión más.

Samy entró en tromba para ver si su hermana estaba de una pieza. La vio seguirlo con la mirada mientras trataba de asesinarlo expulsando rayos por los ojos.

—¿Estás bien? —Samy la sujetó por los hombros para que su hermana se fijase en ella—. ¿Te ha hecho daño?

Amanda sacudió la cabeza.

—Todavía no —dijo más para sí que para su hermana. Sabía que el que haría de su vida un infierno a partir de ahora sería él.

—¿Qué ha pasado? ¿Qué te ha dicho? —La condesa había pegado la oreja pero nada se oía. Hubiera esperado gritos, pero no hubo nada de lo sospechado.

—Pretende que nos casemos esta noche.

—¿Qué? —Lemory deseaba seguir con el compromiso después de haber oído lo grosera que había sido Amanda. ¿Qué clase de hombre haría eso? Uno muy enamorado, se dijo para sí misma.

—No, Samy. No está enamorado. Va a demostrarme justo lo contrario —se lamentó la rubia mientras la morena la miraba con el ceño fruncido. ¿Había dicho en alto sus pensamientos?, se preguntó la condesa de Strangened. Esto no podía terminar nada bien.

—¿Vas a casarte con él? —le preguntó el conde escondiendo su temor por si Amanda se echaba atrás.

—Sí. Me temo que no tengo otra opción.

Lord Strangened dejó escapar un suspiro de alivio. Amanda tuvo ganas de gritarle que iba a salvarlo de la ruina... Hasta que recordó que, si algo le sucedía a su hermana y su esposo, sería solo por culpa de ella, pues Amanda había vuelto a meter la pata al dejar salir sus emociones en un momento de enfado.

Los tres salieron de la habitación. Amanda compuso una brillante sonrisa y decidió que interpretaría su mejor papel de prometida enamorada. Había recuperado la aceptación social que tantos años estuvo buscando, y trataría de tenerla consigo todo cuanto pudiera.

El salón de baile se convirtió en una improvisada iglesia donde no cesaron los cuchicheos que especulaban sobre el motivo de realizar una repentina boda. Hubo quien dijo que la condesa viuda quedó encinta debido al anterior encuentro ilícito que Lemory y ella tuvieron no hacía demasiado. Otros dijeron que el vizconde no deseaba arriesgarse a que se la robaran, porque, según lo observado durante el baile, la rubia era demasiado coqueta. Y por último estuvieron las mujeres que la acusaron de cazarlo para que nadie más pudiera arrebatárselo.

Fuera como fuese, cuando el arzobispo terminó de officiar esa extraña boda, el esposo dejó plantada a Amanda y se marchó desfavorido.

—¿Dónde vas, Lemory? —gritó con nerviosismo *lady* Whinthorp al verlo enfilear decididamente la salida del salón de baile.

—A celebrar mis nupcias. Tal vez la señorita Rose Stuart no se haya acostado todavía — respondió con seriedad mientras miraba con fijación a su recién estrenada esposa.

Amanda fue, justo en ese mismo instante, el blanco de todas las burlas del salón. La buena sociedad conocía la relación que unía al vizconde con la señorita Rose Stuart. Y una vez más, la cosa vino del mismo modo en el que se fue. La aceptación se marchó por la ventana y sospechaba que nunca, en el resto de su vida, ella podría hacer frente a la humillación a la que la acababa de someter su esposo. *Lady Whinthorp* se colocó a su lado y le pasó un brazo sobre los hombros para reconfortarla. *Samy* hizo lo mismo. Pero entonces ella recordó que todo ese veneno que aseguraban que ella destilaba, esa gran capa de hielo que le atribuían, estaba ahí, y que antaño la había protegido de cosas peores.

—Ya conocen a lord Lemory. Siempre tan afable y preocupado por los demás... Es todo un detalle que mi esposo no desee hacerme cumplir con mis deberes maritales... Las damas ya me entienden. Solo lamento el trabajo que tendrá que hacer la señorita Stuart, pero él sabrá recompensarla con creces. —Amanda guiñó un ojo y exhibió una gran sonrisa. Una vez más hubo risas y cuchicheos entre los asistentes. La rubia lejos de terminar su apreciación se puso pensativa y se dio golpecitos en la sien—. Me preguntó si deberé yo buscar a un señor Stuart... —apostilló dejando claro que tal vez ella también se propusiera la misión de buscar un amante. Las risas estallaron de repente. Varias voces masculinas gritaron: «Yo. Yo sería buen candidato para el puesto, vizcondesa».

Samy comenzó a negar con la cabeza. Su hermana no iba a aprender de sus errores jamás. Al menos él no se había quedado lo suficiente para escucharlo, pero en cuanto a su esposo le llegase el cuento a la oreja... La condesa de *Strangened* decidió que no movería ni una sola de las pertenencias de Amanda de su casa hasta pasados unos días, porque el vizconde la acabaría devolviendo pese a que Amanda se acababa de convertir en su responsabilidad.

Por su parte, *lady Whinthorp* la miró con admiración. Otra en su misma situación se hubiera puesto a llorar y hubiera salido de allí de estampida. Pero no. Amanda dio orden a la orquesta para que sonase la música, y batiendo sus pestañas y contoneando sus caderas, pidió un compañero para que la sacase a bailar.

Por descontado que la fila que comenzó a ordenarse fue larga, pero el conde de *Strangened* estuvo acertado y la agarró del brazo para llevársela de allí en el acto. ¿Es que la hermana de su esposa no se daba cuenta de cuándo era hora de batirse en retirada?

Los tres se subieron al carruaje en silencio.

Amanda trataba de contenerse, pero era un hervidero de furia, pena y lástima. El conde deseaba zarandearla y *Samy* no sabía qué haría con ella.

Llegaron a la casa de lord *Strangened* y bajaron en el mismo silencio. Eso más que una boda, parecía la conmemoración de un funeral. La condesa dejó a Amanda en su habitación y se marchó a hablar con su esposo.

La rubia comenzó a dar vueltas por su habitación. Repasó todo lo acontecido en la noche y se derrumbó en la cama presa del llanto. Él la había oído y la castigaría por toda la eternidad. El daño que le infligiría sería más duro que el que pudiera causarle una fusta. La sociedad la apartaría, si es que no lo había hecho ya, nuevamente. Otra vez sería condesa y no podría disfrutar de su sueño. Su maldito sueño. Ese que le inculcó una madre borracha y que su malvado padre le recordaba mientras le hacía aquel espeluznante ritual.

Lo que más le dolió de toda la situación fue comprender que otra vez, sus banalidades le causarían mal a su hermana. Si en el mundo había una persona a la que ella no quería contrariar y

a la que estimaba con sinceridad era a Samy. Su hermana era tan buena con ella... Y Amanda otra vez la había colocado en el epicentro de los chismes por su lengua venenosa. Se levantó de la cama y estiró su vestido, pues todavía no se había despojado de su vestimenta. Iría a buscar a su hermana y le pediría perdón. Del mismo modo le prometería hacer todo cuanto estuviera en su mano para arreglar el estropicio. Esperaba que esto no fuese muy complicado, no obstante no tenía ni la menor idea de por dónde comenzar. Él se veía furioso. Y lo comprendía. Amanda era muchas cosas, pero sabía que lo había herido en su orgullo y esto para cualquier persona era una herida de muerte. Al menos en su caso lo sería.

Transitó por los pasillos oscuros con el candelabro en la mano y oyó voces en la planta inferior. Su hermana conversaba con su esposo. La viuda se acercó sin querer delatar su presencia. Apagó las velas y se colocó detrás de la puerta que estaba entreabierta.

—Es una maldición, querida. Tu hermana es una maldición —oyó Amanda que decía lastimero el conde reposado en el sofá cercano a la chimenea.

—No digas eso, mi amor. —La condesa estaba sentada en el suelo agarrada al regazo de su esposo.

—Me casé contigo, Samy. No con ella. Ha boicoteado cada ocasión que ha tenido para agenciarse a un buen pretendiente. Ni con la suculenta dote que le coloqué sobre su preciosa cabecita, he podido librarme de ella.

—Amanda es una persona muy especial... —Samy comprendía la posición de su esposo.

—No. No es especial. Es una víbora de la peor clase. Se cree por encima de los demás y no valora el esfuerzo que hemos hecho por ella. Ha tenido al alcance de su mano una oportunidad perfecta. ¿Qué había de malo con un vizconde apuesto, rico y que la veneraba?

—Ya sabes que Mandy ha tenido muchos problemas y que...

—¿Cuáles? —La interrumpió—. Cuando me enfado con ella, cosa que pasa muy seguido, sacas a colación los infortunios de tu hermana. Nunca los dices. Comienzo a pensar que es una treta para que yo me calle.

—No es ninguna treta, mi amor. Aun así no puedo confesar esos detalles íntimos que son de ella y no míos. —La condesa veía la desesperación de su esposo y había derramado un par de lágrimas.

El conde se levantó de mala manera y se acercó a la ventana. La condesa lo siguió y lo abrazó por detrás.

—No voy a seguir viviendo con ella. No la soporto más. Me marcharé mañana por la mañana.

—Pero ella se irá a su casa por la mañana. No hace falta que te marches.

El conde salió de su abrazo y la miró mientras se reía en su cara.

—¿Se irá? ¿A dónde?

—Es su esposo tiene que responsabilizarse de ella. —Lemory vendría a recogerla por la mañana. Eso esperaba Samy.

—No. No creo que lo haga.

—Lo hará —rebatió con ímpetu la condesa.

—No lo hará porque ni yo mismo lo haría. Tu hermana es una belleza tentadora. Cualquier hombre la querría en su cama, al menos hasta que la oyen hablar. Lord Lemory os escuchó, alto y claro. Se ha burlado de él y ese hombre no ha llegado hasta donde ha llegado sin castigar y hacer sacrificios. Me temo que le dará un escarmiento que pasará por privarla de todo cuando le debería pertenecer por ser su vizcondesa. Por amor del cielo, Samy, lo llamó botarate. Se vanaglorió de haberlo engañado y afirmó con rotundidad que le molestaban sus atenciones y que yacer con él

sería... No se la llevará nunca, Samy. ¿Qué mal he hecho para tener que cargar con ese demonio de mujer? —preguntó con verdadera lástima.

—Hablaré con ella. Le explicaré que tiene que cambiar... Por favor, mi amor... —La condesa dejaba entrever la desesperación en su voz.

—He tomado una decisión, *milady* —German usó el título de su esposa para que comprendiera que no cambiaría de parecer—. Mañana me iré al campo.

—Por favor... No te vayas.

—Tengo que hacerlo porque si me quedo, por la mañana usaré el cuchillo de untar la mantequilla para rebanarle el cuello. Y por más que me tentase esa opción, sabría que la bruja me miraría desde el infierno con una brillante sonrisa cuando el verdugo me colocase la soga. —La detestaba y había llegado ya a su cupo. No podía seguir residiendo bajo el mismo techo—. Puedes venir conmigo si quieres. —La condesa ahogó un sollozo—. ¿No vendrás, verdad?

—Es mi hermana, German —señaló como si fuera una obligación y su deber velar por ella.

Amanda se limpió una par de lágrimas de la mejilla. Se miró los dedos y se quedó estupefacta. ¡Ella estaba llorando de verdad! Desde la primera vez que su padre la colocó en su despacho desnuda y le dio el primer fustigazo, nunca había llorado. Se juró que sería dura y fuerte, y que solo se preocuparía por sí misma. Lo había conseguido hasta el momento. Incluso cuando se deshizo de Frederick sin pestañear al enterarse de que no era conde y que era un segundo hijo, justo antes de que él se marchase a la guerra, no sintió remordimientos. Tampoco los tuvo cuando trató de ser la condesa de Monty y para ello tuvo que orquestar un plan para sacudirse de encima a Angela, la que había sido su mejor amiga en la vida. Pero en estos momentos, en que los que comprendía que Samy estaba sufriendo por su culpa, supo que debía hacer algo al respecto. Su hermana era la única que le había entregado su comprensión y amor incondicional. Incluso ahora que su esposo amenazaba con abandonarla, Samantha estaba dispuesta a permanecer a su lado aunque ello significase sacrificar el amor que le profesaba a su esposo.

Regresó a su habitación. Hizo una pequeña bolsa y salió para despertar al mozo de cuadras. El muchacho se llevó un sobresalto cuando la vio en sus habitaciones. Amanda lo convenció para que le ayudase a llegar a casa de su esposo. Oh, sí. Ella era vizcondesa ahora y estaba legitimada para tomar posesión de su casa. ¿No la había forzado a casarse? Pues que fuese consecuente con sus decisiones, porque ella estaba dispuesta a tomar su lugar. Nada ni nadie conseguirían amedrentarla.

Antes de marcharse dejó una carta para Samy en la que explicaba que ella tenía que luchar esta batalla sola y que se dirigía a su nuevo hogar. Le pedía que no la buscase porque ella se había metido en el lío y ella sola debía abrirse camino. Esperaba que su hermana la viese por la mañana sobre la cama hecha cuando fuese a despertarla, tal y como hacía habitualmente. Lo único que echaría de menos de su anterior vida en casa de los condes, sería a Samantha.

Lord Lemory estaba enfadado. Furioso y sin consuelo. Esa belleza lo había cegado por completo. Siendo como era, el mayor de tres hermanos, estaba habituado a ser responsable de todos los que dependía de él y nunca había perdido los nervios. Y eso que su hermano pequeño

era del todo un personaje muy singular. Y su madre era... mejor no hablar de ella...

Llegó anoche a casa de su amante dispuesto a acostarse con Rose porque necesitaba sacar toda esa rabia que llevaba encima. Su único pecado había sido el que querer contentarla y darle todo cuanto quisiera. Por lo visto, todo lo que se especulaba sobre Amanda era cierto. Se lamentó porque la perfecta apariencia de una dulce rosa, le había nublado el juicio.

Cuando Rose lo vio en la puerta de su casa le permitió la entrada. La mujer, unos años más mayor que él no había tenido tiempo aún de buscar a otro protector. La miró con atención. Siempre le había parecido bonita. Mentira. Era una mota de polvo si la comparaba con su esposa. Casado. Se había casado y en vez de tenerla jadeando en la cama, él se había tenido que refugiar en los brazos de su antigua amante. Rose era delgada, rubia, con los ojos claros, pero no era ella. Arnold se maldijo por ser tan estúpido.

—¿Vamos a la habitación o quieres una copa? —La mujer, ataviada con un escandaloso camisón, decidió preguntarle, porque él se veía necesitado de un poco de alcohol. No tenía la menor idea de lo sucedido, pero sería algo grave si se presentaba en su casa después de haberle entregado un juego de diamantes para dar por terminada su relación. Y más cuando lo hacía en el estado de ansiedad que él presentaba.

—Creo que me hará bien tomar un whisky. Si subimos a tu cama seré demasiado rudo y tú no tienes la culpa de lo que me sucede.

Entraron en la salita y ella le sirvió una generosa copa.

—¿Qué ha pasado?

Él vació el contenido del vaso de un solo trago.

—Me acabo de casar. —Explicó como quien dice que hoy ha hecho calor.

—¿Cómo dices? —La mujer no comprendía nada.

—No es como si hubiera adelantado demasiado la boda. Tenía pensado hacerla mi esposa en tres días.

—Lo sé. Comprendí que tu deseo por ser un esposo te hizo tomar una decisión tan apresurada. Lo que no llego a entender es el motivo de que estés en mi casa si hoy es tu noche de bodas. —Ella había sentido unos celos viscerales al comprender que nunca podría convertirse en su mujer. No obstante, comprendía que su relación terminaría en cuanto se casase. Al menos era lo que él siempre se empeñaba en recordarle.

—Me temo que es tan preciosa como una manzana podrida por dentro. —Tenía gravadas a fuego las palabras que ella había espetado contra él. No le desagradaban sus besos... ¡Ja! Pues bien que suspiraba de placer cuando se acercaba a besarla. Se atrevió a señalar que lo tenía comiendo en la palma de su mano... ¡Maldita fuese, pues era del todo cierto! En ese momento deseó que ella no fuese tan hermosa y que él no hubiera caído preso de ese hechizo. Bruja. Sí, era una bruja, pero si Dios fuera piadoso le daría una verruga en la nariz. Un par de ellas le irían bien. Esa mujer necesitaba una cura de humildad.

—¿Qué ha sucedido, Lemory? —inquirió mientras permanecía de pie y le acariciaba el pelo desde atrás.

—Creo que me he casado con una maldita arpía.

—No es como si no hubieses oído los chismes, querido. Cuando vi tu compromiso esta mañana te avisé. Yo misma te avisé de lo que se especuló sobre ella en su momento. —Rose había tratado de que él recapacitase. Aunque la rubia llevaba casi cuatro años visitando discretamente al círculo más íntimo de los condes de Strangened, porque a Amanda no la admitían en otras reuniones, él se empeñó en que todo serían habladurías.

—Lo sé. No he venido aquí para que me regañes tú también.

—¿Qué te ha hecho?

—No pienso hablar de ello. —Su orgullo se lo impedía.

—Entonces, ¿subimos ya a la cama? —ella sacó sus pechos de la bata para tentarlo.

Lemory llevó una mano para acariciarlos. Maldijo con fuerza cuando se vio comparando la textura y tamaño de los senos de Rose con respecto a los de Amanda. Dejó caer la mano a un lado. Solo le apetecía tomar con fuerza a una mujer y esa no era la que se mostraba seductora delante de él.

—No creo que pueda hacerlo. —Su entrepierna estaba en posición de combate, pero no deseaba hundirse en el interior de Rose. Le haría el amor a su amante y sabía que durante el preludio, estaría recordando que era un necio por haberse marchado y no exigir su recompensa en la cama de Amanda.

—¿Pretendes hacerme trabajar mucho, verdad?

—¿Por qué dices eso? —preguntó con el ceño fruncido.

—Ya sabes que no me gusta utilizar mi boca para complacerte y creo que es eso lo que buscas... —le dijo mientras se reía.

—No, no es eso. Por favor, regresa a la cama. Déjame pensar en paz aquí. Me iré por la mañana.

—¿No vamos a hacer el amor? —Era la primera vez que él iba a despreciarla. Eso la molestó mucho.

—No. Si quieres me iré. —Regresaría a la soledad de su casa y allí se compadecería de sí mismo. ¿Qué había hecho mal? Primero creyó que *lady* Briana le hacía el vacío porque deseaba que las atenciones de él crecieran más fervientemente. Luego se dio cuenta de que aquella bonita y dulce muchacha en verdad trataba de deshacerse de él. Al ver que la mujer que ganaba era el sueño para cualquier hombre, pues cuando se hizo la luz y miró a Amanda en aquella habitación, se alegró porque creyó que le había tocado un premio mayor. Error. La belleza rubia lo despreciaba y lo creía tan bobo como para caer de rodillas. Según había entendido de la discusión producida entre las dos hermanas, ella deseaba ser condesa a toda costa y nada más le importaba. Suspiró derrotado sin saber qué haría con la esposa a la que había dejado atrás y humillado porque deseaba que su furia cayese sobre ella.

—No. Quédate cuanto quieras —respondió mientras se cubría los senos de nuevo—. Si cambias de opinión, en mi lecho siempre habrá un lugar para ti. —Él era un amante extraordinario.

El vizconde se quedó solo en la habitación. Se acurrucó en el sofá decidido a dormir y olvidarse de la gran equivocación que había cometido. ¿Por qué la había forzado a casarse con él cuando sabía ya sin ápice de dudas que todo lo referente a ella era verdad? Su hombría se removió entre sus pantalones como si contestase. ¡Maldita fuera su lujuria! Más le habría valido la pena hacerle un contrato y establecerla como su nueva amante. Sospechaba que el precio que iba a pagar por yacer con ella en calidad de esposa, no iba a ser fácil de pagar.

Y con esos pensamientos tan turbadores, la rubia se coló en sus sueños para hacer que se levantase lleno de necesidad a la mañana siguiente. Estuvo tentado a subir al piso de arriba y hacerle el amor a Rose. No lo hizo porque no le daba la gana contentarse con el sucedáneo de lo que deseaba.

Con los primeros rayos del sol se despertó preparado para afrontar un nuevo día en su extraña vida. Se frotó la sien para despejarse y acto seguido se marchó rumbo a la casa de los condes de Strangened. Tenía que recoger a su esposa y aclarar un par de puntos con ella para que Amanda

comprendiese lo que esperaba de esta nueva situación. Con un poco de suerte podrían llevar una vida apacible sin molestarse demasiado. No serían el primer matrimonio en hacer vida separada una vez que naciese su heredero.

El lacayo del conde lo llevó hasta el despacho. Lord Strangened se incorporó de súbito al verlo. El vizconde habló sin tapujos:

—Estoy aquí por mi esposa.

—Lo siento pero no la puede devolver. —Cuando al despertarse, la condesa le dijo que Amanda se había marchado a casa del vizconde, lord Strangened dio gracias a los dioses, paganos, religiosos, míticos... A todos ellos por haber obrado un milagro.

—¿A qué se refiere? —Lemory consideraba que ese hombre era del todo extraño. ¿Estaría bien de la cabeza?

—Mire... Amanda... En fin... —el conde se detuvo sin saber cómo seguir la exposición e hizo lo único que haría un hombre de negocios: Ofrecer una mayor recompensa—. Estoy dispuesto a triplicar su dote si es necesario.

—¿Su dote? —¿Pero aquello no quedó aclarado en su momento? El vizconde consideró que lord Strangened sí tenía un serio problema con su salud mental.

—Le daré lo que pida, pero por amor de Dios, se lo suplico. No se divorcie de ella, no la repudie. Estoy dispuesto a hacer cualquier cosa. —Lemory vio ante él un hombre ansioso y angustiado. Fue entonces cuando comprendió lo que su congénere estaba argumentando.

—Nunca doy marcha atrás cuando tomo una decisión —aseveró con convicción.

Arnold observó al conde llevarse una mano al corazón.

—¿Está diciendo que no va a devolverla?

—No. Es mi esposa.

—¿No va a repudiarla después de lo que ella dijo de usted?

Lemory se removió inquieto. Su orgullo sintió una nueva sacudida.

—No. Es mía.

—¿Insinúa que Amanda seguirá siendo su condesa? ¿Sin dote? ¿No quiere su dote? —German, ni por todo el oro del mundo la conservaría a su lado. Se compadeció del hombre que tenía enfrente mientras creía que le faltaba un tornillo por no huir despavorido de esa arpía.

—Verá, lord Strangened, creo que esa cuestión que me plantea de modo tan reiterado ha sido contestada ya suficientemente. —¿El hombre era de esos lores especiales que tenían problemas con la comprensión?

Lemory lo vio aplaudir y soltar una bendición en alto. Se quedó con la boca abierta cuando observó al conde levantarse y dar un salto de alegría. German comprendió que la muestra de su entusiasmo había sido demasiado. Carraspeó y tomó asiento de nuevo. Adoptó una actitud seria.

—¿En qué puedo ayudarlo, entonces, milord? —Tenía interés por saber qué lo había traído a su casa. No obstante ya estaba más tranquilo si él no iba a anular su matrimonio. La Corte podría darle la nulidad porque seguramente el vizconde no habría consumado su enlace si en verdad se marchó anoche en busca de una amante. Y por las pintas que presentaba lord Lemory, German sospechaba que sí había estado haciendo lo que creía.

—He venido para llevarme a mi esposa a mi casa.

—¿Cómo? —Lemory estaba a un pelo de perder la paciencia. Se armó de sensatez.

—Mi esposa. Es momento de que me la lleve a casa.

—Su esposa, ya está en su casa, milord. —Efectivamente el hombre no había pasado la noche en su hogar si no era consciente de ese dato. Torció una sonrisa, un poco de humildad no le

vendría mal a la belleza rubia. Tan tentadora como se creía, había ahuyentado a su esposo en su noche de bodas. ¡Al fin un poco de justicia divina!

—¿Mi esposa está en... en... en mi casa? —preguntó con el ceño fruncido.

—Sí. La condesa viuda, quiero decir, *lady* Lemory...

—Ya es *lady* Lancaster —lo corrigió Arnold de inmediato, pues el título se hacía efectivo nada más él contrajese matrimonio. Ni se había dado cuenta de este detalle hasta el momento. Fue la única condición impuesta por el anterior conde de Lancaster y él ya la había cumplido.

—*Lady* Lancaster se marchó anoche. Dejó una nota para mi esposa que hemos leído esta mañana. Amanda está ya bajo su techo. —La última frase fue dicha llena de júbilo. Con tanta emoción y tan desmedida que una verdad golpeó a Arnold en su interior.

—Usted solo deseaba deshacerse de ella, ¿cierto? —argumentó molesto.

German le ofreció una sonrisa y brillante sonrisa.

—No fui yo quien decidió tomarla como esposa después de oír lo que ella dijo sobre usted.

—*Touché*. —Lemory era el único culpable. Los rumores, las sensaciones extrañas, estaban ahí. Todos a su alrededor le dijeron que obrase con calma y él había precipitado su decisión porque la deseaba en su cama... ¡Y ni eso había podido conseguir... Aún!

—Vamos, no se apene —dijo al ver que el hombre apretaba los labios—. Si es capaz de domesticarla, tendrá a una bonita mujer que caliente su cama... —Él no la tocaría ni con un palo por si su veneno lo mataba solo con ponerle un dedo encima, pero...

—¿Sabe que hay hembras en la naturaleza que les quitan la vida a sus reproductores cuando han terminado la actividad? —Preguntó con una ceja levantada Lemory. El placer no valía tanto la pena si al final perdía la vida... O peor, la cordura.

Strangened cabeceó positivamente.

—Será mejor que trate de hacerla entrar en vereda cuanto antes. Es la única solución que le queda. *Lady* Lancaster es su responsabilidad... y lo es por su propia mano, milord —le recomendó sin cargo de conciencia.

Arnold, actual conde de Lancaster, se levantó de allí no sin antes soltar una ristra de maldiciones que lord Strangened perdonó, porque él diría cosas peores en caso de estar en los pantalones del antiguo vizconde Lemory. ¡Al fin era libre de la cárcel!, gritó para sus adentros Strangened mientras se compadecía de la suerte de Lancaster.

Se sentía tan animado que decidió que retomaría las cabalgatas que solía hacer antes de que la rubia viviera con ellos. Miró su barriga. Se había abandonado un poco y era momento de recuperar la gloria perdida. Era libre y haría algo de provecho con su nueva felicidad.

Capítulo 6

Unas revelaciones impensables

Después de llevar a cabo la entrevista con el conde de Strangened, Arnold se vio incapaz de presentarse en su casa. La muy bruja estaba tan ansiosa por tomar posesión de sus nuevas atribuciones, que en plena noche y sin su invitación, había decidido invadir su propiedad.

Lancaster decidió ir a atender un asunto importante que le quedaba entre manos. Subió las escaleras hasta la oficina de su hombre de confianza, el señor March. Ese hombre se ocupaba de asuntos pocos transparentes. Confiaba en él y en esta ocasión lo necesitaba. Anoche, antes de ver a Rose, le dio una misiva al mayordomo de la señorita Stuart para darle instrucciones al señor March.

—¿Has dado con él? —inquirió nada más se cerró la puerta a su espalda. El señor March lo miró con humor.

—Por favor, pasa, no hace falta ni que des los buenos días, tal y como haría un notable y educado par del reino —ironizó mientras se ponía de pie y le ofrecía una copa de brandy.

—Ya sabes que me he casado —No era una pregunta. Cogió la copa. Necesitaba aturdir los sentidos porque estaba hecho un mar de dudas y nerviosismo. Él nunca fue dado a dejarse embargar por los nervios. Eso era cosa de mujeres pero...

—Lo sabe toda la buena sociedad. Las columnas de chismes han dejado a tu condesa... En fin, me parece que tu esposa lo va a tener muy complicado. ¿De verdad te fuiste a ver a tu amante en la noche de tu bodas?

—Mejor olvida el asunto. —Arnold no tenía intención de airear más asuntos privados.

—Creí que estabas pretendiendo a la hermana de lord Monty.

Su amigo había hecho alusión a la dulce muchacha que hubiera convertido su vida en algo más sencillo... O tal vez no, porque *lady* Briana, de la que se especulaba que era la condesa de Exeter, también le había dado muchos quebraderos de cabeza para sacárselo de encima. Pero esa era otra historia muy curiosa.

—¿Has visto el aspecto de mi esposa? —No era solo que ella le hubiera tendido una trampa. Bueno, no fue Amanda, él sospechó que había sido *lady* Monty la que orquestó aquello, pero en cuanto vio esa hermosura... La forma en que la belleza respondió a sus besos y caricias... ¡Era un hombre, no un santo! Nadie en su sano juicio rechazaría a semejante mujer. Sí, de acuerdo. Él había resultado ser el bobo del lugar porque solo Lancaster se había casado con ella.

—¿Y tú no estabas al corriente de la reputación de ella? —inquirió con media sonrisa. Lancaster nunca haría nada que no quisiera. Ni por salvar su honor. El señor March lo sabía.

—¿Qué has averiguado sobre lo que te he pedido? —El conde decidió cambiar de tema.

—El señor Smith está esperándote en la otra habitación.

—¿Lo has traído aquí?

—Por supuesto. Si un sirviente me saca de mi plácida cama y he de dejar a un par de morenas en mi lecho, porque mi mayor cliente me pide un favor urgente, lo que hago es hacerlo de inmediato.

La respuesta complació a Arnold, aunque sabía que la suma de dinero que él le pagaba tenía más que ver que lo dicho.

—¿Quién es ese hombre?

—Es un reputado abogado. Se sospecha que tiene inclinaciones de índole pervertidas. Era íntimo amigo del difunto esposo de tu condesa. ¿Qué mal ha hecho? —El señor March sospechaba que el hombre había enfadado al tipo equivocado. No quisiera enemistarse con el conde. Lancaster era temible en los negocios y en su vida personal. No era un hombre fácil de llevar y era muy tozudo.

—Ha tenido la intención de ponerle la mano encima a mi esposa.

El señor March se rio a carcajadas en la cara del conde. Lancaster soltó una ristra de maldiciones.

—¿Se puede saber qué te hace tanta gracias?

—La apuesta que hay en White's. Me lamento de no haber apostado por la condesa. Lo haré en cuanto tenga la ocasión.

—¿Cómo has dicho? —graznó con los ojos de par en par.

—¿Qué hacemos con el abogado? —El hombre de confianza del conde no quería entrar en detalles sobre un asunto que sabía que molestaría, y mucho a Arnold.

—Lo vi anoche con mi esposa. No alcancé a oír lo que él le decía, pero Amanda se veía...

—¿Amanda? —lo interrumpió con una nueva sonrisa el mandado del conde.

—Es mi esposa. Eres mi amigo. ¿Quieres que use la formalidad, March? —preguntó sin humor.

—Sigue, por favor. —Decidió no contrariarlo más con el asunto de la nueva condesa, pero en cuanto terminase de hablar con él, se marcharía para participar en esa apuesta. Ganaría una fortuna si se cumplía lo que creía que pasaría con los nuevos condes de Lancaster.

—Ella se veía molesta, aunque lo disimulaba muy bien.— Cuando la vio levantar la mano para propinarle una bofetada a ese hombre, supo que la había ofendido por completo. Sospechaba que la condesa no era una mujer corriente y que molestarla sería relativamente fácil, pero la furia con la que lo abofeteó. Ahí había mucho más.

—No creo que te cueste demasiado hacerle hablar. Eres el propietario del banco donde él tiene su crédito. —Arnold sonrió. Sabía que la inversión tan escandalosa llevada a cabo en el Central Bank le serviría para mucho más que para ganar dinero.

—¿Lo hago venir?

—Por favor. —Arnold se moría por averiguar lo que unía a ese abogado con su esposa.

En un abrir y cerrar de ojos, el abogado se presentó custodiado por dos hombres que lo mantenían inmovilizado.

—¡Esto es un atropello! ¡Soy un hombre con muchos contactos, se arrepentirán de esto! —El señor Smith escupía espuma por la boca de indignación.

—Debería sacarle los ojos solo por mirar a mi esposa. —Lancaster se levantó con tranquilidad.

—A esa ramera le gusta que la miren... —comenzó a reírse.

Lancaster se contuvo las ganas de asestarle un puñetazo. El señor March se colocó delante para golpearlo. Arnold lo evitó.

—Está hablando de tu esposa —apuntó March.

—Lo sé. Y no ha dicho nada que no sea verdad. —March y Lancaster se miraron con complicidad.

La sentencia le cayó en gracia al improvisado preso.

—Si no paga por mi silencio le diré a todo quien desee escucharme lo que sé de ella —amenazó Smith.

—¿Y qué información es esa? —inquirió con seriedad el conde.

—No se la diré hasta que me dé el dinero. —El abogado no era tonto.

Lancaster le hizo una seña con la cabeza a su hombre de confianza y éste le ordenó a los gorilas que lo soltasen y le dio una bolsa repleta de libras. Tantas que al pobre infeliz casi se le salen los ojos de las cuencas.

—¿Será suficiente? —inquirió Lancaster.

—Su esposa es una ramera —afirmó como si eso lo explicase todo.

Arnold apretó los puños con violencia. El señor March volvió a tratar de golpear al abogado. El conde se interpuso entre los dos.

—Esa es una información que ya ha dicho con anterioridad. No creo que valga la suma que le he ofrecido.

Uno de los hombres que custodiaban al abogado hizo amago para quitarle el dinero.

—Me temo que a su esposa le gustaba fornicar con varios hombres mientras su esposo la observaba. Ha hecho un buen trato, milord. Nunca conocí una gatita que ronronease tanto y de tan buen agrado. —Esa bruja se las iba a pagar todas juntas por haberlo despreciado en su momento. El señor Smith estuvo contento al ver al conde furioso. Oh, sí. El hombre mantenía una pose controlada, pero sabía que estaba colérico al imaginar a la belleza rubia retozando con varios hombres a la vez.

—¿Debo suponer que ayer usted trató de chantajearla para no empañar su reputación? —Arnold era un hombre muy inteligente y ya se había cruzado con tipos de la calaña de este indeseable.

—Digamos que estoy en un apuro y que me viene bien la recompensa. —El abogado lanzó un par de veces al aire la bolsa satisfecho por la recompensa recibida—. Sin embargo, confieso que no sabía si al final recibiría el pago por mi silencio, cuando usted, milord, ha socavado sin piedad la reputación de su esposa al acudir al calor del lecho de su amante.

Lancaster apretó los puños. La primera vez en su vida que se dejaba cegar por la ira y le iba a costar caro. Su hombre de confianza lo miró con reprobación. Si él supiera lo que había dicho la condesa sobre él, le felicitaría por no haber hecho algo peor como tumbarla sobre sus rodillas y darle una buena tunda. Su miembro se removió inquieto al imaginar a Amanda desnuda sobre su regazo. Se obligó a sacar ese lindo pensamiento de su cabeza.

—¿Comprende que para que usted salga de aquí portando esa bolsa necesitaré las pruebas que tenga en su poder? —El conde esperaba terminar con este desagradable asunto de inmediato. Su esposa venía con muchos regalos envenenados bajo el brazo.

—Tengo un par de cartas del difunto conde en mi poder que estaré encantado de entregar.

Lancaster cabeceó y el señor March salió al pasillo para dar orden a otros dos hombres para que acudieran a la casa del abogado y encontrasen los documentos.

—¿Hay algo más que deba saber sobre mi esposa, señor Smith? —inquirió serio el conde.

—Necesitará estar atento —dijo con diversión mientras recordaba a la rubia sosteniendo un cuchillo.

—¿Y eso por qué?

—Su esposa no tiene ni un ápice de docilidad en su piel. El antiguo conde la ofendió y ella le apuñaló en un muslo. Si yo estuviera en su piel, trataría de anular mi matrimonio a la menor oportunidad. Tendrá a una buena hembra en su cama, pero el precio tal vez sea demasiado alto.

Ahora ya sí, Lancaster le dio el puñetazo que se había estado conteniendo. Su esposa era suya. Su responsabilidad. Su dolor de muelas. Aun así, nadie hablaría mal de ella mientras él tuviera

algo que decir. Ya ajustaría cuentas con la condesa, ya...

—¿Por qué ha hecho eso, milord? —se quejó el abogado mientras escupía sangre al suelo.

—¿Qué hago con él, Lancaster? —inquirió el señor March sin que ni él ni el conde hicieran caso a la pregunta que había lanzado el abogado, que en esos momentos ya no tenía entre sus manos el saco de dinero y volvía a estar apresado por los dos hombres corpulentos

—Embácalo en el primer barco que salga rumbo a la India —recomendó el conde sin cargo de conciencia. Se veía que ese hombre era escoria de la peor clase.

—Muy bien. —Los custodios se lo llevaron de allí mientras el abogado gritaba y se quejaba.

Lancaster y su hombre de confianza se volvieron a quedar a solas en la oficina.

—¿Lo crees? —El señor March le volvió a llenar el vaso con otra generosa copa.

—Con mi esposa todo puede ser verdad —señaló con pesar.

—¿La vas a repudiar?

—Si fuese un hombre sensato, es lo que debería hacer sin pensarlo demasiado. Toda la sociedad sabe que no he consumado mi matrimonio. —Le dolía el estómago al ver el embrollo en el que él solo se había metido por no haber controlado mejor su ira.

—Pero no lo harás. —No era una pregunta.

—Nunca retrocedo. Ya deberías saberlo.

—Eso y que tu esposa es toda una belleza —se rio el hombre de confianza del conde mientras levantaba el vaso para brindar por el recién casado.

Lancaster no contestó. La deseaba fervientemente desde que la vio. No obstante, no era tan sencillo como escudarse en un momento de lujuria. Era lo que veía en sus ojos lo que lo impulsaba a seguir adelante. Era una arpía. De acuerdo, ya se había dado cuenta. Pero había mucho valor dentro de ella. Y tristeza. En su opinión, los ojos de una persona eran el reflejo del alma y lo que veía en los de Amanda era algo muy contradictorio. Unas veces la zarandearía y otras sentía ganas de abrazarla para consolarla. No la conocía tan bien como para saber si lo afirmado por el abogado sería verdad o no, pero...

Cuando los hombres enviados a casa del abogado regresaron con varias cartas, Lancaster las echó al fuego sin dudarle. No deseaba confirmar lo que había oído. No deseaba empañar la imagen de ella viéndola retorcerse de placer mientras el viejo lord la miraba fornicar con otros hombres... En caso de que esto fuera cierto, ¿la habría obligado el viejo a hacerlo o ella lo habría disfrutado? Había damas con gustos muy peculiares. Él había oído varios chismes de lo más inquietantes, incluso de una duquesa muy respetada de la que se especulaba que le gustaban las mujeres.

—¿A dónde vas? —quiso averiguar el señor March mientras lo veía salir por la puerta del despacho.

—A White's. —Haría otra parada antes de entrevistarse con su esposa.

El otro hombre tragó saliva fuertemente.

—Te aconsejo que no lo hagas. No te gustará descubrir lo de la apuesta. Si no vas a repudiarla, llévatela al campo y conquístala. No serías el primer hombre en doblegar a una mujer con besos y caricias. —La recomendación era sincera.

—Cuando tengas tu propia esposa, haz lo que te plazca con ella. —Y se marchó de allí dando un sonoro portazo. Le daba en la nariz que su día se iba a complicar mucho más.

Nada estaba saliendo como había previsto. En su inocencia imaginó que cuando se casase con una mujer, gozaría de una semana, o dos, encerrado en la habitación haciéndole el amor a su condesa. No solo esto no se estaba cumpliendo, sino que Lancaster se había visto limpiando el

pasado de Amanda. ¿Qué más escondería ella?, se preguntó a sí mismo con desespero mientras ingresaba en el club más selecto de caballeros en Londres.

El libro de White's era célebre por recoger apuestas de toda índole. Cuando alguien salía en sus páginas, no era cosa buena.

Ojeó las páginas hasta que vio lo que allí le interesaba. La primera apuesta sobre él se refería a cuánto sobreviviría estando casado con la viuda negra. La segunda cuestión era si él moriría por su propia mano o ella lo acabaría asesinando. Maldijo aún más cuando llegó a la siguiente parte. La otra apuesta más escandalosa tenía que ver cuánto tardaría la condesa de Lancaster en tomar un amante para vengarse de la afrenta sufrida por su esposo. ¡Maldición! ¡Maldición y tres veces más maldición!

Se sentó en un sillón apartado y se sirvió una copa. A esta copa le siguió otra, otra más y otra. Se sentía embriagado y las ansias asesinas hacia Amanda ya no eran tan profundas.

Una figura elegante que él bien conocía se le colocó delante. ¡Solo le faltaba ver a este hombre para que malhumor empeorase!

—Lárgate, York —le escupió a la cara el conde.

—Me dijeron que te habías casado con la Bruja de Hielo... —afirmó mientras se sentaba frente a Lancaster.

—¿Recuerdas lo que pasó la última vez que la insultaste? —Él conde golpeó al duque sin dudarle. Poco importaba que fuera su amigo. Nadie salvo él tenía la potestad de enfrentar o calumniar a los suyos. Amanda era su esposa y él se aseguraba de que el resto respetase lo que era suyo.

—Sí. Todavía me duele un poco el gancho que me lanzaste —el duque de York, Malcom W. Banstorn, se tocó el lugar donde impactó el puño de su amigo—. Pero hoy no estás en tus mejores momentos. ¿Y de quién es la culpa? Tuya, porque traté de abrirte los ojos. A veces la belleza no lo es todo —apostilló en tono de sermón.

—Te aconsejo que des media vuelta y te marches por donde has venido, porque puedo levantarme y demostrarte que, aún, en el estado en el que me encuentro, soy capaz de darte una buena paliza. —Arnold trató de levantarse y se tambaleó hasta caerse en su asiento de nuevo. Nunca se había emborrachado, ni cuando fue un joven inseguro. Una nueva hazaña que la bruja había conseguido que él hiciera.

—Te dije que la conocía y que no te traería nada bueno. Pero en vez de agradecerme mis consejos y alejarte de ella, me diste un golpe. Casi me alegro de que estés en esta situación porque la culpa es tuya y solo tuya.

—Debes saber que nunca hago nada que no desee.

—¿Y eso qué significa? —preguntó con interés el duque.

—No lo sé. En estos momentos no lo sé. Pero en cuanto se me despeje la mente te lo haré saber.

El duque de York negó con la cabeza repetidamente.

—Es por eso por lo que todavía no me caso. Nunca se sabe la mujer que puede tocarte.

Lancaster se rio con diversión.

—No te casas porque en tus años mozos la actual condesa de Monty te dejó plantado. —York no se lo tomó a mal.

—Tengo entendido que ella gobierna la vida de los suyos con mano de hierro. Creo que hice un buen trato cuando la dejé escapar. —Era más complicado que todo eso, pero no daría más detalles.

El conde lo examinó con atención como si tratase de buscar la mentira en su rostro.

—Yo creo que lo que acabas de decir es una soberana sandez. Olvidas que he pretendido a la hermana de lord Monty y he visto lo que esa mujer que te plantó es capaz de hacer. Fuiste un botarate al dejarla escapar. Yo no iba a cometer el mismo error que tú. —El alcohol estaba soltándole la lengua. Lo mejor sería que se fuera a su casa. Cosa que no le apetecía porque no deseaba enfrentarse a ella.

—¿Estás enamorado de tu esposa? —quiso averiguar sabiendo que eso sería del todo imposible. Él había tratado poco con la señorita Amanda Baker, pero le bastaron unos pocos encuentros para trazar el carácter de ella. Era egoísta, coqueta, insufrible, y nunca tenía en cuenta las necesidades o sentimientos de los demás.

—No lo creo. El amor es algo muy extraño. —El conde se acercó para hacerle una confidencia a York—: Lo que siento por ella es un deseo irrefrenable que no me permitió desembarazarme del ardid en el que me metió *lady* Monty.

—¿Angi —él usaba ese apelativo para referirse a la condesa de Monty, que en el pasado había sido su prometida—, te tendió una trampa?

—Lo hizo. Angi, como tú la llamas, se aseguró de que yo quedase ligado a mi esposa cuando me engañó para entrar en una habitación oscura en la que yo esperaba encontrarme con *lady* Briana. —Si solo pudiera regresar al pasado... No importaba, porque conociéndose como lo hacía, Lancaster hubiera hecho exactamente lo mismo: agenciársela.

York comenzó a reírse. Había oído que la condesa le juró venganza a Amanda cuando la rubia trató de casarse con el conde de Monty. Angela había conseguido su cometido, porque si una cosa sabía York del actual conde de Lancaster, era que él no se detenía ante nada. A perspicaz nadie lo ganaba. La rubia acabaría claudicando si él se lo proponía y le daba en la nariz que cuando el conde recuperase sus facultades la arpía tendría un serio problema.

Las risas fueron interrumpidas por una conversación de tres hombres que captó la atención de York y Lancaster. Los recién llegados no sabían que no estaban solos en el salón principal del club. Acaban de llegar Lucien Maldith, duque de Phenton, —quien era conocido por tener problemas con una díscola prometida, más bien con el hermano de la dama—, el vizconde Portman, de nombre Thomas y de apellido Foster, que había enviudado hacía un par de años, y lord Liam Banstorn, hermano pequeño del duque de York, todo un pícaro de la peor clase. Este último con una fama más escandalosa que la del propio duque de York.

—¿Habéis apostado sobre cuándo yacerá bajo tierra Lemory? —oyó Arnold que alguien preguntaba. Seguramente era lord Banstorn. El joven era el más impertinente del corro.

Tanto Liam, como York, el duque de Phenton y el vizconde Portman habían sido apodados por la sociedad, como los disolutos sin corazón. Y el recién casado no quería ni saber el motivo de ese apelativo tan gráfico.

—Tengo entendido que las nupcias lo han convertido en conde —apuntó Lucien—. Lo cual es comprensible.

—¿Qué es comprensible? —quiso averiguar el viudo, lord Portman.

—Que haya tenido tanta prisa en casarse. Si sobre la mesa tenía la opción de conseguir el título del padre, es lógico que tomase la oportunidad más inminente. —El duque de Phenton creyó que el hombre tenía agallas. Las cosas que se decían sobre la arpía eran muy inquietantes. Que pudiera ser una asesina no era una cuestión de menor importancia.

—Es una mujer muy bella. Mientras me complaciera en la cama, yo me dejaría asesinar con los ojos cerrados. No conozco una muerte más dulce que la de morir entre los brazos de una preciosa

mujer. —El hermano de York estaba demostrando una vez más que era el peor del grupo en cuanto a obscenidades.

—Encuentra a una amante de inmediato porque te vemos muy necesitado —se mofó lord Phenton al tiempo que soltaba una buena carcajada.

—Bien me lo podría plantear con una mujer tan preciosa como ella. ¿Creéis que la esposa de Lemory hablaba en serio cuando dijo que buscaría un amante por la desatención de su esposo? —Liam bien podría probar suerte.

—Es el conde de Lancaster. Ya no es vizconde —recordó lord Portman.

—Como sea. Yo creo que fue muy valiente al mostrarse decidida. Su esposo la humilló alegando que iba a ir en busca de su amante y ella, tranquilamente, señaló que tal vez se buscaría un señor Stuart para que hiciera lo que su esposo no deseaba hacerle. —Tal vez, Liam, le enviase una misiva a la dama con un ofrecimiento.

—¿Tú estabas allí? ¿Cómo sabes que eso fue lo que pasó? —le recriminó el duque de Phenton. Lucien tenía un problema muy desagradable con cierta dama. El nuevo conde de Lancaster tenía todo su apoyo y respeto. Las mujeres lo complicaban todo por sí solas, si a eso se le sumaba la intervención de un hermano que lo odiaba con todas sus fuerzas...

Liam sacudió los hombros en señal de despreocupación y procedió a hablar:

—Es lo que he leído en varios periódicos diferentes esta mañana. Digo yo, que no todos estarán equivocados. Algo de razón llevarán. O eso, o lord Lancaster no es capaz de cumplir con su obligación marital y por eso escapó de su esposa. ¿Qué hombre en su sano juicio dejaría la oportunidad de tomar semejante preciosidad? Desde luego yo no. Si es tan arpía como se comenta, lo único bueno que tiene haberse casado con ella es poder contentarse en la cama con esa mujer... —Lord Banstorn lo tenía clarísimo. El hombre, el conde, tenía un serio problema físico con su hombría o con su mente... Desperdiciar la ocasión de hacer suya a una esposa como esa...

Ya no pudo soportarlo más. Lancaster, que había actuado para evitar que el duque de York alertase a la comitiva sobre su presencia, se levantó con seriedad. La embriaguez se le pasó debido a la furia que sentía. Esa pequeña arpía del demonio se había atrevido a señalar que buscaría un amante...

—Tranquilízate, Lancaster. No hagas ninguna tontería —York le puso la mano en el hombro para pedirle calma. El conde miró el lugar donde York lo estaba tocando y quitó la mano de inmediato.

Cuando los tres hombres lo tuvieron frente a ellos, tragaron saliva de modo nervioso.

—¿Qué tenemos aquí? —preguntó retóricamente—. Yo os lo diré. Tenemos a un viudo del que me gustaría saber qué opinaría si dijese que su esposa se pegó un tiro o si él fue el responsable de que se quitase la vida. —Le dio una mirada furiosa a lord Portman, quien decidió no responder—. Luego tenemos a un joven imberbe del que todo Londres sabe que busca amante y que no es capaz de captar la atención de una sola mujer. Tal vez se deba a que su hombría, lord Banstorn, no funciona como debería. ¿Quién más hay hoy aquí, en White's? —siguió preguntándose sin hacer falta que nadie contestase a su cuestión.

—Oiga, milord... —El duque de Phenton sabía que era el siguiente en ser reprobado y no le apetecía oír nada al respecto.

—Sí. Ya recuerdo. Lord Phenton. Es usted el duque que perdió la conquista a manos de un Soldado Valeroso. Si la memoria no me falla, el conde de Albemarle, más conocido como el teniente manco Ryan, le robó a una mujer en sus narices. Eso sin contar que no le permite que se case con su hermana.

Lord Phenton ahogó un suspiró. El golpe de gracia había sido doloroso. Lucien tenía muy fresco el recuerdo de *lady* Olivia. La historia entre ambos era muy curiosa.

Lancaster se giró para mirar a York.

—Luego tenemos al gran duque de York. Apuesto, rico y con un título por encima del de muchos hombres. Lord Monty, del que se especula que es duro de entendimiento —él conocía al hombre y era muy peculiar pero buena persona—, le sustrajo la mujer con la que quería casarse con un chasquido de dedos.

—Yo no he dicho nada para que recuerdes mi pasado —se quejó York.

—Si me disculpan, caballeros —continuó Lancaster sin hacer caso a la apreciación de York—. Tengo una esposa en mi casa con la que tengo un asunto pendiente. Uno que va a quedar zanjado de inmediato —le iba a demostrar a Amanda un par de cosas sobre lo que le sucedía a una mujer que ofendía a un hombre... que lo ofendía a él—. Si no tienen nada que decir, como por ejemplo exigir satisfacción por mis palabras, y debo confesar que soy un tirador experto, tal vez mejor que usted, lord Phenton —apostilló Lancaster cuando oyó a Lucien bufar—, me marchó para disfrutar de mi esposa. Si vuelvo a oír un chisme más sobre *lady* Lancaster, tomaré las medidas oportunas. Harán bien en transmitir al resto de socios del club lo que soy capaz de hacer. ¿Alguna objeción? —Los cuatro hombres negaron con la cabeza. No le tenían miedo, pero un hombre furioso como se percibía él, sí podía llegar a ser muy peligroso. Mejor callar y dejar correr el asunto, pensó el grupo.

Cuando Lancaster se marchó de allí y estando seguro de que no lo oiría, el duque de York soltó una buena carcajada. Los tres disolutos sin corazón lo miraron con curiosidad.

—¿De qué te ríes, hermano? A mí no me ha hecho ninguna gracia que nos reprendiese, cuando no hemos hecho más que hablar de lo que se rumorea. —Lord Banstorn estaba enfadado.

—Creo que la bruja de hielo va a convertirse en un volcán de lava. El conde se veía más que dispuesto a hacer valer sus derechos conyugales. La antigua señorita Amanda Baker, no sabe lo que ha hecho al tomarlo por esposo. —El duque de York se dio media vuelta y tomó una pluma para hacer una anotación en el libro de apuestas.

—¿Qué te propones, York? —inquirió lord Portman.

—Apuesto 1.000 libras a que la arpía caerá rendida ante su esposo en menos de un mes. —York sabía que ganaría.

—Es la bruja de hielo... Yo me lo pensaría —habló el duque de Phenton.

—Es verdad. Mejor en dos meses —adujo con total seguridad York.

—¿Qué te hace estar tan seguro en tu suposición, hermano? —Liam no lo tenía tan claro como el duque.

—Nuestro conde de Lancaster es uno de los hombres más perseverantes y persuasivos que he conocido nunca. Estoy seguro de que conseguirá lo que se proponga y sospecho que la hará caer a sus pies.

—¿Para castigarla luego? —quiso averiguar el duque de Phenton.

—Eres del todo retorcido, Lucien. Es natural que el teniente Ryan no se fie de tus intenciones con su hermana. Deberías cambiar o no conseguirás casarte nunca con ella. —Malcom habló con seriedad.

—¿Y tú, York? Dicen que estás dispuesto a casarte esta temporada —contraatacó con molestia Lucien.

—Estoy harto de que me recuerden que dejé escapar a *lady* Monty. Tal vez sí busque esposa. Pero no tengo demasiada prisa. —York se encaminó hacia la puerta—. Si me disculpan,

caballeros, he de atender a tres pelirrojas que me esperan en mi casa. Son los beneficios de la soltería... Puedo instalar a quien quiera bajo mi techo cuando desee.

El resto del grupo se quedó hablando amigablemente mientras pensaban que York no se casaría jamás. Disfrutaba de su vida de libertinaje con gran pasión.

Capítulo 7

Una pasión arrolladora

Amanda se había presentado en la casa de su esposo a horas intempestivas. Lejos de sentirse culpable, se irguió poderosa y despertó a todo el servicio para explicarles que la nueva condesa de Lancaster tomaba su posición en ese mismo momento. Su esposo se iba arrepentir de haberla humillado. Él no conocía aún ni una mísera parte de lo dura, orgullosa y arrogante que ella podía ser. No había sobrevivido todos estos años para consentir que un hombre la pusiera en su lugar. Ni tan siquiera el esposo de Samy lo había logrado, y eso que a German le debía sus cuidados y sustento.

Cuando llegó, una doncella la ayudó a desvestirse y la acomodó en la habitación de la condesa. Amanda atrancó la puerta que comunicaba con la estancia de su esposo y también la que daba al pasillo por si él regresaba y se le pasaba por la cabeza hacerle una visita. Era una habitación sublime. Estaba decorada con lujo. Una gran cama de cuatro postes figuraba en el medio de la habitación. A la derecha, un pequeño escritorio y varios sillones tapizados en tonos dorados, contribuían a ofrecer un ambiente refinado y de muy buen gusto.

Cuando se acostó, no consiguió dormirse pronto. En su mente no paraban de sucederse imágenes de él retozando con otra mujer en su noche de bodas. ¿Por qué le molestaba tanto imaginar a su esposo en brazos de otra fémica si a ella él no le importaba lo más mínimo? Sería por su orgullo. Si al difunto lord Shewsbury se le hubiese ocurrido marcharse con su joven amante masculino a otro lugar en la noche de su bodas, Amanda se habría ahorrado muchas lágrimas. Al menos le dejó claro al viejo conde que ella no se iba a quedar de brazos cruzados mientras era ultrajada. Si pudo contener a aquel monstruo, podría hacerlo con su actual esposo. Con esta reflexión que consiguió calmar sus nervios, Amanda al fin se durmió.

Por la mañana, se levantó con una felicidad inesperada. Salió de la cama dispuesta a desayunar y recorrer esa preciosa mansión que estaba situada en Mayfair. Rico. Su esposo era un hombre rico como Creso que le daría todos sus caprichos... Tendría que hacerlo, ¿no? Amanda era ahora su esposa y su responsabilidad. Al fin podría hacerse un nuevo vestuario acorde con su belleza. ¿Qué asignación le daría?

Se entrevistó con el ama de llaves y le dio indicaciones sobre el menú y el funcionamiento de la casa. Esto de regentar su propio hogar no estaba mal, pero que nada mal. Se llevaría bien que la señora Jenkins, el ama de llaves, porque era seria y no la cuestionó ni un instante.

—¿Milord se ha levantado ya? —inquirió con cautela Amanda.

—Me temo que no ha pasado la noche en casa, *lady* Lancaster. —A Amanda le gustó que su subordinada respondiese sin reproches ni mofas ocultas. Lo que la disgustó fueron los celos irracionales que se despertaron de súbito. Debería estar agradecida porque otra mujer se ocupase de las necesidades íntimas de su esposo. La seducción no era algo que a ella le interesase, prefería pensar en vestidos y en redecorar la casa.

—¿Cómo me ha llamado? —el título empleado había captado la atención de Amanda.

—Puesto que milord se ha casado, él ya es el nuevo conde de Lancaster, y usted se ha convertido en la condesa. ¿Necesita algo más, *milady*? —El ama de llaves tenía mucho trabajo que hacer y necesitaba comenzar cuanto antes.

—Será todo, señora Jenkins. Gracias —Amanda se vio sonriendo. Era condesa.

El día transcurrió con mucho ajeteo. La casa era preciosa, pero ella deseaba imprimir su toque y dio órdenes para que se cambiase la salita de la condesa. Trasladó los muebles hacia otro lugar más soleado. Una estancia que estaba segura de que él usaba cuando no deseaba estar en su despacho.

Las horas se fueron consumiendo y él no regresaba a casa. Con un poco de suerte no tendría que volver a verlo. ¿Pero qué era esa opresión que sentía en el pecho cuando imaginaba la figura de otra mujer rodeándolo con sus brazos? Amanda negó con la cabeza. Había tomado un desayuno muy copioso y tal vez fuese una indigestión.

Se llevó una mano al pecho. Imágenes de él lamiendo sus senos llegaron para causarle un nuevo desasosiego... ¿Qué diantres le estaba pasando?

Decidió que la dolencia de la que estaba aquejada se solucionaría yendo de compras. Había oído que había una modista francesa nueva que estaba vistiendo a lo más selecto de la sociedad. Compraría a crédito y que le mandasen la factura a él... Y el desembolso no iba a ser barato.

Se colocó un vestido de paseo que había sido aireado y planchado y salió de su nueva casa dispuesta a hacerle pagar la ofensa sufrida. Que se marchase con su amante cada vez que quisiera... ¡qué lo hiciera!, así ella gastaría una cantidad indecente de dinero como castigo. Amanda se sonrió satisfecha.

El carruaje la dejó a las puertas de la tienda. Las sedas más elegantes y las muselinas más finas caían en cascada por las estanterías. Estaba viviendo un sueño. El esposo de Samy la había provisto de ropa, pero nunca había resultado ser tan fantástica como las telas que observaba. Samy era muy comedida en los gastos domésticos. Amanda no iba a serlo.

—Buenos días, *milady*. Soy *mademoiselle* Lagard, ¿qué puedo hacer por usted? —le habló una mujer con acento francés.

—Buenos días, soy la condesa de Lancaster.

—¿Usted es la...? —la francesa se calló de súbito sabiendo que no había podido controlar su sorpresa. Los periódicos hablaban sobre esa nueva condesa y la retrataban de modos muy diversos. Lo que a la modista le molestaba es que su esposo se hubiera ido con su amante en su noche de bodas. Ningún hombre debería hacer una necedad como esa. Y por este motivo, Amanda se ganó el favor de la costurera sin mover un solo dedo.

—Me temo que sí. Soy la mujer a que su esposo repudió anoche —apuntó sin mostrar vergüenza—, y mi visita hoy a su tienda tiene como fin que me vista con sus mejores diseños y telas y darle un escarmiento al conde.

—¿Un escarmiento? —inquirió la francesa con el ceño fruncido.

—Pienso gastar una indecente cifra en su taller, *mademoiselle*. No hay nada que moleste más a un hombre que verse desembolsando una suma de la que no es consciente. —Amanda se emocionó cuando vio que la modista sonreía y cabeceaba afirmativamente.

—Han traído una seda procedente de la India, cuyo valor es tan obscuro, que creí que no lograría venderlo. Lo usaremos para hacer un precioso camisón con el que podrá atormentar a su esposo. —La francesa ya se imaginaba a la hermosa rubia vestida con esa seda con transparencias mientras le negaba sus favores a su marido. No sabía los pormenores exactos de lo que habría sucedido entre el matrimonio para que el hombre abandonase en una fiesta a su esposa y vocease a los cuatro vientos que se disponía a gozar de los favores de su amante. Sin embargo, la condesa se veía una clienta muy dispuesta a gastarse un buen pellizco y ella le brindaría toda su amistad. Acababa de llegar a Londres y necesitaba más clientas como ellas.

—Lo del camisón no creo que haga falta porque...

—*Non, pas non*—la interrumpió enérgica—. El camisón será indispensable. Debe darle su merecido. Su esposo debe lamentarse por no haber disfrutado con usted de su noche de bodas. Siento mucho ser tan directa, *milady*, pero es lo justo. —Eso y que esa seda que quería venderle valía una fortuna y no habría muchas damas capaces de pagar por ella.

—Está bien —claudicó. La costurera se veía muy persistente—. Pero me hará una docena de vestidos nuevos y el primero de ellos deberá serme entregado esta misma tarde. No tengo nada apropiado para una condesa. —Su esposo la llevaría a los bailes más elegantes y ella debía lucir perfecta.

—¿Una docena? ¡*Non!* Por lo menos haremos dos docenas para empezar. Y tendrá el primero esta tarde y el segundo mañana. —Le daba en la nariz que debía ser muy generosa con esta preciosa mujer. Le podría reportar muchos beneficios.

—Pero... —Amanda no solía tener mucha contención, pero le parecía muy arriesgado engrosar tanto la factura.

La modista sacó el periódico que llevaba en el bolsillo de su delantal y se lo pasó a la rubia en un gesto de total audacia. Amanda no comprendió el motivo hasta que sus ojos se fijaron en la columna de cotilleos e hirvió de furia.

—Me parece que haremos tres docenas —expuso sin titubear—. A fin de cuentas, soy la condesa de Lancaster y se espera de mí que esté bellamente vestida, ¿no le parece, *mademoiselle* Lagard?

—Yo no lo hubiese dicho mejor, *milady*.

La modista dio dos fuertes palmadas y salió un ejército de mujeres para tomarle medidas y agasajarla con todo tipo de telas y sedas. Amanda quiso llorar, pero de plena felicidad. ¡Era un sueño hecho realidad!

Se detuvo a dar un paseo por Hyde Park y esto fue lo peor que pudo haber hecho. La señalaban y la miraban entre cuchicheos. Entonces se arrepintió de no haber pedido la confección de cien vestidos. Él la había convertido en la risa y el blanco de todas las mofas. Decidió ir a visitar a su hermana para ver si todo estaba bien. Fue extraño, pero cuando vio que Samy discutía con su esposo y estaba triste, ella se sintió muy mal. Estaba acostumbrada a pelearse con su hermana, pero no podía ver que otra persona que no fuese ella, le hiciera daño a Samantha. También se removió algo en su interior cuando vio la desdicha del conde de Strangened. ¿Tan horrible habría sido ella con él para que el pobre hombre deseara exiliarse al campo para no volver a convivir?

Amanda se rio. Todavía recordaba un día que le puso sal en el té. Escupió tan fuerte que dejó la silla de al lado insalvable. ¡Pero es que era tan divertido contrariarlo!

Con esos pensamientos llegó hasta la puerta de la casa de lord Strangened. Cuando llegó para vivir con su hermana sintió unos celos terribles por ver la elegancia de la casa. Al compararla con la suya, con la de Lancaster, la de Samantha se veía un cuchitril. No negaría que había tenido suerte, al menos en el aspecto económico, porque todavía no conocía el verdadero carácter de su nuevo esposo, pero si él no le había puesto la mano encima cuando la oyó decir todas aquellas cosas sobre él... Es más, incluso quiso casarse con ella, y a esas alturas, Amanda ya se imaginaba que él estaba al tanto de su delicada situación. Otro hombre le habría dado una bofetada y la habría dejado en la estacada. Bueno, la prueba de fuego se llevaría a cabo en cuanto le llegasen las facturas. La modista se había comprometido a hacérselas llegar al conde esa misma tarde. Amanda quería molestarlo y ver cómo reaccionaba él.

—¿Qué haces tú aquí? —oyó una voz desde detrás mientras le daba la capa a un lacayo. El

terror que inundaba la voz del conde de Strangened la hizo sonreír. Y a punto estuvo de decirle que su esposo la había repudiado. Desechó la idea porque no deseaba provocarle un ataque apoplejía.

—No te apures que no me ha echado a la calle aún —le dijo con disgusto. El suspiro de alivio la molestó mucho—. Eso no quiere decir que no lo haga pronto y que tenga que volver a tu casa. —No pudo resistirse a poner la puntilla.

—¡Amanda! —chilló su hermana llena de alegría—. ¡Mírate! Eres toda una condesa. —La rubia había salido del taller de la francesa con un nuevo sombrero y unos bonitos guantes—. La noticia de tu nuevo título está corriendo como la pólvora.

Lady Lancaster sabía que no era lo único que estaba en boca de todos. La actuación de su esposo también era muy comentada. Decidió que eso no era importante.

—He venido a tomar el té contigo. —La rubia no tenía más amigas. Tal vez comenzase a hacer nuevas amistades para poder tener más actividad social. A este respecto le pediría ayuda a *lady* Whinthorp, y esperaba que la marquesa la ayudase. Sabía que si llevaba a cabo esta acción, tendría que comenzar a comportarse de otra manera y ella llevaba siendo una bruja demasiado tiempo como para abandonar un hábito que la había protegido de la humillación. Bueno, abordaría la cuestión cuando llegase el caso.

—Desde luego, por favor pasemos a la salita verde. Hoy estrenaremos el nuevo juego de té. No todos los días una recibe a otra condesa. —Samantha la rodeó por la cintura y trató de llevársela. La rubia frenó y se giró para mirar al conde de Strangened que estaba a punto de ingresar en su despacho.

—Milord —lo llamó Amanda para que él la mirase. Samantha contuvo el aliento esperando que su hermana no molestase al conde con una nueva grosería—, gracias.

La rubia se dio la vuelta y siguió andando mientras el conde y su esposa se quedaban con la boca abierta. ¿Amanda había usado la palabra «gracias»? ¿Desde cuando ese término figuraba en el vocabulario de la rubia?

Samantha y Amanda hablaron sobre planes futuros. La condesa de Strangened se había ofrecido para dar un baile en honor a los recién casados. También la ayudaría a planear la primera fiesta que tendría que hacer como condesa de Lancaster. Amanda se dio cuenta de que su corazón rebotaba alegría al verse al fin disfrutando de cosas triviales que le colmaban de felicidad. Tal vez casarse con él no hubiera sido un negocio tan nefasto como había supuesto.

El conde de Lancaster llegó a su casa en un estado lamentable. Tuvo que haberle hecho caso al señor March y no detenerse en White's. Eso lo había puesto de más malhumor todavía. Cosa que creyó imposible...

Cuando llegó, vio a un mozo sosteniendo un paquete y un sobre. Le dio la capa al mayordomo y cogió el paquete envuelto en un lazo rojo

—¿Qué es esto? —le preguntó al muchacho que había sostenido la caja hasta hacía un segundo.

—Es para la condesa de Lancaster. Y esto —el muchacho levantó el sobre— debe serle entregado al conde. —Arnold cogió el sobre y sacó los papeles. ¡Dios del cielo!

—¿Qué significa esto? —la suma que había ahí puesta era una obscenidad.

—Me temo que son las facturas del nuevo guardarropa de *milady*. —El mozo no se quedó más y se marchó velozmente. Su patrona le había dicho que no se moviera hasta que le diera el paquete y el montante del pago al conde. La francesa quería echarle una mano a su nueva mejor clienta. Eso le daría en que pensar al conde.

La muy bruja no solo había tomado posesión de su casa, si no que ya se había ido de compras y había hecho un gasto excesivo con su dinero. El conde se vio sonriendo de lado. Tenía que admitir que era una mujer de recursos. Lancaster le dio las facturas a su lacayo y le pidió que se ocupase de atenderlas. La curiosidad le pudo y abrió el paquete. Sostuvo entre sus manos esa delicada tela. El mayordomo, al ver lo que su patrón tenía en las manos, se marchó a toda velocidad con un evidente sonrojo.

Lancaster no se lo podía creer. El camisón era de una seda tan fina y suave que casi se podía confundir con la piel. En la parte alta tenía unas transparencias que seguramente dejarían los senos de una mujer a la vista. El camisón continuaba con seda, hasta que llegaba a la parte que debía cubrir la entrepierna de la dama, allí era de nuevo era totalmente transparente.

Se le secó la garganta al imaginar a la belleza rubia con ese atuendo puesto. La erección que se le disparó, le dolió tanto que tuvo que volver a colocar ese indecente camisón en la caja y olvidar que alguna vez lo había visto.

¿Qué se proponía ella? ¿Pretendía seducirlo para que él volviese a estar cegado? No mentiría si confesase que le gustaría mucho ver algo como eso.

Subió las escaleras de dos en dos y dejó la caja, recompuesta lo mejor que pudo, sobre la habitación de ella. Se fijó, cuando entró en la habitación de la condesa que la puerta que comunicaba con su propia alcoba tenía una silla y dos sillones tratando de atrancar la entrada.

Decidió no pensar demasiado en esto y pidió un baño. La cena se preveía interesante y los postres aún más. Si ella pensaba jugar al juego de la seducción, él sería un digno contrincante.

Y con esta idea comenzó a vestirse y a las ocho en punto estuvo listo para que le sirvieran la cena. La bruja rubia no había dado signos de vida. ¿Dónde estaría su esposa?

El conde se molestó. Se negaba a que una mujer rigiera todos sus pensamientos. ¡El no iba a estar aguardando como un perrito faldero a que ella regresase! Pidió que le sirvieran los alimentos y cenó con un gran enfado. Apenas probó bocado. ¿Dónde estaba su esposa?

Y justo cuando volvía a hacerse esta pregunta, la aludida entró por la puerta.

—Buenas noches, señora Jenkins. Estoy muy cansada, por favor que me suban una bandeja a mi habitación con lo que haya para cenar. —Oyó el conde que le decía al ama de llaves. ¡Esto era el colmo! Ella no solo se gastaba una pequeña fortuna de su dinero, sino que entraba en su casa como su dueña y señora y no tenía ni la decencia de preguntar o interesarse por él...

Arnold se levantó con tanta violencia que la silla cayó al suelo. En dos pasos estuvo en la entrada de la casa. Amanda se encontraba ya a la mitad de la escalera señorial cuando se giró para verlo.

—Ven. —Fue una orden sencilla, que pese a no haber sido dicha con un grito, tuvo el mismo efecto para la rubia.

—¿A dónde?

—Estoy cenando y deseo que mi *esposa* —arrastró la palabra— se siente conmigo a mi mesa. Es lo menos que harás después de haber gastado tan alegremente mi dinero.

Amanda contuvo la sonrisa que pugnaba por salir. Así que él ya sabía lo que había estado haciendo...

—Subiré a ponerme cómoda y cuando esté lista bajaré.

—No. Vendrás ahora mismo.

Amanda se giró decidida a seguir su camino hasta su habitación. En un momento, se vio cargada sobre el hombro de él. Chilló y pataleó para que la bajase al suelo. Lancaster lo hizo cuando llegó al comedor.

—¡Eres un bárbaro! —le gritó con furia.

—Será mejor que comprendas lo antes posible que a partir de ahora vas a hacer lo que yo te ordene. Si te pido que saltes, solo preguntarás si lo debes hacer de puntillas o con el pie llano. ¿Me has comprendido, Amanda? No te conviene disgustarme hoy más.

—¿No? ¿Por qué no? —siguió ella hablando incluso cuando él la obligó a tomar asiento en la silla cercana a la suya—. Siempre puedes ir a contentarte con la señorita Stuart.

Él la miró con intensidad. Si no fuera porque lo creía imposible, diría que la afirmación estaba cargada de celos.

—Puesto que me has costado en una tarde más dinero del que me he gastado en ella en seis años, no voy a tener que invertir también en una amante. Tú te ocuparás de mis necesidades. —Estuvo satisfecho cuando la vio removerse en la silla con incomodidad. Ese sonrojo que se había disparado en sus mejillas también era del todo increíblemente atrayente.

—No me opongo a que calme sus... A que tenga una amante. Es más, lo apruebo, no me opongo. Para mí será todo un gran alivio. —Amanda no deseaba pasar por lo que sucedía entre un hombre y una mujer. Había sorteado el asunto con éxito ya con su padre y con su difunto esposo, sería pan comido hacerlo con Lancaster también.

—Voy a cobrarle cada libra gastada, Amanda. Te aconsejo que en cuanto yo termine de cenar —se había dado cuenta de que su esposa no había tocado su plato—, subas a tu habitación y te prepares. Esta noche serás mía. Me casé contigo por un motivo: poseerte. Y va a suceder esta noche. No hay nada que puedas hacer para impedírmelo. Atrancar mi puerta no servirá, porque la quemaré si es necesario... ¿Me has comprendido?

Ella levantó el mentón en una muestra de desafío.

—Ve en busca de tu falda ligera. Ya te he dicho que no me importa. —Trató de parecer segura y nada nerviosa. Esperaba haberlo conseguido.

El conde se limpió las comisuras de su boca y tiró la servilleta a un lado. Se levantó y la miró con fijación.

—Ve a prepararte —la invitó—. Estaré contigo en cuanto me haya tomado un oporto.

Amanda se levantó y tomó una bocanada de aire.

—No me tocarás un solo pelo de la cabeza. No pienso dejar que lo hagas. Te mataré antes de que lo consigas. —La rubia subió en alto el cuchillo que no había servido para cortar la carne de su plato, porque no tenía apetito.

Lancaster se acercó a ella peligrosamente. La hizo retroceder hasta que ella quedó aprisionada con una dura pared y el pecho masculino —igual de duro que lo que tenía atrás—. La rubia llevó el cuchillo hasta la garganta de él.

—No sería la primera vez que hundo un metal en la tierna carne de un hombre. Yo si fuera usted, milord, me lo pensaría dos veces.

Lancaster la miró con atención. Ella se veía decidida y fiera a partes iguales.

—Voy a besarte. Si tienes que perforar mi cuello hazlo ahora. De otro modo te someteré a mí con caricias. No sería la primera vez que te derrites entre mis brazos.

—Solo fue porque pensé que erais otro hombre, milord. —Decidió darle un puñetazo en su

orgullo. Esa seguridad en sus dotes amatorias la molestaba.

Él se enfureció y la besó con fuerza. Amanda dio un grito que él se tragó. Arnold sentía la presión del cuchillo en su cuello. Debía enseñarle un par de cosas a su esposa.

La rubia no comprendía el poder tan extraño que él tenía sobre ella. Cerró los ojos y se concentró en el beso tan rudo que él le estaba dando. La lengua. Esa endemoniada lengua la tenía obsesionada y loca. La culpa era de esos besos húmedos que él tan bien sabía darle. Esos que su amante había disfrutado en su noche de bodas.

Amanda le dio un fuerte empujón que no consiguió moverlo ni un milímetro de su sitio. Arnold dejó de besarla.

—Voy a hacerte el amor esta noche, Amanda. —La sensual voz de él la volvió a adormecer... Casi.

—Ve a buscar a la señorita Stuart, ella te contentará mejor que yo —apostilló con seriedad.

—Por un instante me haces creer que sientes celos de mi amante. —Al menos hasta que le vinieron a la mente las palabras que ella le dijo a su hermana cuando él la sorprendió.

—Nunca. Ni en mil años estaré celosa de otra mujer porque yo te detesto.

—Podrás detestarme, Amanda, pero tu cuerpo llora cuando no te toco.

—Eso es una vil mentira —acotó enérgica.

Lord Lancaster la cargó en sus brazos. El cuchillo cayó al suelo. Amanda se sujetó de sus hombros por inercia.

—No deseo que me hagas el amor... —susurró llena de pánico. Trató de llorar desconsolada para ver si así él la dejaba tranquila. Varias lágrimas salieron. Él se las limpió con su propio rostro.

—Lo desearás —sentenció con una fuerte convicción. Vaya. Llorar no había servido de nada con él.

Amanda no sabía qué hacer. No tenía ni idea de cómo sortear la situación. La culpa era suya y solo suya por responder a sus besos... ¿Qué tenía él de especial que la anulaba cuando sus labios caían sobre los suyos?

Amanda se vio en la habitación de él y tragó saliva con terror cuando la dejó sobre la cama. Arnold sabía que debía actuar con presteza antes de que la bruja recuperase su intelecto y lo hiciera enfadar nuevamente. Si algo había aprendido en este poco tiempo sobre su esposa, era que ella ahuyentaba a las personas con su lengua viperina cuando se veía atrapada. Él no le daría una salida.

Se colocó sobre ella y comenzó a besarla. Esta vez con ternura. Los labios de su esposo se la estaban comiendo de forma tierna. La lengua se paseaba por su cuello y le hacía tener cosquillas en cierta parte de su cuerpo que nunca se había despertado. Cuando la lengua de él llegó a su oreja, Amanda suspiró. Tenía que hacer algo. Debía impedirle que le hiciera lo que él deseaba. Y esa idea se desvaneció cuando una mano —que ella no sabía cómo había llegado hasta allí— comenzó a frotar la perla que tenía escondida entre las piernas.

—Estás tan húmeda... —dijo lleno de lascivia al sentir que su mano se había empapado con su ambrosía. La castigó dulcemente un par de minutos más y sacó la mano de entre sus piernas para dar un fuerte tirón al vestido de ella. Rasgó toda la parte delantera.

Amanda chilló por la violencia del gesto, temerosa de que le hiciera daño. Miró a su lado para ver si podía alcanzar un candelabro para golpearlo en la cabeza cuando él terminó de rasgar la camisola. En estos momentos se arrepentía de no llevar corsé. Eso le habría dado el tiempo necesario para llevar a cabo la acción de atizarle y poder huir. No pudo hacerlo porque cuando la

lengua de él se enroscó en su pezón derecho, la espalda de ella arqueó mientras soltaba un gemido de pura necesidad. ¿Qué le estaba pasando? ¿Qué era este fuego que la consumía? ¿Qué extraño embrujo le había lanzado a su cuerpo para que ella se comportase así? ¡Pero si no lo soportaba y ni tan siquiera le agradaba!

Sus pensamientos no pudieron seguir adelante porque él consiguió tenerla desnuda y suspirando en un abrir y cerrar de ojos. Arnold estuvo satisfecho con su actuación. Esa pequeña arpía podría decir que no lo deseaba, pero vaya sí lo hacía... y con avaricia. Él le daría un poco más de emoción al asunto. Comenzó a besar sus labios con glotonería mientras amasaba sus pechos de forma tierna y calmada. Ella le daba tirones en el pelo perdida en las brumas de la lujuria. Estaba siendo arcilla en sus manos. ¡Seguía siendo un buen semental!

Comenzó a bajar por su vientre y a cada paso que daba, dejaba un reguero de besos muy húmedos en su piel. Deseaba marcarla a fuego con sus besos y caricias. Ella no iba a poder olvidarlo con facilidad, se juró. Llegó hasta el nacimiento de sus rizos del color del oro y se volvió loco al aspirar el aroma de su esposa. Sin pensarlo dos veces, hundió su boca entre sus suaves pliegues para comenzar a lamerla. Deseaba volverla loca. Desquiciarla con sus lamidas. Ella gritaría su éxtasis y él seguiría jugando con ella hasta que tuviera suficiente.

Amanda sabía que no estaba bien. No podía ser civilizado que la lengua de su esposo estuviera penetrando en su interior mientras uno de sus dedos masajeaba ese punto del todo desconocido que le hacía gemir cada vez más alto. ¡Oh, buen Dios! Si eso era pecado, ella estaba siendo una pecadora sin remordimiento. La lengua de él se sentía magníficamente bien ahí.

Amanda no podía parar de retorcerse. Tanto se movía, que él tuvo que sujetarla por las piernas para evitar que ella huyese de su contacto.

—Oh, oh, oh... Por Dios... —Amanda no podía resistir eso que él le hacía. Y cuando un dedo se metió en su interior gimió aún más fuerte.

La cosa se complicó cuando la lengua de él se posicionó indolente en ese punto exacto que la hacía gritar como una posesa. Y tanto se afanó en darle placer, que pronto Amanda se vio gritando, sin contención, su liberación.

Cuando el éxtasis la atravesó, aquello se sintió maravilloso. Glorioso. Sublime. ¡Santo cielo! ¿Cómo esto era así de fantástico? Amanda se mordió el labio mientras su cuerpo se quedaba laxo.

Sintió a su esposo trepar sobre su cuerpo y se abrazó a él mientras exhibía una sonrisa. Si la rubia hubiera tenido los ojos abiertos habría visto la sonrisa de suficiencia que él exhibía con orgullo mientras terminaba de desnudarla por completo.

Tan ensimismada estaba ella analizando esa fabulosa experiencia, que no fue consciente de que su marido estaba abriéndole las piernas para rematar el trabajo. Sintió el miembro de él apoyado en su entrada. Ese fue justo el momento en el que ella se dio cuenta de lo que se avecinaba. Trató de luchar con él para liberarse de su agarre.

—Tranquila, fierá mía. —Le susurró mientras trataba de contenerla.

—No, no, no... ¡No! —gritó cuando él empujó en la primera embestida.

—Ya está, tranquila... Estás tan estrecha... —Apuntó con un deje de dolor y emoción. Lo estaba apretando tanto que creyó que moriría de placer.

Amanda trató de relajarse. Comenzó a respirar pausadamente obligando a su cuerpo a cooperar en algo en lo que su esposo no iba a dar marcha atrás. Se preparó para sentir un dolor lacerante cuando él embistió nuevamente. Soltó un quejido, pero no tan grande como había previsto que sería. Había resultado ser una molestia leve.

—Para por favor —rogó con humildad. Necesitaba que él le diera unos minutos para

aclimatarse a la intrusión.

—¿Qué sucede?

—Solo un momento... Para, no te muevas.

Arnold no entendía lo que ella pedía, pero concedió su petición. Amanda respiraba con tranquilidad.

—Necesito hacerte el amor, Amanda. No puedo contenerme más. —Si no comenzaba a mecerse sobre ella moriría de angustia.

Amanda se movió para ver si la presión no ya era tan molesta. No lo fue. Él lo interpretó como una señal para reiniciar la danza.

Arnold comenzó a moverse con fuerza.

—¡Eres demasiado bruto! Por favor... —No sentía dolor, pero sí comenzaba a sentir incomodidad.

Arnold no comprendía absolutamente nada. Esas peticiones que hacía su esposa no eran las de una mujer experimentada que disfrutaba de varios amantes a la vez. Bajó el ritmo porque sí percibía incomodidad en ella.

Entonces, cuando él se meció con ternura, ella pudo dejarse llevar nuevamente. Y, ¡oh, sí! Cuando la mano de él se posó de nuevo en su centro de mujer, Amanda consiguió cerrar los ojos y centrarse en eso tan bueno que él le hacía. Estaba sujeta de esos amplios hombros que le daban una seguridad, que hasta ese momento, ella no creyó necesitar nunca de un hombre.

—No aguantaré más, Amanda. Eres demasiado estrecha. Déjate ir... Déjate ir, yaaaaaaaa —gritó mientras se derramaba en su interior con toda la emoción que sentía por estar marcándola como suya. Quisiera ella o no, era suya.

—¡Aaaaaah! —respondió ella con la misma intensidad cuando el placer la embargó de nuevo.

El conde se dejó caer sobre Amanda. Le hubiera gustado poder contenerse durante más tiempo. Bueno... tenía muchos días por delante. La próxima vez le haría otras demostraciones de su pericia como amante. Si ella era tan dada a entregarse al libertinaje, él debería estar a su altura. ¿Pero por qué diantres se había mostrado tan tímida y recatada? De acuerdo en que había gritado y respondido con intensidad a sus caricias, pero la sentía... No parecía la mujer mundana que imaginó que sería después de haber hablando con ese indeseable abogado.

Recordar a ese indeseable le recordaron las ganas que tenía de protegerla. Otra vez se enfadó consigo mismo porque ella no merecía que él hubiera hecho tanto en favor de su bienestar. Desde que la conoció, se había ocupado de verla feliz y contenta. Salió de su interior y se puso de pie.

Amanda se incorporó en la cama no sabiendo muy bien qué hacer o decir en esos momentos. La intimidad que había compartido con él no la había vivido nunca con otra persona. Si no iba con cuidado él podría volver su mundo patas arriba. Le había resultado tan fácil dejarse vencer por su esposo... Y había sido tan sublime...

—Regresa a tu habitación. Tengo sueño —le dijo sin titubear.

Cogió el vestido que estaba hecho jirones y sin rechistar hizo lo que le había pedido. Sabía que la estaba castigando, pero lo que él no llegaría nunca a saber, era que estaba agradecida por darle una salida. No le apetecía pensar demasiado en lo que acababa de suceder.

Las llamas de la chimenea le dieron una visión perfecta de la parte posterior de ella. El conde se acercó en dos zancadas y la sujetó por un brazo. Examinó la espalda de ella. Tocó la carne maltratada.

—¿Qué demonios es eso?

La rubia se sacudió de su agarre.

—Son cosas del pasado que a usted, nada le importan, milord. Si le disgustan mis heridas poco me importa. Con un poco de suerte esto le repugnaré y regresaré a los brazos de su amante y me dejaré en paz. —Levantó el mentón y se marchó hasta su habitación. Amanda trató de abrir la puerta que comunicaba ambas estancias y maldijo. Seguía atrancada.

Lo oyó reírse al ver que tuvo que salir medio desnuda, porque solo la cubría ese rasgado vestido, al pasillo. Dio un gruñido nada femenino y cuando hubo llegado afuera, Amanda se giró para mirarlo desafiante y cerró la puerta con un sonoro portazo que tal vez despertó hasta a las almas del inframundo.

Arnold se rio más fuerte esperando que ella lo oyera. Otra cosa que sabía de su esposa era que, además de ser arrogante, cuando sentía peligro destilaba veneno. Se quedó pensando en la frase espetada... ¿Sería posible que en verdad estuviera celosa? Todas las veces que le había aconsejado marcharse con Rose... Tal vez...

Y su humor se disipó como un jarro de agua fría cuando se metió en su lecho y vio que las sábanas estaban manchadas de sangre. Se miró su hombría y vio restos ahí también.

¿Era virgen? Nada tenía sentido con su esposa. Cuando se hacía una previsión de lo que ella era, la perspectiva cambiaba de súbito. Se lamentó porque no tenía al abogado para darle un par de puñetazos. La había calumniado y su esposa había sido pura.

Su pecho se hinchó de súbito a saber que había sido el único, el primero, en estar dentro de esa preciosa mujer. El hombre de las cavernas que llevaba en su interior quiso gritar de placer por el descubrimiento. El dulce amante que era, lo refrenó. Había tomado a una virgen sin tener en cuenta su comodidad y sin ningún tipo de cuidado. En su rostro se torció una sonrisa. Ella era fuerte. Otra mujer hubiera advertido que debía ser cuidadoso. Su esposa había soportado estoica la intrusión. No se había quejado ni le había recriminado su falta de cuidado. No sabía que estaba yaciendo con una virgen... ¿Qué clase de hombre sería el viejo lord Shewsbury que no había tomado a su esposa en el lecho? Un hombre con inclinaciones muy específicas. Sospechaba que la relación entre el difunto esposo de Amanda y ese abogado había sido muy íntima. Maldijo por haber llegado a creerlo tan ciegamente. ¡Pero la culpa era de ella que se lo ponía todo tan difícil!

Se lavó con un poco de agua y un paño limpio, y se puso una estúpida camisa de dormir. Le dio una fuerte patada a la puerta que comunicaba las dos habitaciones. Se abrió sin problemas. Él no era un hombre enclenque.

Amanda chilló ante la intrusión. Se asustó al oír esa especie de explosión y más cuando lo vio ir hacia ella amenazante.

—¿Por qué estás llorando? —La vio enjuagarse las lágrimas apresuradamente.

—No estoy haciendo tal cosa —dijo mientras se sonaba la nariz con fuerza. Estaba tan mortificada porque él la hubiera descubriendo llorando. ¡Si ella no lloraba!

El conde se sentó en la cama a su lado.

—No pones las cosas fáciles, Amanda. No sé bien quién eres. Creí que todo eran invenciones sobre ti. Una mujer que se veía tan dulce no podía haber cometido tantas maldades.

—¿Asesinar a mi anterior esposo? Ojalá lo hubiera hecho. —El dolor que había ahí no le pasó desapercibido al conde.

—Necesito saber quién eres, Amanda. Nos guste o no, somos un matrimonio. Las cosas irán mejor si comenzamos a hablar.

—¡Yo no quería casarme contigo! —le espetó con fuerza.

—¿Por qué no? No me parece que te disguste gastar mi dinero, comer mi comida, ordenar mi casa —el ama de llaves le había dicho que ella pretendía redecorar varias estancias—, y por

supuesto, cuando estás en mi lecho disfrutas tanto o más que yo.

—No he disfrutado... —adujo con la boca pequeña. Ahora que recordaba que la lengua de su esposo había estado entre sus piernas sentía una vergüenza descomunal.

—Amanda. ¿Qué pasó con tu anterior marido? Una vez, cuando llegué a tu casa para pedir tu mano al esposo de tu hermana, hablaste de él en términos amigables. Me hiciste creer que era un buen hombre. ¿Te hizo él lo de la espalda?

Amanda se rio en su cara. Estaba loco si creía que los dos iban a compartir confidencias y que ella se pondría a sus pies. ¡Nunca! No confiaría jamás en un hombre. Todos ellos le habían fallado. El único que se había portado bien con ella había sido el esposo de su hermana, y Amanda disfrutaba haciéndolo enfurecer.

—Comprendo perfectamente que tendré que hacer concesiones como la que he hecho esta noche para que siga pagando mis lujos. ¿Qué asignación me dará si sigo satisfaciéndolo?

Él la miró con furia y se recordó que ella pretendía sacarlo de sus casillas.

—Creo que debería ser yo quien le cobrase a usted, condesa, mis favores, porque le he dado tanta satisfacción, que por un momento creí que me dejaría sin pelo en mi cabeza. —Lo dijo sin acritud, incluso con un poco de diversión. Su esposa no iba a conseguir molestarlo.

Ella ahogó un gruñido. Era cierto que le había dado muchos tirones, pero no estaba bien que él recordase algo tan inapropiado.

—Le he dicho que puede volver con su amante en cuanto lo desee. Su cabello se verá protegido de mí, si decide hacerlo.

Lancaster se levantó y vertió agua en una jofaina. Hundió un paño de lino. No iba a discutir más. Intuía que ella le diría siempre la última palabra.

La rubia lo miró con atención. ¿Qué se proponía él?

La tumbó sobre la cama sin miramiento y le abrió las piernas.

—¿Te has vuelto loco? ¿Qué pretendes? —Amanda comenzó a luchar contra él. Volvió a buscar algo que agarrar para lanzárselo sobre la cabeza.

—No voy a hacer más uso de ti esta noche. Cálmate y deja que te atienda. Debiste decirme que no habías conocido a un hombre. Hubiera podido ser menos rudo. —Esa mujer era terca, pero él era el rey de los tercios.

Cuando la humedad y frescura del paño se posaron sobre su zona íntima respiró con alivio. Se relajó.

El conde repitió esa acción tres veces más y ella se dejó llevar dócilmente.

—¿Vas a contarme porque una mujer que ha estado casada sigue siendo virgen y tiene esas marchas en su espalda? —preguntó en tono severo.

—Antes que contestar a eso, el infierno se congelará, milord. —Sus secretos eran suyos. No los compartiría con nadie.

—El señor Smith no volverá a molestarte. Ya me he ocupado de él —apuntó mientras se incorporaba. Ella se quedó con la boca abierta.

—¿Qué te ha contado? —inquirió con temor. Una sensación que no pasó desapercibida para él.

—Mentiras. —Amanda no comprendió lo que él acababa de explicar pero decidió no preguntar nada al respecto—. Sabré la verdad de lo que eres por tu propia boca.

Amanda se rio con ganas.

—Después de lo que ha visto y oído sobre mí, milord, si cree que podrá obrar algún tipo de milagro con la pobre y desvalida viuda... —Ella volvió a reír—. Siga soñando. Puedo ser mortalmente venenosa, creí que a estas alturas ya se habría dado cuenta.

Él le ofreció una sonrisa brillante. Eso la enfureció todavía más.

—Hubo una vez, una muchacha que llegó a dejar escapar flatulencias delante de mí, con el único fin de ahuyentarme. Hizo cosas aún más desagradable para tratar de que yo no le prestase atención. Lejos de echarme atrás, me propuse conquistarla a toda costa. No es tan fácil quitarme una idea de la cabeza, condesa.

—Me temo que no lo consiguió. Debo recordarle que usted, milord, fracasó estrepitosamente, puesto que está casado conmigo.

Él cabeceó afirmativamente.

—Tienes razón en parte. La hubiera convertido en mi esposa y esa dulce joven hubiera sido feliz a mi lado. Por hacerte mi esposa, fue por lo que tuve que dejar de lado mis planes. Yo nunca dejo a medias algo que empiezo.

—Yo no deseo nada de usted, milord.

—¿Mi dinero y mi título tampoco? —Él levantó una ceja al hacer la pregunta.

—Eso ya lo poseo. Soy su esposa y es su obligación proveerme de todo cuanto necesito.

—Una orden mía y ninguna tienda aceptará tus pedidos. Otra orden mía y no acudirás a ninguna fiesta respetable. Soy un hombre justo y paciente. No hace demasiado que en un arrebato de honestidad, eso de lo que tu careces del todo, te expliqué el tipo de hombre que yo era. Te di la oportunidad de no aceptarme y tú batiste tus pestañas y sonreíste dulcemente asegurando que deseabas este matrimonio. Estamos encadenados.

—¿Y de quién es la culpa? Yo mentí una vez. Tú nos obligaste a recitar nuestros votos, ayer. Lejos de comportarte como un buen esposo, me dejaste en mitad de la sala para gritar que te marchabas a fornicar con tu amante. —Le gustó que ella volviese a nombrar a Rose. Estaba celosa. Él lo sabía. Se reprimió de hacer esa observación porque ella lo negaría hasta la saciedad.

—¿Y de quién fue la culpa de que yo me pusiera de malhumor y quisiera castigarte?

—¡Era una conversación privada que no tenías derecho a escuchar! —La formalidad se le quedó atragantada en la garganta y decidió prescindir de ella por completo. Ciertamente lo que ella habló con Samantha debió haber sido una confidencia que no debió escuchar.

—Cuando me disgustan, respondo con todas mis armas. Harás bien en recordarlo, Amanda. Debería darte una buena zurra por haber insinuado en medio de tu boda que ibas a tomar un amante... —Ella se quedó con la boca abierta—. Ni sueñes con que algo como eso ocurrirá, más ahora que sé que no habías sido nunca de otro. Me perteneces y yo nunca, jamás, comparto lo que es mío.

—Y tú deberás aprender a que respondo con toda mi artillería cuando me obligan... —No se iba a disculpar por haber dado a entender que buscaría un amante. De él fue la culpa.

—No te conozco mucho, querida. Salvo por los gemidos que ofreces al calor de mis dedos, mi lengua y mi hombría, poco más sé de ti. Pero sí soy lo suficientemente inteligente para comprender que tu ira no es demasiado difícil de despertar. —Ella abrió la boca para responder. Él le puso una mano frente a su rostro para frenarla—. Ahórratelo, porque esta batalla no la vas a ganar. Por cierto, esto —él sujetó el paquete que estaba en el borde de la cama—. Es de mi total agrado. Encarga un par más de ellos. Mañana por la mañana regresaré a tu habitación para vértelo puesto. Buenas noches, esposa. Ah, no te molestes en volver a atrancar la puerta porque desde ya mismo, no vas a tener intimidad. Esta puerta va a desaparecer justo mañana. Siéntete libre de acudir en mi busca cada vez que necesites que te haga el amor. Yo pienso hacerlo contigo.

Amanda se quedó observando su marcha con el ceño fruncido. ¿No iba a volver a colocar la puerta en su lugar? Y la pregunta quedó contestada cuando él descolocó la madera de las bisagras

y la puso a un lado. Amanda resopló con fuerza por la falta de civilización de él.

Miró el paquete al que él se había referido hacia unos minutos. Lo abrió y cuando vio ese indecoroso camisón sintió sus mejillas arder. ¡Ahora él pensaría que ella deseaba seducirlo con ese atuendo tan... tan...! ¡Inapropiado! Era del todo escandaloso. Maldijo a la modista. Comprendía que la francesa habría querido ayudarla, pero con esa intromisión, él pensaría que había estado todo el día ideando en la mejor forma de atraparlo en la cama...

Se tapó la cara con ambas manos sintiendo una vergüenza que le daba ganas de llorar.

¿Por qué él se tenía que comportar tan bien con ella cuando solo le había dado signos evidentes de molestia?

Amanda se durmió pensando en cómo se lo sacaría de encima para poder llevar una vida lejos de él. Con un poco de suerte, ella daría con algo que pudiera hacer para enfurecerlo y al final se desembarazaría de su esposo.

Y antes de que amaneciese, unos besos sobre sus pechos la despertaron entre gemidos. Amanda se negaba a abrir los ojos porque la sensación era del todo cálida. Cuando sintió una intromisión en su ser, fue cuando se tuvo que despertar.

Lo escuchó, frente a ella, gemir y suspirar mientras la miraba con fijación.

—Si te duele pararé, pero deseo volver a hacerte el amor. Créeme que he tratado de contenerme todo cuanto he podido, pero no lo soportaba más. Te necesito.

—Uhm —no podía hablar. Entre el sueño y las caricias no estaba en pleno uso de sus facultades. Él decidió tomar la contestación de ella como un «sí».

Los dos, juntos, llegaron una vez más al éxtasis y no fue la única vez. Antes de que saliera el sol, él la tomó dos veces más. Amanda no se resistió.

Capítulo 8

Una huida sin pensar

Puesto que Amanda no quería ni su comprensión ni su cariño, y mucho menos que la anulase, como ocurría cuando le hacía el amor, decidió que lo enfurecería para ver si así la repudiaba y la dejaba a su aire. No es que no le gustase yacer con él. Fue todo un descubrimiento, pero ella sabía que tarde o temprano él le haría daño de un modo u otro —todos lo hacían— por lo que lo mejor sería seguir blindando su corazón como había hecho durante tantos años. Entonces se le ocurrió hacer lo que mejor sabía: enfurecer a las personas que la rodeaban.

Se levantaba cada mañana decidida a poner distancia entre ella y su marido. No estaba bien que ella tratase de mantenerse cuerda durante el día y le presentase sus mejores insultos y ofensas, y él no se enojase lo más mínimo. Tampoco era correcto que por la noche ella se derritiera con sus besos y caricias, pero es que...

Estaba indecisa porque esa vida que él le estaba ofreciendo no estaba tan mal como para echarla a la basura con tanta rapidez. ¿Y si él no le hacía daño como le había ocurrido con el resto?

Por primera vez en su vida ella no sabía bien qué hacer con respecto a las cosas que él había despertado en su interior. Era un hombre diferente. Tan decidido. Lo supo en cuanto ella le puso sal en el té y él se rio. Por descontado, él, al día siguiente le puso pimienta en su té con leche. No era tan fácil molestarlo como previó.

Esa noche deseaba ir a algún evento importante. Quería mostrar el precioso vestido que le habían entregado en casa. La francesa se merecía cada libra que su esposo pagó. Era rojo con ribetes dorados. Tan escandaloso como su propia belleza. Había tenido otros vestidos de ese color, porque era su favorito, pero nunca uno tan fino y elegante. Se veía tan caro... Deseaba ser la envidia de todas las damas de la alta sociedad.

Se acercó a su despacho para decirle lo que deseaba. La puerta estaba entreabierta. Su esposo se estaba entrevistando con un hombre.

—¿Has averiguado algo? —oyó Amanda que preguntaba el conde a su invitado.

—Me temo que no. No hay nada sobre ella que sea destacable.

—No debí enviar al señor Smith a las Indias con tanta prontitud, tal vez hubiera podido sonsacarle más información.

—No tiene caso preocuparse por eso ahora. No hay nada que podamos hacer. ¿Puedo saber por qué es tan importante que obtengas información sobre tu esposa si puedes preguntarle directamente a ella? —El hombre de confianza del conde no comprendía el proceder del conde.

—No es asunto tuyo.

—Como quieras. —El señor March se levantó de la silla—. He enviado ese collar de diamantes a la señorita Stuart, tal y como querías. Desea verte.

—Sí. Me ha enviado una nota. Iré esta noche a verla sin falta. —No lo apetecía ir, pero Rose no era muy diferente a Amanda, si no le daban lo que pedía, podría ser una complicación. Seguramente ella querría comprobar que él estaba bien. La última vez que se vieron las cosas fueron extrañas entre ambos.

—Hazlo. Ha amenazado con venir a tu casa si no ibas a verla. Debes ser un auténtico...

—Maaaarch —lo llamó al orden Arnold interrumpiendo su apreciación. El secuaz del conde se sonrió.

—Debes ser un portento, si una mujer amenaza con venir a tu casa, donde vive tu esposa, para meterse en tu cama... —El hombre se rio con ganas mientras salía de la habitación.

Amanda se dio media vuelta y subió hasta su habitación. El sueño había durado ya suficiente. Ahí estaba la prueba de que todos eran iguales. No se podía confiar en nadie. Si su propio padre, que le había dado la vida, había resultado ser un gusano lascivo... ¿qué no serían los demás?

Necesitaba un plan que terminase con todo lo que él se empeñaba en construir porque sola estaba protegida y mejor. En estos momentos, los celos se la llevaban a los infiernos y ella nunca había sentido celos de nadie. ¡Ella era la bruja de hielo!

Así que esa misma mañana hizo un pequeño baúl y salió de la casa sin dar instrucciones a nadie. Tomó un collar de zafiros que él le había regalado y fue directa a venderlo. Alquiló un carruaje en la plaza y puso rumbo a un lugar donde su esposo no la localizaría jamás.

Por la tarde, cuando llegó a la casa del conde de Exeter, de Frederick, su antiguo pretendiente, lo hizo perfectamente consciente de lo que deseaba hacer. Poco se notaba que había sido una mujer a la que le repugnaba la seducción, porque últimamente no podía pensar en otra cosa que en experimentar el éxtasis.

¡Qué se quedase con su amante! Esa señorita Stuart lo abrazaría y lo besaría y... Amanda dio una fuerte patada contra el suelo de la entrada justo cuando le abrieron la puerta.

Un lacayo le dio la bienvenida a la casa. Se veía tan destartada por fuera como lo estaba por dentro. Se alegró de no haberlo tomado por esposo. Desde que Lancaster había puesto todo ese lujo a sus pies, y pese a que hacía poco que ella disfrutaba de esas excentricidad como condesa, no creía que pudiera volver a vivir siendo una mujer sin recursos.

Amanda exigió ver al conde de Exeter en el acto. Volvía a ser una auténtica arpía, una actitud que jamás debió haber dejado de mostrar. ¡Demasiado débil se había vuelto por culpa de su esposo! Tuvo que haberle mordido en sus partes cuando la incitó a tomarlo con su boca... Daba igual. No volvería besarla jamás. En ningún lugar de su cuerpo. Ella se ocuparía de que así fuese.

—Buenos días. —La saludó una voz de mujer. Amanda estaba junto a una ventana admirando el bonito paisaje que se veía fuera. Al oír una voz femenina se dio la vuelta.

Observó con detenimiento a la que había sido conocida como *lady* Briana Pierce. La vio tan bonita y segura de sí misma que hirvió de furia. Ella se hubiese podido casar con Frederick... Gobernarlo hubiera sido sencillo. ¡Y ella no estaría ahora celosa y furiosa por culpa de un hombre! Esa morena de ojos verdes tenía toda la culpa... ¡Toda!

—Así que es verdad. Eres la nueva condesa de Exeter. Hay que ver lo que has progresado. Angela debió hacer un buen trabajo contigo si una niña silenciosa y sin atractivos ha conseguido escalar tan alto. —La nueva condesa de Exeter pensó que esa mujer mostraba su lengua afilada con todo el mundo. La conocía desde su juventud porque la había oído destilar su veneno demasiadas veces sobre Frederick.

—¿Qué puedo hacer por usted, *lady* Shewsbury? —Briana consideró que sería cortés, porque ella sí era una gran dama.

—Como he dicho, he venido a ver a Fredy. — No quiso desvelar que ella también se había casado y que era condesa de Lancaster. Además, la rubia decidió usar el apelativo que había usado alguna vez con el conde de Exeter cuando él la pretendía. Estuvo satisfecha cuando la vio apretar los labios. Al fin podía desquitarse con alguien su enfado. ¡No era justo que los demás fuesen felices cuando ella estaba tan furiosa! ¡La culpa era de su marido! Él lo había estropeado

todo y Amanda estaba decidida a terminar con esa tontería de matrimonio.

—Mi esposo no está en casa.

—Interesante que tu esposo te abandone nada más contraer nupcias —dijo más para ella que para sí. ¿Podría conseguir un amante? Era lo que se merecía este hombre que le había hecho sangrar el corazón. No lo reconocería ni en sus adentros, pero él la había herido y la cosa solía suceder al revés: era ella la que inoculaba veneno.

La condesa de Exeter, Briana, respiró para serenarse y tomar aire. Conocía mucho a la rubia y sabía que ese era su juego: herir. Trataría de no mostrarse insegura porque la antigua mujer por la que su esposo, Frederick, suspiraba en el pasado, estuviera en su casa.

—¿Qué puedo hacer por usted?

—He dicho que he venido a hablar con Fredy —Amanda deseaba verlo a él. A su antiguo pretendiente. Ese del que se dio cuenta que quería cuando ya no lo tenía a su alcance. Tal vez si lo viera, renacería en su corazón algo que la hiciera sentir menos desdichada por la traición de Lancaster. Un momento. ¿Traición? ¿Por qué estaba considerando que su esposo lo había traicionado al volver a ir en busca de su amante? Dejó ese pensamiento a un lado porque no le interesaba examinarlo.

—Y yo le he explicado que mi esposo no está. —Unos celos descomunales embargaron a la condesa de Exeter.

—Entonces esperaré a que regrese. Haz el favor de decir a alguien que suba mis pertenencias a una habitación decente. —No iba a tratarla con formalidad porque la conocía desde hacía años y no le apetecía usar el título para dirigirse a ella. Estaba siendo descortés, pero no sería ni la primera, ni la segunda, ni la tercera... ni la última vez que lo sería.

Como no podía volver a su casa, decidió que se quedaría en ese lugar. Esperaba que la habitación que le ofreciese estuviera en mejores condiciones que el resto de la casa. La salita donde se encontraban conversando estaba decentemente arreglada, pero el resto... ¡Si la barandilla de la escalera tenía un aspecto lamentable...!

—¿Bajo qué pretexto pretende, usted, quedarse en mi casa?

Amanda debía reconocer que no hubiera esperado a que la morena le plantase cara. Sin lugar a dudas, Angela la había instruido bien. Pero ella era la reina de las brujas y no se lo iba a poner fácil.

—Soy una amiga íntima —hizo hincapié en este aspecto—, de tu esposo. No necesito más y hasta donde yo sé, esta es su casa.

La rubia observó a la condesa de Exeter poner su mente a trabajar. No tenía la menor idea de lo que estaría pensando. Creyó que la iba a echar a la calle. ¿Dónde iría si esto sucedía? Con el traidor de su marido no regresaría. Con su hermana todavía menos... Acabaría bajo un puente... ¿Y si volvía a su casa y le pedía perdón al conde por haberse escapado? Todos esos preciosos vestidos que no podría ni estrenar ni vender...

—Te acomodaré en una habitación. —*Lady Exeter* le hizo dar un suspiro de alivio cuando le dio la bienvenida. Bueno no es que fuera una bienvenida, pero al menos esa noche tendría un techo sobre su cabeza.

Amanda bajó a cenar e ideó la mejor manera para molestar a la morena que se había quedado con el hombre con el que ella pretendía casarse. De paso, también trataría de molestar a Frederick por no haberla atendido como debió haberlo hecho en el baile de lord Kensington. Así que tomó su lugar en la cabecera de la mesa. Vio a los lacayos y al ama de llaves ponerse nerviosos. No le dijeron nada. Sonrió. Seguía teniendo su punto. La veían tan malvada que nadie se atrevía a llevarle la contraria. ¿Qué había de malo en que una mujer solo mirase por su bienestar? Si no era ella la que velase por sí misma, ¿quién lo hubiera hecho? ¿Su padre que le hacía cosas inapropiadas y la maldecía por su belleza tentadora...? ¿Su difunto esposo que había tratado de obligarla a yacer con su propio amante?

—Ya iba siendo hora. Estoy muerta de hambre —señaló la rubia cuando vio a Briana llegar y mirarla con molestia.

—Discúlpame. —*Lady Exeter* se lamentó por, encima, haberse disculpado.

—¿Dónde está Fredy? Entiendo que no quiera bajar... —Amanda revisó de arriba abajo a Briana, no había competencia ahí, que la repudiasse iba a ser pan comido. En cuanto su conde la viese ataviada en ese descarado y precioso vestido rojo que colocó en su bolsa antes de huir de su casa, iba a querer deshacerse de la insípida de su esposa. Ella iba a conseguir un amante y Frederick era la opción más sensata.

—Mi esposo se está adecentando. Bajaré enseguida.

—Espero que le dijese que yo estoy aguardándolo. Comprendo que si no lo sabe pueda tener la tentación de pedir que le suban la cena a su habitación.

—Paciencia. —Le pidió la condesa... ¡cómo si Amanda entendiese el significado de ese término!

—Aguante es lo que él debe estar pidiendo por tener semejante esposa. —La rubia deseaba hacer enfadar a todo el mundo. Si ella estaba furiosa, deseaba que el resto estuviera igual. Era un pensamiento egoísta. No le importaba.

—Buenas noches. —El conde de Exeter hizo su aparición estelar y apareció más pulcramente vestido que nunca.

Amanda lo repasó de arriba abajo y se animó al ver que él se había adecentado con esmero. ¿Lo habría hecho para recibirla a ella? Sí, seguro que sí. Ese hombre siempre había estado bajo su yugo. Amanda consideraba que tenía la mitad de la batalla ganada. Siempre había sido capaz de manejar a los hombres a su antojo... Bueno, menos a Lancaster, y en especial a este, que en estos instantes le parecía muy atractivo. La guerra lo había vuelto... no sabía cómo definirlo, pero todo en él era peligroso, soberbio.

El conde se quedó pasmado cuando vio a dos preciosas mujeres sentadas a su mesa. Frederick miraba a una que estaba sentada en su sitio y a otra que estaba de pie examinándolo como si fuese la primera vez que lo viese. Decidió centrarse primero en la atención de su esposa, ¿por qué lo miraba tan expectante?

Entonces regresó la mirada curioso hacia la otra mujer que ocupaba la cabecera. Enfocó la vista.

—¿Mandy? —graznó con incredulidad.

—¡Fredy! Me alegro de verte. —Ella se levantó rauda, se dirigió hacia él para darle un abrazo y un sonoro beso en la mejilla. Era un gesto del todo audaz, pero esperaba que eso enfureciese a su esposo. Bien. Sí. Lancaster no estaba ahí para ver lo que ella estaba haciendo, pero al menos ella se contentaría por haberle dado una muestra tan íntima a otro hombre. El muy malvado estaría

a estas horas en los brazos de su amante. Amanda quiso coger una fina copa y lanzarla al suelo. No lo hizo, porque si comenzaba no pararía y arrasaría con los pocos enseres que tenían los condes de Exeter. ¿Tan pobres eran que no tenía dinero suficiente para tener una casa adecuada?

Tal vez debería replantearse su plan inicial y marcharse. La rubia vio que la esposa de él tomaba asiento en su lugar y permanecía cabizbaja. Bueno, al menos no era la única que tenía dolor en su corazón... ¿Dolor en su corazón? ¿Por un hombre? ¿De dónde salían esos pensamientos? Los echó a un lado. Lo importante era que no estaba siendo la única que estaba triste en esa casa. Este hecho la consolaba de alguna manera...

Y le gustó ver que el carmín de sus labios se quedó marcado en la mejilla de Frederick y que la condesa de Exeter lo miraba disgustada. Si ella no era feliz, nadie tenía derecho a serlo. De nuevo un pensamiento del todo egoísta, pero es que... es que... ¿no era justo! ¡Nada era justo!

Dejó a Frederick tomar su lugar en la cabecera de la mesa y ella se colocó al otro lado. Decidió molestar más a la condesa porque esa era la única manera de no pensar en su corazón lacerante. ¡Maldito fuera Lancaster por hacerla sentir vulnerable y celosa!

Deslizó su mano sobre la de él en un gesto íntimo lleno de audacia.

—Oh, Fredy, disculpa, me pareció que tenías una pelusita. Por cierto, nunca me fijé en las magníficas manos varoniles que tenías. Se ven tan fuertes. —Mandy comenzó a batir sus pestañas, coqueta. Sacó su abanico—. ¡Oh, qué calor! Debe ser por la grata compañía... —Amanda le guiñó un ojo a él.

Lady Exeter esperaba que su esposo hiciera algo al respecto. Fredy —como lo llamaba la boba de Amanda— no hizo nada para llamarla al orden y frenar ese inapropiado coqueteo que estaba teniendo lugar en sus mismas narices.

—Disculpádmeme. Hoy he tenido un día demasiado ajetreado. Tengo jaqueca. Creo que será mejor que me retire. Disfrutad de la cena.

La esposa de Frederick se fue sin mirar atrás.

—Briana. —Se levantó Frederick dispuesto a seguirla. Anduvo unos pasos.

—Fredy, déjala que se marche. —El coronel enfocó sus ojos en la rubia.

—¿Qué haces en mi casa interpretando todo este paripé?

—Vamos, querido, no disimules más, la sosa se ha ido a dormir. No tienes que seguir fingiendo que no te alegras de verme.

—No me alegro de verte, Amanda.

—Permíteme que lo ponga en duda. —Él no podía haberla olvidado con tanta facilidad.

—Recoge tus cosas y márchate de mi casa.

Mandy se quedó quieta y lo examinó. ¡Por Dios! Él lo decía en serio... ¿Sería de esos hombres raritos a los que le gustaban otros...? Ella era una belleza y nadie la despreciaba... Al menos nunca había sucedido algo como eso. Bien, si su atractivo no iba a funcionar porque el bobo de Fredy parecía haberse enamorado de la insípida, apelaría a los lloros. Ese truco no lo había tenido que usar más que una vez con el maldito Arnold, quien a esas horas estaría disfrutando con su amante, y ni aún así sirvió...

—¡Oh! —Rompió a llorar desdichadamente.

Frederick se quedó quieto. Nunca había hecho llorar a nadie.

—Yo... —el conde no sabía qué decir.

—Oh, oh... siento mucho... siento mucho —hipó y sollozó—, vine en busca de ayuda. —Se sonó desesperada—. Oh, lo siento... yo...

—Amanda, no llores, te lo suplico. Siento haber sido tan duro. —El conde regresó a la mesa

donde ella permanecía de pie apoyada con las manos y le pasó una mano por la espalda.

La rubia comparó el contacto de Frederick con el de Lancaster. No se sentía igual. Maldijo porque incluso en esos momentos ella estaba imaginando que esas manos que le daban consuelo por sus falsos lloros, eran las de su esposo.

—Lo siento... No sabía... estoy...

—Tranquila, Mandy. —La consoló porque no podía ver llorar a nadie y menos a una mujer.

—Estoy en problemas y he tenido que huir de Londres. No tenía a nadie a quién recurrir y pensé que un buen amigo me permitiría cobijo.

—¿Qué te sucede? —Él estaba realmente preocupado.

—Un hombre me asedia. —No era mentira del todo. No había conocido a nadie tan insistente jamás. Lancaster no solo le había dado ilusión, sino que había matado la esperanza de... de... del algo que ya no sería porque ella no confiaría jamás en él.

—¿Quién?

—No, no puedo... —Volvió a sollozar.

—Está bien, está bien...

—Pero es que estoy recién casado, Mandy... —Frederick necesitaba intimidad con su esposa porque las cosas no estaban bien y le daba en la nariz que la intervención de la rubia complicaría más todavía las cosas con Briana.

—¡Oh, encima molesto! —Volvió a llorar más angustiosamente—. Estoy sola en este mundo, nadie me comprende, nadie se apiada de mí... oh, oh, ¿qué haré? No tengo a dónde ir... —Comenzó a lamentarse como una actriz.

Amanda se sentó en su asiento tramando qué hacer. Se volvió a levantar y comenzó a andar por el lugar para marcharse ofendida.

—Dios mío, no me siento bien, Fredy...

Se tambaleó de lado a lado al tiempo que lo dijo. Calculó cuánto tramo necesitaba para caer con gracia y que él pudiese sujetarla entre sus brazos. Esperaba que ser cojo no fuese un impedimento para ayudarla o acabaría sobre el duro suelo.

Frederick se apresuró a ir a por ella y cogerla en cuanto la vio tambalearse. Sacó toda su fuerza para poder cargarla. Mandy siempre fue una mujer delgada y no demasiado alta. Eso era una ventaja para un hombre que tenía un problema en su pierna.

—¡Rápido! Señora Finley. Indíqueme cuál es la habitación de *milady* —ordenó cuando en el recibidor se cruzó con el ama de llaves.

—Por supuesto, milord.

Amanda hizo una mueca que esperaba que él no hubiese visto. Esos brazos no eran los de su esposo. ¡Frederick no era su esposo! Amanda quiso gritar de impotencia. Lo deseaba. No lo amaba, pero sí que deseaba que sus brazos la sostuvieran y que sus besos la calmasen. Que sus caricias la volvieran loca. Él le aseguró que no perdía ninguna batalla, y a las primeras regresaba a la cama de la señorita Stuart. ¡Mentiroso!

—¿Me has llamado mentiroso? —preguntó Frederick mientras la dejaba en el suelo.

Amanda abrió los ojos y se sostuvo por su propio peso en cuanto ingresaron en la habitación.

—¿Lo he dicho en alto?

—Sí. Yo te he oído decirlo. Mentiroso es la palabra que has dicho. —Frederick no entendía que estaba sucediendo con la rubia. Si ella lo despreciaba... ¿qué hacía en su casa y tratando de flirtear con él?

Amanda suspiró. No tenía sentido nada de lo que había ideado.

—No lo decía por ti. Tengo un problema con un hombre que... —No sabía cómo seguir la explicación.

—¿Por el que llorabas antes?

—Los dos sabemos que no estaba llorando y que ni tan siquiera me he desmayado.

—Eres una mujer muy compleja. Siempre lo has sido.

—Una arpía.

—No es lo que yo he dicho. —Ante todo era un caballero.

Amanda sacudió los hombros mientras lo miraba. Él había cambiado, pero ella también.

—No me importa. Todo el mundo lo dice y me gusta ser como soy. Es una buena defensa para que no me hagan daño. Incluso ante la gente que me quiere, tú deberías saberlo mejor que nadie.

—¿Qué haces en mi casa? ¿Por qué has venido? —preguntó Frederick más calmado.

—La verdad es que sí estoy huyendo de un hombre que me ha hecho daño.

—¿Quién? —Su llama caballerosa volvió prenderse

—Eso no es relevante. Si debo ser sincera por una vez en la vida, debo confesar que vine con la idea de verte y saber qué sentía por ti.

—¿Por mí? Te recuerdo que me tiraste el anillo de mi abuela a la cara porque no era digno de ti.

Ella se rio con ligereza.

—No es como si todo el mundo no te avisase, y tú lo vivieras en tus propias carnes. Yo era malvada, no era un secreto. Creo que eso fue lo que te atrajo de mí. Siempre tuviste complejo de héroe. Tal vez quisiste salvarme una vez.

—Yo creí que te amaba, pero no era así —tuvo que confesar.

—Lo sé. Cuando supe que te habías casado, deseé haber sido yo.

—¿Por qué? —preguntó con los ojos como platos.

—No creas que era porque descubrí mi amor por ti. No. Estaba harta de ser una carga para mi hermana y tú habías sido el único hombre que me transmitió seguridad. Sabía que siempre podría confiar en ti. Cuando supe que habías heredado al fin el condado, me dije que serías mío.

—Siempre quisiste ser condesa. —Aún recordaba lo disgustada que ella se mostró al descubrir que él no era el heredero del título en aquel momento, sino su hermano que todavía no había fallecido.

—Sí.

—Todavía no me has dicho el motivo de tu visita.

—Vine buscando un amante.

—¿Cómo dices? —Exeter casi se cayó al suelo ante esa revelación.

—Es complicado, pero contigo siempre fue fácil hablar y mostrarme como era en realidad. Creo que tan solo tú soportabas mis faltas y salidas de tono. Es tarde para ello, pero debo decirte que siento mucho lo que te hice. —Estaba siendo sincera.

—Creo que me has complicado mucho las cosas con mi esposa esta noche.

—Eso no lo siento. Ella se veía feliz y no deseaba que eso sucediera mientras yo no lo era.

—Tan modesta y comprensiva como siempre —ironizó Frederick mientras negaba la cabeza.

—Me quedaré unos días. No te daré más problemas. Luego veré qué hago. —Había desesperación en su voz. El conde se preocupó hasta que recordó que no era un hombre libre.

—No creo que sea una buena idea. Debería marcharme de inmediato de tu habitación. Las cosas con Briana se complicarán mucho.

—La puerta está abierta, no estamos haciendo nada indecoroso. Te prometo que no saldré de

mi habitación. Solo un par de días. No me he portado bien contigo. Lo reconozco y te pido disculpas, de nuevo. Pero de verdad que necesito que me des cobijo un poco de tiempo hasta que decida qué hacer con mi vida. —Amanda sabía que no merecía ninguna concesión, más cuando había protagonizado todo aquello en el comedor esa misma noche con Briana mirándolos.

—Amanda, nunca he podido decirte que no. Eras malvada y yo siempre regresaba a tu lado. No soy el mismo hombre. Estoy enamorado de mi esposa. No hagas nada que la lastime o yo mismo te echaré de aquí.

—Gracias.

—¡Vaya! —Frederick silbó con fuerza.

—¿Qué? —preguntó al ver que él hacía esa afirmación y extraño gesto.

—No creí que viviría para oírte decir esa palabra y menos que te disculparías conmigo.

—Ni yo que alguna vez haría algo como lo que has dicho. —Confesó mientras él se marchaba de su habitación.

Vio una sombra pasar por delante de la puerta y comprobó que el ama de llaves había estado al acecho. A buen seguro, Briana recibiría un informe sobre lo sucedido.

No mentía cuando habló con Frederick. Volver a verlo había sido esclarecedor. No se lamentaba por no haberse casado con él. Él estaría bien con la hermana de lord Monty. Sí, envidiaba lo que veía en sus ojos cuando él hablaba de su esposa. ¿Desde cuándo se había vuelto tan ñoña? Primero se había visto en la obligación de darle las gracias al marido de su hermana y ahora a Frederick. ¿Qué sería lo siguiente? ¿Comenzaría a escupir arco iris por la boca cada vez que hablase?

Se durmió agradeciendo los días de tranquilidad que tenía por delante sin su esposo de por medio. Esa noche, lejos de los brazos de su esposo, el recuerdo de su padre y de su difunto esposo, regresó para atormentarla sin compasión.

El conde de Lancaster se pasó la mañana en su despacho. La dejó dormir porque ella debía estar agotada. Era un hombre muy exigente en sus caprichos amoroso. Ni tan siquiera se vio tentado a llamarla al orden cuando su esposa no se presentó a la hora de la comida. Pobre mujer. La había dejado sin fuerzas en esta ocasión. Llevaba un par de noches con una energía que ni él mismo creyó poseer. Con Rose nunca había sido así. Su pecho se infló de orgullo. Se había propuesto derruir sus defensas y lo conseguiría. Esa misma mañana, él había tocado la piel maltratada de ella. Amanda se tensó, pero permitió una caricia de él ahí. No podía sanarla, pero sí deseaba lograr su confianza y que le contase lo que le había sucedido. Esa mujer había pasado por mucho. Lo intuía. Esa dura coraza que ella revertía de hielo y veneno debía ser fruto de algo muy malo.

A media tarde, ya no aguantaba más sin hacerle el amor. Era un recién casado que se pasaba el día pensando en hundir su falo en el interior de su esposa. Y no solo eso. Él le había enseñado un par de cosas que ella hacía complacida. Estarían bien.

Llamó a la puerta. Nadie contestó. Volvió a llamar por si ella estaba haciendo una siesta. Tenía que pensar una excusa para poder salir esa noche y ver a Rose. Tal vez le diría a su esposa que tenía una reunión de negocios. Bueno ya vería.

Como no recibió respuesta, decidió entrar con sigilo y despertarla con sus labios... Con sus labios en su zona íntima. Si a ella se le ocurriese algo como eso, a él no le importaría lo más mínimo. Tal vez le sugiriese que ella se pusiera ese escandaloso camisón y que a mitad de noche lo despertase con su boca en sus miembros viril... Eso sería grandioso. La erección ya estaba más que lista para su esposa.

Vio la cama perfectamente hecha.

—¿Amanda? —Lancaster se marchó a su habitación creyendo que tal vez ella estaría en su cama... Si lo estuviera esperando desnuda sobre su lecho... «¡Que sea así por Dios!», rezó pidiendo ese milagro.

No estaba tampoco ahí.

Se colocó su miembro en una posición que no le hiciera daño y esperó unos minutos hasta que se deshinchase. Si su ama de llaves lo viese así... Cuando se calmó, preguntó al servicio sobre la dama. Nadie sabía dónde estaba su esposa. La señora Jenkins tampoco estaba en la casa. Le informaron que la mujer había ido a visitar a un pariente. Justo iba a pedir que buscasen a la aludida, cuando el ama de llaves entró por la puerta del servicio.

—¿Ocurre algo, milord? —Preguntó angustiada la mujer cuando vio a su patrón en la cocina rodeado de varios sirvientes.

—¿Dónde está mi esposa?

—No lo sé, milord. La vi salir esta mañana cargada con un pequeño baúl, justo cuando yo salía para ir a visitar a mi hermana. Le pedí permiso para hacerlo, ayer.

—Lo sé. Siga con lo de mi esposa. —La mujer afirmó con la cabeza.

—Llamé a la condesa por si deseaba que yo la acompañase a algún lugar. Es una mujer demasiado importante como para andar sola. No me oyó. Lo siento. No debí haberla dejado sola, tuve que haber ido detrás de ella, pero es que... —explicó con pesar al ver la cara de furia de él.

—¿Iba sola? —Tal vez la habían secuestrado—. ¿Parecía estar en peligro?

—No. *Milady* estaba muy bien, al menos lo parecía. También se encontraba sin compañía.

—La encontraré —se juró.

El conde salió de allí furibundo. La arpía lo había abandonado. ¿Por qué? No entendía nada, pero con Amanda nunca nada tenía el menor sentido.

El primer lugar que visitó fue la casa de los condes de Strangened. Cuando ingresó en el lugar, un sirviente lo llevó hasta el despacho del esposo de la hermana de Amanda. Lo vio ponerse de pie y parecía de nuevo nervioso al tenerlo frente a él. Lo vio un poco cambiado... como más... Se veía más alegre y con mejor aspecto físico.

—¿No vendrá a devolverla, verdad? Le aviso que no hay devoluciones posibles. —Lancaster comprendía muchas cosas. La primera, que esa arpía había convertido la vida de ese hombre en un infierno. Le estaban dando unas ganas de darle una buena tunda... Si es que cada vez que lo veía frente a él, el pobre hombre temía que la depositase de nuevo en su casa. Desde luego, la rubia podía ser una plaga. Arnold lo estaba viviendo en sus propias carnes.

Lo que comenzó siendo una atracción ferviente y de puro deseo, se estaba transformando en otra cosa que incluso a él mismo, un hombre fuerte, duro e indolente, le estaba asustando. Su esposa tenía mucho poder sobre él. Nunca debió haber dejado que eso sucediera. Lo tenía a cada rato pendiente de ella. No simplemente para hacerle el amor, deseaba su felicidad. Quería borrar esas marcas de su piel para que ella confiase en él y se dejase amar. ¿Amar? ¿De dónde salía ese pensamiento? De verdad él era tan voluble que en unos pocos días ya se veía enamorado de su esposa. No. Imposible. Él sencillamente estaba preocupando por la seguridad de su esposa. Era un

hombre influyente y tenía enemigos. No podía dejar que su condesa corriese un riesgo innecesario.

—Lord Strangened, ¿cuántas veces deberé afirmar que no pienso desembarazarme de mi esposa?

—¿De verdad desea seguir viviendo con ella?

—Es mi esposa —se tuvo obligar a volver a decir.

—¿Y sigue queriendo vivir con ella?

—Es mi esposa... ¿Dónde quiere que viva? —Arnold estaba a un pelo de perder la paciencia. Le molestaba que ese hombre pensase tan mal de Amanda. De acuerdo, sí. Él estaba furioso, y si descubría que lo había abandonado, ella desearía estar muerta porque iba a aprender una dura lección. Era un hombre justo, sensato y del que una sencilla mujer, por más bella y atrayente que fuese, no iba a burlarse.

—¿En el campo donde no pueda hacerle daño? —apuntó más para él que para el hombre que tenía delante.

—Digamos que he... perdido a mi esposa —confesó con malestar. Necesitaba saber si ella estaba ahí y lo civilizado sería preguntarlo. Porque no consideraba que fuese oportuno comenzar a revolver las habitaciones de una casa que no era la suya.

—¿Ha venido a celebrarlo? ¿Quiere una copa? —Strangened se levantó para ir en busca del decantador.

—No. Deseo recuperarla.

—¿Lo desea? —German se quedó de piedra. ¿La rubia habría conseguido engañarlo tanto como para que ese hombre no descubriese su verdadero carácter? ¡Imposible! Su lengua no tenía contención y a ella le daba igual quién fuese el blanco de su ira... Bien lo sabía él.

—¿Puede ser que mi esposa haya venido a visitar a *lady* Strangened?

—No lo entiendo.

—¿Qué es lo que no entiende, milord? —Arnold decidió armarse de paciencia.

—Dice que Amanda, digo, *lady* Lancaster, no está. Que no la encuentra.

—Así es... ¿Qué no entiende?

—Siento ser tan directo, milord pero a estas alturas no tiene caso ocultarle algo que ya habrá descubierto por sus propios medios.

—¿El qué? —Lancaster apretó los puños. Este hombre lo desesperaba.

—Su esposa es una bruja sin alma ni corazón. Nunca conocí a una mujer con semejante don para ofender con tanta facilidad. No se lo tome a mal.

Lancaster quiso gritarle. Ese hombre le hacía la confesión precisamente ahora...

—Ya pudo haberme avisado antes, milord. —No es que eso lo hubiese refrenado en su decisión de tomarla por esposa, pero habría hecho las cosas de modo diferente.

—¿Y que no se casase con ella? —inquirió con sorpresa. Ese hombre que tenía delante no era tan inteligente como el resto opinaba.

—Ya... —El conde de Lancaster comprendía muuuuchas cosas.

—Entonces la ha perdido y desea... ¿recuperarla?

—Eso es. Está aquí.

—¿A Amanda? Ella, por un milagro divino, ha salido de su vida y usted la está buscando... — Ese hombre debería pedir una plaza en un psiquiátrico. En Bedlam lo ingresarían de inmediato.

—No está en la casa. Mi hermana no ha venido a verme. —*Lady* Strangened, que venía para decirle a su esposo que los habían invitado a una fiesta, ingresó en el despacho sin llamar. Le dio una mirada de reprobación a su esposo, y German comprendió que se había metido en un buen lío.

Lancaster se giró para ver a la mujer que le acababa de hablar. Se puso de pie en el acto.

—¿Sabe dónde puede estar?

—Me temo que no. No tiene contactos ni dinero, a no ser que usted la haya provisto de fondos.

—Él negó con la cabeza. Aún no había hablado de su asignación.

—¿Dónde puedo comenzar a buscarla?

—¿De verdad va a ir en su busca? —Strangened no lo comprendía.

—¡German! —Lo regañó la condesa usando su nombre de pila. No era correcto que llamase a su esposo por su nombre si no era en privado, pero no pudo evitarlo.

—Lo siento, mi amor —dijo el conde en tono apesadumbrado.

—Encuentre a mi hermana. Si usted no la ha devuelto ya, e incluso está buscándola, estoy segura de que es el único que podrá hacerla cambiar.

—¿Qué le pasó? —inquirió rezando porque la condesa arrojase un poco de luz sobre su díscola esposa.

—Ha sufrido mucho. Amanda no es mala, sencillamente ha visto lo peor de los hombres —expuso Samy con pesar.

—¿Quién le hizo las cicatrices?

—¿Mi hermana no se lo ha explicado?

—No. No me explica nada que tenga que ver son su difunto esposo o sobre esas heridas. —Confesó con humildad. Lo había intentado, con amabilidad, con seducción, con regalos. Ella no lo dejaba entrar.

—Entonces no se ha ganado nada aún, milord —señaló con tristeza la condesa—. Me temo que está aún lejos de conseguir algo de mi hermana.

—Amanda no es una mujer fácil.

—Es una bruja. —German se dio cuenta de que había hablado en alto cuando tanto su esposa como lord Lancaster lo miraron condenándolo—. Lo siento —se disculpó aunque había dicho una gran verdad.

—Como le decía, *lady Strangened*, mi esposa no parece estar dispuesta a dar su brazo a torcer. Me temo que ha huido de mí y no comprendo el motivo.

—No se rinda, se lo suplico. —Samy no estaba sorprendida de lo que el hombre le estaba contando.

—Dígame los secretos que esconde Amanda, si no los conozco, no sé a lo que me enfrento.

—No. Juré que jamás lo diría. Tendrá que luchar por ella y ganarse su confianza. Debe ser ella quien le hable de lo que vivió. Pero lo conmino a que se arme de paciencia y a que no se deje avasallar por su desdén y su furia. Mi hermana puede ser mortal si se lo propone.

Él afirmó con la cabeza.

—La encontraré —volvió a decir una vez más. La rubia no podría huir de él jamás. Removería cielo y tierra hasta dar con ella.

Se marchó de allí sin saber a dónde dirigirse. Buscó a su hombre de confianza y desplegó todos sus efectivos. Nada. No había ni rastro de ella. Se había evaporado de la faz de la tierra. Ni tan siquiera el señor March, que era el mejor en lo que hacía, y localizar a las personas era una de sus habilidades, dio con ella. Estaba furioso y preocupado a partes iguales. Cuando diese con ella, la encadenaría. Sí. La encadenaría al poste de su cama y Amanda no volvería a ser libre de él mientras viviera.

Y su angustia no duró demasiado. Poco después de aquello, recibió noticias de quien menos se hubiese esperado. Llegó a su casa una misiva de *lady Monty*. La mujer que había orquestado

aquella trampa para que lo pescasen en compañía de su ya esposa, le indicaba que fuese a buscar a Amanda a la casa de campo de lord Exeter. Entre las cosas que le decía Angi —como el duque de York solía referirse a su antigua prometida—, le decía que era un inepto por haber perdido tan pronto a su condesa. Solo *lady* Monty sería brutalmente sincera y lo reprendería por carta sin refrenarse en sus exposiciones. Incluso la condesa de Monty se había permitido el lujo de ordenarle varias cosas que debía hacer cuando llegase a casa del conde de Exeter. ¡Menos mal que él estaba acostumbrado a lidiar con mujeres conflictivas, pues Clarise era... mejor no pensar en ella.

Lord Lancaster puso rumbo hacia el lugar donde estaba su díscola esposa para darle un buen sermón. Fue muy bien recibido en el lugar.

—Milord. —Lancaster y *lady* Exeter estaban en la salita de recibir. Esa muchacha a la que había tratado de convertir en su esposa se veía... ¿Triste?

—*Lady* Exeter. —Lancaster le hizo una reverencia justo en ese momento.

—Por favor, Anne, trae un poco de té con pastas. —Briana sería civilizada con su antiguo pretendiente. Eso y que aún sentía vergüenza cuando recordaba cómo lo había tratado en el pasado.

—Me da miedo, *milady*, que pida algo como eso, no me gustaría terminar abrasado a causa de su... ¿torpeza? —Él pareció leerle la mente cuando la vio sonreír pícaro. Una vez ella le tiró algo caliente encima. ¿Por qué las mujeres que lo rodeaban se empeñaban en hacerle cosas como esa? ¡Si él era un buen hombre! ¡Todo un gran partido!

—Ambos sabemos que no soy torpe. —Como si él no supiera que todas esas cosas se las había hecho adrede para ahuyentarlo, se dijo a sí misma Briana tratando de contener el sonrojo.

—Bueno, mientras no acabe manchado... —Tenía que estar impecable para la misión que lo había llevado hasta esta casa. Llevarse de vuelta a su esposa era una tarea compleja y necesitaba presentar su mejor cara.

—Le juro solemnemente que no haré nada que me ponga en evidencia.

—Recuerdo sus estornudos, sus mucosidades, sus flatulencias... —Verla atormentada y azorada le servía a Arnold para tomarse cierta revancha del pasado.

—¡Por amor de Dios, Lemory! —Enrojeció hasta las cejas—. Olvide todo aquello.

—¿Cómo lo hizo Exeter? Espero que al menos arruinase una de sus mejores camisas.

—Él tenía mi corazón. —A Briana la revelación le salió sin pensar. Era como si llevase tanto tiempo guardando el secreto que se le hubiese escapado de forma inconsciente.

—¡No! ¿Fue siempre el coronel?

—Sí. —No tenía sentido negarlo.

—La felicito entonces.

—Se lo agradezco.

—Así que, en la fiesta campestre de su hermano, yo ya no tenía ninguna opción.

—Ninguno hubiese tenido opción. Me tiene cautiva desde los doce años. —Confesó sin pudor la condesa.

—Un amor de juventud.

—Sí.

—Verá, tengo entendido que está residiendo con ustedes mi esposa.

—¿Cómo ha dicho? —Briana se quedó pasmada.

—Me llegó una carta que agradecí mucho de su cuñada. *Lady* Monty tuvo a bien informarme que mi esposa está en esta casa.

Bri hiló sus palabras. No entendía... ¡Oh, Dios mío!

—¿¡Su esposa es la arpía, boba simplona, la reina del hielo Amanda!? —Él asintió algo sorprendido por la retahíla de calificativos y ella tuvo que preguntar de nuevo—. ¿La bruja de hielo es su esposa?

En efecto, Arnold comprendía muchas cosas. ¿Es que la rubia no tenía ninguna amiga? ¿Alguien que hablase en su favor?

—Todo ello por cortesía de *lady* Monty. Su cuñada me tendió una trampa.

—¡Oh, Dios mío!

—Sí, estoy en problemas.

—¿Usted?

—Hace unos pocos días que estoy casado, imagino que como usted gracias a una cara licencia especial, y mi díscola esposa ha huido de mí. —Había compartido muchas cosas con esa muchacha como para no confesar el problema que lo había traído hasta su casa.

—Pero, Lemory, usted no está en dificultades.

—¿Ah, no?

—Nooo. Mandy está en serios apuros. —Estalló en sonaras carcajadas. Bendita Angi que incluso desde la distancia siempre andaba velando por ella.

En ese mismo momento la puerta se abrió de golpe para dejar paso a un hombre serio, enfadado y muy molesto.

—Esposa.

—Esposo. —Se le cortó la risa a Briana.

—Milord. —Frederick saludó al segundo hombre de la habitación. La tensión se podía cortar con un cuchillo.

—Lord Exeter. —Correspondió Arnold tal cual marcaba la etiqueta.

—¿Qué hace con mi esposa aquí a solas? —Le daba igual no ser cortés. Era su maldita casa y se estaban presentando ya demasiadas personas.

—He venido en busca de la mía.

—¿Cómo ha dicho? —El coronel Frederick Burns no entendió ni una palabra de la breve explicación.

—Frederick —tomó la palabra Bri— el vizconde Lemory...

—Conde de Lancaster —la corrigió él en esta ocasión. No deseaba parecer inferior ante ese hombre que lo miraba de modo tan fiero.

—¡Caramba!, enhorabuena. Al fin lo ha conseguido.

—No está resultando fácil. —Era muy bella su nueva esposa, pero...

—¿Usted es el hombre que la asedia? —preguntó Frederick con los ojos como platos... las vueltas que daba la vida... El conde de Exeter conocía a ese hombre porque sabía que había sido un pretendiente muy apto para su ahora esposa, para Briana.

—Soy el marido que asedia a mi esposa, sí.

—No sé si darle la enhorabuena o mis condolencias. —Se permitió la broma el antiguo coronel retirado mientras esbozaba una sonrisa.

La conversación entre los tres transcurrió hasta que Arnold decidió que era momento de buscar a la rubia y llevársela. Se levantó y antes de salir por la puerta pidió permiso para hacer lo que iba a hacer. Señaló a los anfitriones que iba a subir a la habitación de su esposa y se la iba a cargar al hombro. Pidió que no se escandalizasen cuando la oyeran gritarle.

Arnold hizo lo que dijo. Sujetó el pomo de la puerta que el ama de llaves le había señalado, y

cuando la mujer se marchó, la abrió con violencia.

Amanda gritó con nerviosismo. ¡La había encontrado! ¿Cómo era posible eso?

Estaban uno frente al otro.

—Me abandonaste. —Le dijo con furia contenida.

—Eso te debió dejar claro que te detesto. —Ella quería hacerle daño. Ese tiempo en casa de su antiguo pretendiente le había servido para darse cuenta de que él le había hecho mucho daño también.

—Te dije que soy perseverante y que nunca huyo de mis problemas. Eres mía, Amanda. No importa donde te escondas, te encontraré y tu castigo será cada vez más duro.

—¿Castigo? —Ella se rio—. No soy una niña a la que se la pueda castigar. Tu obtendrás un castigo aún peor que el que me darás. ¿No lo entiendes aún? Hagas lo que hagas, siempre vas a perder.

—No me obligues a hacer algo que ambos lamentaremos. —No había pegado nunca a una mujer. No lo haría jamás, pero en esos momentos deseaba colocarla en su regazo, levantar sus pesadas faldas y darle una buena zurra.

—¿Como atizarme con una vara en la espalda? No sería la primera vez que un hombre hace algo como eso. Lo resistiré como lo hice antes. —La rubia se dio cuenta de que había hablado de más cuando él la miró con curiosidad.

—Amanda, no haces las cosas fáciles.

—Nunca. No voy a permitir que me hieras. Te detesto. Huiré de ti a cada ocasión. —Le espetó con rabia.

Los dos se miraron en una batalla silenciosa.

—Y yo te encontraré y haré lo que voy a hacer ahora mismo.

—¿El qué? —cuestionó con arrogancia desmedida mientras ponía sus brazos en jarras.

Lancaster se la cargó en su hombro y ella comenzó a patallar, chillar y llorar. El conde le dio una buena palmada en el trasero para reprenderla. Eso la enfureció todavía más. De nuevo, gritó con más fuerza mientras él se divertía riéndose de ella.

Alguien tenía que ayudarla. ¡Frederick!, su antiguo pretendiente saldría en su ayuda en cuanto la escuchase.... Aquello no sucedió. Supo que estaba perdida cuando se vio encerrada en el carruaje de él.

Amanda sospechaba que estaba en un buen lío y no sabía cómo saldría de ahí. ¿Por qué no se olvidaba de ella? Otro hombre sensato lo habría hecho... Él no era uno de ese tipo..., se lamentó la rubia.

Capítulo 9

Un confinamiento merecido

—¿Por qué? —preguntó Arnold mientras la veía observar el paisaje a través de la ventana carruaje. Ella no contestó. Pasaron dos minutos y como vio que su esposa no iba a hablar, cerró las cortinas del interior para que ella tuviese que atenderlo.

—Te he dicho que te detesto. —Amanda veía que no tenía salida.

—No lo haces.

—Sí, lo hago.

—No, porque una mujer que detesta a un hombre, no se deja seducir por él. No le entrega su cuerpo para que él le haga el amor y la lleve al cielo.

Ella sonrió perezosamente.

—Los vestidos fueron muy caros. Soy una mujer muy inteligente que comprende que en esta vida todo se debe pagar. ¿No es eso lo que te ofrece tu amante, Arnold? —puntualizó la condesa mientras lo miraba con rabia.

—Dilo otra vez.

—Te detesto —volvió a repetir con más cólera.

—Di mi nombre, Amanda. Es la primera vez que te lo oigo decir —suplicó él mientras se colocaba a su lado. La rubia se levantó dispuesta a marcharse enfrente. No lo deseaba cerca. Él la ponía nerviosa y cuando estaba cerca, no se sentía tan fuerte ni protegida como ocurría antes.

El conde la agarró por el brazo y de un tirón la colocó sobre su regazo.

—¡Suéltame! —gritó cuando vio que él se disponía a besarla. Los finos y turgentes labios de él se posaron sobre los de Amanda. La rubia luchó una fracción de segundo tratando de evitar que él la sometiera con sus besos. No lo consiguió. Los dulces y tiernos bocados de amor que él le estaba dando en su boca, hicieron que ella cerrase los ojos. ¿Por qué tenía el poder de anular su voluntad? ¿Cómo lo había conseguido?

—Di mi nombre, preciosa. Dilo... —La urgió él mientras no dejaba de besarla y comenzaba a acariciar sus pechos sobre el vestido.

—Arnold... Arnold —repitió no sabiendo si lo había dicho la primera vez o no.

Eso lo satisfizo tanto, que decidió premiarla con lo que ella deseaba que él hiciera a todas horas. La besó un poco más para mantenerla tranquila y cuando la sintió laxa, la dejó sentada en el carruaje. Se colocó de rodillas y le subió las faldas. Se deshizo de las enaguas de ella y sumergió su boca en ese lugar donde tanto le gustaba estar. Adoraba volverla loca con su lengua. Tanto como ella disfrutaba cuando lo tomaba con la boca. Su esposa no era sincera cuando no estaba sometida a sus caricias, pero su cuerpo y necesidad no mentían. Nunca la había forzado. No lo haría jamás. Ella respondía a sus necesidades del mismo modo en el que lo hacía él. Se necesitaban. Sus cuerpos ansiaban comer el uno del otro y él comería y bebería de ella siempre que Amanda se lo permitiese. Era su esposa. Dios había dado sus bendiciones y ambos tenían derecho a explorar y disfrutar el uno del otro. No importaba si el dios que daba su consentimiento, era griego, egipcio, romano o anglicano... Tampoco importaba demasiado que no contasen con su permiso. Arnold no se consideró nunca una persona demasiado espiritual. Se había hecho a sí mismo con trabajo y sabiendo lo que hacía. Un título no era siempre una señal de bonanza

económica. Él había devuelto el esplendor al condado que hasta hacía poco había sido propiedad de su padre. Por lo que a él respectaba, solo necesitaba la bendición de su esposa para poder lamerla y degustarla a placer. Ella era deliciosa. Sus gemidos, esos que estaba oyendo mientras sus labios mantenían prieta su perla y su lengua la zarandeaba con frenesí, eran lo único que necesitaba para nutrir su alma.

Había conquistado su cuerpo. El siguiente paso era tomar su corazón en sus manos. Para ello necesitaba paciencia y mucha disciplina. El veneno que ella podía fabricar era en ocasiones tan maligno, que incluso le hizo pensar que tal vez debería dejarla sola por un tiempo. Sin dinero y sin lujos. No podía hacerlo.

Una vez más sintió las manos de ella sobre su cabeza. Amanda era tan codiciosa que deseaba guiar el ritmo de su lengua para tomar el placer exacto que necesitaba para liberar su necesidad. Le dio un fuerte tirón de pelo y esperaba que su espesa mata de pelo negro no terminase desapareciendo... pues él pensaba seguir lamiéndola en su entrepierna, tanto como quisiera y ella lo necesitase. El hombre sentía una presión tan fuerte en su hombría que tuvo que llevarse una mano para acariciarse un poco. Ella acabaría haciendo que se derramase en los pantalones si no alcanzaba la cresta del placer pronto.

—Arnoooooold.... —chilló sin contención cuando la pasión la abordó.

El conde terminó de exprimir todo el jugo que él había conseguido fabricar en ella, y cuando terminó la miró. Estaba pletórica. Lucía una sonrisa en su rostro mientras trataba de recuperar la respiración. Arnold se levantó.

—Eres deliciosa, esposa mía. Pruébate. —El conde le dio un beso profundo para llevar algo de la esencia de ella que aún tenía sobre su lengua. Ella no pudo negarse, entre otras cosas porque no había prestado atención a lo que él había dicho. Estaba en un mundo donde no había nada que temer. ¡Se sentía tan bien!

El conde finalizó el beso y le quitó varios botones del vestido con el fin de que sus pechos saltasen libres. Los contempló y los besó con pena por no haberlos atendido como se merecían hasta ese momento. Cuando estuvo satisfecho por haberlos lamido y amasado con interés, se incorporó para bajar sus pantalones hasta los tobillos. Tomó el miembro en su mano.

—Sé cuánto deseas esto... ¿Dónde me quieres? —Arnold le metió un par de dedos en la boca que Amanda lamió con lascivia—. ¿Aquí? —Llevó esos dos mismos dedos hasta sus pliegues íntimos que se habían vuelto a humedecer—. ¿O aquí?

—Te necesito dentro —habló sin vergüenza.

—Entonces móntame y extrae mi esencia con ganas. —El conde se sentó y esperó a que ella se posicionara sobre él.

Amanda se aferró a sus hombros y él la ayudó a llevarlo dentro de su fuente de vida. Cuando su miembro estuvo apoyado en su entrada, Arnold la obligó a dejarse caer con fuerza sobre su eje. Estaba tan duro que temió haberla partido por la mitad.

—¡Ooooooh! —oyó Lancaster que exclamaba su esposa.

—¿Estás bien?

—Ajá... —Comenzó a decir ella mientras demostraba lo magnífica amazona que fue en su juventud. Hacía mucho tiempo que no había estado sobre un caballo, pero intuía que montar a un hombre sería lo mismo que hacerlo sobre un animal. Lo haría con brío porque se había dado cuenta de que ese hombre sobre el que estaba colocada, era muy exigente en el lecho.

Arnold estaba hipnotizado viendo saltar esos dos dulces globos sobre su cara. Tanto, que su boca los buscaba para mamar de ellos. Su hijo tendría una gran suerte cuando naciese. Lo que

daría él por poder tomar el sustento de ella.

Arnold le agarró la nuca y la obligó a llevar su boca hasta la suya para darle un beso tan posesivo que esperaba que ella comprendiese a quien pertenecía. Suya. Era suya.

—Más fuerte. Monta más fuerte. No seas delicada. —La animó a que brincase con más ahínco.

Amanda lo tomó como un reto. Se obligó a levantar tanto su cuerpo que el conde se puso nervioso por si su falo se salía, y cuando creyó que así sería, ella bajó de golpe sin piedad. La bruja le hizo cerrar los ojos de puro placer. Era una alumna muy aventajada.

La rubia comenzó a hacer de este ritual una rutina. Hasta que él, muerto de necesidad, la tomó por las posaderas y la obligó a restregarse sobre su eje sin permitirle subir tanto. Y eso fue todo un descubrimiento para la rubia, porque él había provocado nuevas sensaciones que pronto la tuvieron gritando la liberación. Los dos, al mismo tiempo, se dejaron llevar por las suaves riendas de la lujuria más placentera y amorosa.

—Amandaaaaaa —gritó su nombre para premiar que ella antes hubiera hecho lo mismo.

La condesa se dejó caer sobre su pecho y Arnold la envolvió en un abrazo tan protector y tierno que la rubia sintió su corazón latir con fuerza.

—Oh, Frederick... me das tanto placer...

El conde abrió los ojos de par en par. La separó de su pecho y la miró con intensidad. Amanda le sonrió con gracia. Batió sus espesas pestañas.

—Ha sido fantástico —espetó la condesa mientras trataba de darle un beso.

Arnold respiró con fuerza.

—¿Frederick? —inquirió sin levantar la voz, pero en un tono tan mordaz que estaba segura de que si pudiera le partiría el cuello sin pestañear.

Amanda se llevó una mano a la boca para tapanla mientras ahogaba un grito de terror.

El conde de Lancaster levantó a su esposa de su regazo y la dejó sin tener cuidado en el sillón. Cogió un pañuelo y se aseó. Se subió los pantalones y tomó asiento enfrente de su esposa.

Amanda también había recompuesto su vestido y apariencia. El peinado lo tendría hecho un desastre, pero no podía hacer nada al respecto. Vio que su esposo recogía las cortinas y que comenzaba a interesarse por el paisaje que transcurría fuera.

La condesa veía demasiado campo... ¿Dónde la llevaría? No se atrevió a preguntar. Tampoco tuvo que esperar demasiado para que el misterio se desvelase.

El carruaje se detuvo y él salió de allí sin mirarla. Ni tan siquiera la ayudó a bajar del carruaje. Amanda estaba nerviosa. Sabía que la bestia se había despertado. En el poco tiempo que llevaba casada, se había dado cuenta de que su esposo no era un hombre que amenazase. No era, además, uno que gritase su frustración. Arnold era de los que actuaban.

—Baja las cosas de la condesa. Deja las mías en el lugar donde están. —Oyó Amanda que le decía su esposo al lacayo que ya bajaba un baúl que debía ser el de ella.

La rubia se fijó en la mansión que tenía ante sí. La dejó con la boca abierta.

—Bienvenida a Melory Park

Melory Park, la finca que sospechaba que era de su esposo, se alzaba sobre una colina. Era una hacienda impresionante. Parecía un castillo. Realmente era una fortaleza. Sabía que el título de él era uno de los más antiguos y respetados, pero nunca creyó... Seguía con la boca abierta al divisar tanto esplendor. Decir que la edificación era majestuosa era quedarse corto, eso sin contar los soberbios jardines que daban pie a un bello cuadro pintado por un exquisito artista que descubrió todo un paraíso en esa zona.

Cuando bajaron del carruaje, los recibió la familia en la mismísima puerta. La madre, el padre

y otro joven, que tal vez fuera uno de sus dos hermanos menores.

—Vaya, vaya, hermanito, veo que ha sido un viaje muy... entretenido. ¿Quién podría culparte con semejante mujer? —se acercó el muchacho rubio y de ojos azules para besarle la mano. Tal vez fuese de la misma edad que Amanda. Vio la sonrisa de él al contemplarla y supo que su imagen estaba explicando a gritos lo que ambos habían estado haciendo en la intimidad de un carruaje. Amanda, que nunca enrojecía, que no dejaba que el temor la venciera, quiso que la tierra se la tragase. ¡Los padres de su esposo la miraban con atención y seguro que también sabían lo que habían hecho!

—Ya basta, Harvey —lo llamó al orden una mujer con facciones afables que la miraba con ternura. Le pareció notar un extraño acento.

—No haga caso a mi hijo menor, *milady*. A Harvey le gusta ser la oveja negra de la familia. Tú debes ser Amanda. ¿Te importa que te llame por tu nombre? Creo que será mejor que prescindamos del título, te has convertido en mi hija. Clarise. Puedes llamarme Clarise. Hubiéramos ido a vuestro enlace, pero creo que mi hijo olvidó invitarnos y hacer las cosas como acontece a los hombres serios y civilizados —la mujer se puso delante de su hijo y lo miró con reprobación—. Tienes muchas explicaciones que dar. Aquí llegan los periódicos. Yo no eduqué a un hombre que humilla a su esposa el día de su boda, y menos que la somete a un casamiento apresurado. No estoy contenta, jovencito. Nada contenta. —Amanda se quedó con la boca abierta. ¿Su esposo acababa de cuadrar los hombros ante su madre? Sus mejillas se sonrojaron al saber que los chismes también habían llegado hasta ese lugar.

—Creo que todos comprendemos el motivo de celebrar una boda apresurada. —El muchacho miró a la belleza rubia con diversión—. Lo que que no queda tan claro es, el motivo que tuvo mi hermano para no consumir el matrimonio en ese mismo momento.

—¡Harvey! —gritó su madre para reprenderlo.

—Has sido tú, madre, la que ha sacado a colación el tema. No, yo.

—Habla, madre, pero no ahora. Tengo que marcharme a Londres —habló el conde.

—¿Te vas? ¡Pero si acabas de llegar! No te puedes llevar a tu esposa—se quejó la llamada Clarise—. ¿No vas a presentarte, Michael? —preguntó a su esposo que estaba junto a ella.

—¿Cómo voy a hacerlo si no has dejado de dar reprimendas y hablar, esposa mía? —apuntó el hombre con una sonrisa.

—Es cierto. Bueno, este es mi esposo, el que será también tu padre, querida Amanda. Puedes llamarlo Michael. Verás que en el campo la etiqueta es mucho más permisiva y que nosotros somos una familia cálida.

—Madre... —la interrumpió Arnold.

—Sí, sí, ya sé que hablo demasiado, pero no todos los días una tiene al fin una hija. —La mujer se giró para mirar a Amanda que estaba estupefacta siguiendo las conversaciones de los allí presentes—. Con tantos hombres, comprenderás que estoy feliz. Al fin tengo a una mujer cerca de mí. ¡Una hija! —exclamó con entusiasmo.

—Como iba a decirte, Clarise, tengo trabajo en Londres. Mi esposa se quedará aquí. —La miró con seriedad en ese momento. La rubia se sintió presa del pánico. ¿La iba a dejar en el aburrido campo con todas esas personas a las que no conocía?

—No puedes dejarme aquí —reclamó con acritud.

—¿No? —preguntó retóricamente Arnold. —Yo creo que sí. Es justo lo que va a pasar.

—Llévame contigo a la ciudad. Te lo exijo —se puso digna la condesa de Lancaster.

—Oh, no. No, no y no. De ninguna manera te rebajes ante él, niña. Déjalo marchar, es lo que se

merece por el trato que te ha dado. —Clarise miró a su hijo con enfado—. Le hará bien estar alejado un tiempo de ti para comprender su error. —Se acercó a la oreja de su nueva hija para hablar solo para ella—: No supliques. Unos días apartado de tu lecho y vendrá manso como un corderito.

—No te llevaré a la ciudad, pero me quedaré contigo si lo pides. Y me lo pides bien, esposa. —La desafió Arnold. El conde se estaba cansando de las duras maneras de su madre a la hora de reprenderlo. ¡Él no tenía la culpa de nada!

No estaba segura de qué decir. La madre de él le apretó el hombro. Amanda le ofreció una brillante sonrisa.

—No, querido, tienes trabajo en Londres. La señorita Stuart debe estar echándote de menos. Regresa, creo que yo estaré muy bien acompañada en tu casa, con tu familia. —Amanda pasó el brazo por el del llamado Harvey, quien no solo permitió la audacia, sino que se la llevó de allí con la excusa de mostrarle la casa familiar.

Arnold dio dos pasos para ir a buscarla. Su madre se posicionó delante de él.

—Yo me ocuparé. No sé lo que te impulsó a manchar tu buen nombre. Pero no estoy contenta. No lo estoy, hijo mío. —Clarise se giró para mirar a su esposo—. ¿Michael?

—Yo me ocupo. Ve a asegurarte de que Harvey se comporta con la esposa de tu primogénito, mujer. —Recomendó el anterior conde de Lancaster.

Padre e hijo se quedaron solos.

—Tu madre está muy disgustada, Arnold —expuso con seriedad—. No es bueno para mis nervios que tu madre se disguste. Sois recién casados. El escándalo que arrastráis salió en primera página. Vienes con cara de pocos amigos. La vas a dejar aquí y tu esposa ha nombrado a otra mujer que supongo que es tu... tu... ¡Las amantes se mantienen en secreto! Comprendo que las cosas cambian, pero cuando un hombre casado tenía un acuerdo con otra mujer que no era su esposa, la cosa se hacía de modo discreto. ¡Uno no se casa y promulga que va a visitar en su noche de bodas a su amante! —El hombre recuperó el aliento después de ese sermón.

—¿Has terminado ya, padre, o deseas hacer alguna otra recriminación?

—No dije ni una sola palabra en contra de la muchacha que vino a visitarnos. Aquella... aquella... *lady* Brianda...

—Se llamaba llamaba Briana. —Él sabía a quien se refería su progenitor.

—Eso. La muchacha era hermosa, no lo negaré. No lo era tanto como tu actual esposa. Esa mujer que has traído a casa es preciosa. No vi nunca antes otra igual. Tanta belleza... creí que me cegaría. Comprendo que en el carruaje... tú y ella... Tu madre también tuvo sus buenos momentos... Una vez encima de un caballo, nosotros dos...

—Padre... —trató de que el antiguo conde se centrara. No deseaba seguir escuchando nada como eso.

—En fin, no dije nada cuando la otra muchacha hizo de las suyas en esta casa. Recuerdo que incluso se sentó en la cabecera de la mesa una noche. Otra la oí... —era incómodo lo que Michael iba a recordar de la dama—. En fin, la muchacha se permitió salir una ventosidad de su cuerpo delante de ti... No te juzgo. Una mujer que no es tu esposa aún, haciendo tal intimidad delante de uno... Bueno, no dije nada entonces y no lo haré ahora, pero sí te ruego que no disgustes más a tu madre, porque si yo no soy feliz, tú no lo vas a ser tampoco —le aseguró mientras levantaba una ceja.

Arnold rodó los ojos. El episodio al que acababa de aludir su padre con *lady* Briana, no fue el único desagradable que vivió con ella. Aun así, sospechaba que aquella joven hubiera sido más

llevadera que la preciosidad rubia. Además, conocía de sobra el temperamento de Clarise. Su madre podía ser una maldición si se lo proponía.

—Las cosas con Amanda son complicadas. No sé cuando volveré —«o si lo haré», quiso decirle a su padre. Esa mujer debía darse cuenta de lo que necesitaba por sí misma, él lo había intentado todo ya, y la cosa era responsabilidad de ella—. He de avisarte que mi esposa puede ser... ser... —no encontraba una palabra para calificarla que no consiguiera hacer que su padre no se escandalizase. Le venían a la mente: malvada, peligrosa, venenosa, bruja... —. Es muy complicada. Tened cuidado con ella.

—¿Cuidado?, ¿con esa dulzura? ¡Oh, hijo mío, es una verdadera lástima que hayas permitido a tu amante tenerte bailando al son de su dedo meñique —apuntó mientras le daba una mirada acusadora.

—Ya... —No debía desvelar sus intimidades—. En fin, ten cuidado con mi esposa. Estaré en Londres, si hay alguna contrariedad —«si Amanda hace que mi madre le lave la lengua con jabón o peor, si se la corta con un cuchillo. O tú la tiras desde lo alto de una ventana», quiso haber dicho —, házmelo saber de inmediato. Puedo comprar otra casa y mandarla allí.

—¡Por amor de Dios, hijo mío! Esa muchacha no se merece que tú la trates así. ¡Vete! Vete antes de que me hagas decir algo que lamentemos los dos. Espero que no tardes demasiado en darte cuenta de tu error...

—Ya... —se subió al carruaje mientras se mordía la lengua. ¡Si él no había hecho nada más que custodiarla, darle su título y protección!

En esos momento le vino a la mente el pacífico conde de Strangened. ¡Ay si le hubiese hecho caso y cuando ella lo abandonó no hubiera tratado de recuperarla...! No tenía caso pensar en el pasado, entre otras cosas porque nunca podría desentenderse de ella. Era su responsabilidad y haría lo correcto.

Había hecho el equipaje para que los dos disfrutasen de unos días en un ambiente familiar. Había previsto mostrarle su finca, presentarle a sus arrendatarios. Harían una visita al estanque a la luz de la luna. Cuánto le hubiera gustado hacerle el amor en ese lugar del que se decía que había una leyenda...

Frederick. Lo había llamado por el nombre de otro hombre mientras aún estaba en su interior. Bruja. No, no era una bruja. Era la hija de Lucifer disfrazada de tentación y había llegado a la tierra para atormentarlo sin remordimiento alguno.

Amanda supo que había ido demasiado lejos cuando vio que los ojos de él casi se le salen de sus cuentas. Estaba enfadada. Enfadada con él y consigo misma. Un solo beso le bastaba para que ella suspirase loca por sus caricias. ¡Era débil!

Era un amante tan experto... Le gustaba hacer el amor con él. Pero cuando recordó que ella no era la única que disfrutaba de sus atenciones... Los celos que sintió fueron tan abrasadores como nunca antes los había percibido.

No pudo evitarlo. Lo llamó Frederick con el único motivo de darle su mismo veneno. Se había marchado a Londres y allí volvería a ir a verla a ella. No la conocía, pero la odiaba con todas sus fuerzas. Si pudiera le cortaría el cabello para que no luciera bonita... ¿Era preciosa? ¿Sería tan bonita como ella misma? ¿Qué aspecto tendría la denominada señorita Stuart que era tan importante para él?

—No lo es —Amanda miró a su acompañante. Se notaba que era su hermano por la forma de su rostro. Pero ese muchacho era más dulce a la vista que su esposo. Harvey, le habían dicho que se llamaba.

—¿Disculpe, como ha dicho?

—No uses la formalidad. Mi madre no mentía. Aquí nos llamamos por nuestros nombres.

—De acuerdo. ¿Qué estabas diciendo, Harvey?

—Rose no es tan bonita como tú.

—¿Rose? ¿Quién es Rose? ¿Una mujer a la que pretendes? —preguntó no tratando de mirar por la ventana y seguir la estela del carruaje que se marchaba sin ella. Su esposo la había dejado en su casa y se iba...

—Rose es la amante de mi hermano. Ella no es ni la mitad de preciosa que tú. Mi hermano es un necio —le dijo mientras le daba una brillante sonrisa. Las mejillas de la rubia se colorearon. ¡Lo había dicho en alto!

¡Genial! Ahora ella ya sabía su nombre... Rose. Era un nombre odioso. Sencillo, simple, ridículo, tonto. Si no era tan bonita como Amanda, ¿por qué él se iba con ella?

—¡Harvey! —llegó la matriarca por detrás—. ¿Es que acaso no os he enseñado nada? No se habla de la amante de un caballero con su esposa. Es de muy mal gusto. Me llevaréis a la tumba antes de tiempo... ¿Y quién cuidará de vosotros?

—¡Madre! No soy yo el que tiene una amante —trató de defenderse el aludido—. Deberías reñir a mi hermano.

—Deja de decir la palabra amante de una vez por todas. ¡Es de muy mal gusto! —Amanda se vio cogida del brazo por la mujer y decidió seguirla sin rechistar. Le daba en la nariz que esa mujer no iba a ser fácil de llevar. ¡Su propio esposo no había sido capaz de controlar a la llamada Clarise!—. Y harás bien en recordar que es la esposa de tu hermano... —le dijo mientras ingresaban en una salita decorada en tonos dorados.

—¡Madre! —gritó el reprendido con malestar. Él no le quitaría una mujer a su hermano... No al menos una que estuviese felizmente casada... Que no, que no lo haría...

Clarise la hizo sentar en un sofá justo a su lado. Cuando una doncella se presentó con el té, la matriarca, que la examinaba con mucha atención, lo sirvió y le dio una taza.

Amanda, con todo lo que había sido, no sabía cómo comportarse. Ella, que era de propinar una bofetada —imaginaria— y no pedir perdón, se sentía como una niña pequeña a la que habían sorprendido robando.

—Bien. Aquí estamos —rompió el silencio la matrona.

—Sí, se ha quedado un buen día... Creí que llovería.

—No vamos a hablar del tiempo.

—¿De música? —preguntó la rubia deseando haber prestado más atención cuando su hermana la obligaba a tocar el piano.

—Tampoco.

—¿De bordados? —No sabía ni enhebrar una aguja pero...

—No. Vamos a hablar de lo que has hecho para molestar a mi hijo. —Señaló con una seriedad

tan profunda que Amanda se quedó helada.

La rubia se dijo que era momento de que la mujer comprendiese que ella ya no era condesa, que ese cargo era competencia suya, pues como esposa de Arnold... Además que la veía muy pesada y cuanto antes se desembarazase de ella mejor.

—Dejemos una cosa, clara, señora mía.

—Clarise. Es Clarise como me tienes que llamar —la corrigió la mujer para que se dirigiera a ella con ese nombre—. Todos me llaman Clarise. Y vamos a dejar más de una cosa aclarada, Amanda

La rubia se obligó a cerrar la boca. ¡Él era su hijo, no había duda de quién lo había engendrado! La misma pose autoritaria, la misma tiranía en la orden...

—Clarise —decidió corresponderle en la petición—, los asuntos con mi esposo son míos y de él. No pienso ofrecer ninguna explicación al respecto —se mostró tajante.

—Vaya que sí que lo harás.

Amanda se rio en la cara de la mujer dejando caer su máscara.

—¿Lo haré? El infierno se congelará antes de que algo como eso ocurra —aseveró Amanda completamente rígida. ¡A ella iba a tratar de hacerle sentir miedo! Se comería a esa mujer y escupiría sus restos en dos minutos... O en menos.

—Muy bien. —La mujer se levantó y se dirigió hacia la puerta. Amanda se desanimó al ver que el combate había durado tan poco. ¿Si no se peleaba con alguien con qué pasaría el tiempo?

La rubia oyó que un cerrojo corría. Miró hacia la puerta y vio a la madre de su esposo sonreír.

—Estaremos encerradas aquí hasta que tú decidas hablar. Si sientes ganas de aliviarte, te aconsejo que lo hagas en un rincón, jovencita, porque se congelará el infierno antes de que tú y yo no aclaremos las cosas.

—¿Se ha vuelto loca?

Ella regresó a su asiento mientras la rubia se levantaba para ir a ver si en verdad la puerta estaba cerrada.

—Mis tres hijos lo intentaron en su momento. Fracasaron, como puedes advertir. No he criado a tres buenos muchachos sin tener que tomar medidas extremas. Debes saber algo de mí, niña, sé quien eres. Se te acusa de haber matado a tu difunto esposo.

—Deme la llave... —le ordenó frente a ella.

—¿O qué? ¿Me matarás con una encantadora sonrisa? Yo creo que no. Y si se te ocurre la tentación de ponerme las manos encima, descubrirás que nunca se es suficientemente mayor para que una madre te ponga el culo rojo por tu atrevimiento. Aunque sospecho que más te dolería que mandase a mi personal quemar tus vestidos. Si no deseas aparecer en la cena cubierta por una camisola ve con cuidado... —Amanda chilló sin control.

—¿Se ha vuelto loca? —graznó.

—Eso ya lo has preguntado antes, niña. Sé un poco más original. Te advierto que los chillidos no funcionan ya. Arnold, tu esposo, era el que más lo hacía. Quedé inmune. Si tu siguiente paso es el de llorar desconsolada, ese era el truco de Harvey. Él nunca me conmovió, pero si quieres intentarlo, puedes hacerlo. Mi hijo mediano, Kevin, era partidario de ofrecerme lisonjas para tratar de que no lo castigase. Tampoco te funcionará, pero me gustará oírte decir cosas bonitas sobre mí. Será un halago viniendo de alguien tan hermoso como tú. —Clarise se tomó un trago de té y mordió uno de los pastelitos—. Están riquísimos. ¿No tienes hambre? Son de dulce de leche. Los prepararon para Arnold. Cuando llegó la carta avisando de su llegada, la cocinera se entusiasmó tanto que ha hecho demasiados. Me temo que estaremos cuatro días comiéndolos. Será

mejor que nadie sepa que has hecho enfadar a mi chico. Lo valoran mucho. Si se enteran de que lo has contrariado, la cocinera se tomaría la libertad de agriar tu sopa, de escupir en tus platos... No sé que más podrían hacerte... Mejor guardaremos el secreto hasta que sepamos qué hacer —se aconsejó más para ella que para la rubia, quien la miraba sin comprender lo que decía—. ¿Quieres un pastelito o no?

Amanda los miró con hambre. Lo cierto es que estaba famélica. ¿Si cogía uno se mostraría menos débil ante su rival? Decidió que con el estómago lleno vería mejor qué hacer. Alargó la mano para agarrar el primero mientras su boca se llenaba de saliva debido a la anticipación de comerlo... Se veía delicioso.

—¿Han escupido en ellos? —preguntó con cautela.

—No creo. No saben que te has portado mal con Arnold.

—Tengo hambre.

—Muy bien...

Amanda alargó una mano. Recibió una fuerte palmada sobre sus nudillos de inmediato.

—¡Ouch! ¿Por qué ha hecho eso? —inquirió mientras se frotaba la zona. ¡La había golpeado con fuerza!

—Porque no probarás un dulce hasta que me cuentes por qué mi hijo ha dejado a su bella esposa en mi casa y se ha marchado como si el diablo lo persiguiera —apuntó severa. No había rastro de la mujer afable que la había recibido.

—¿No le da miedo estar conmigo aquí encerrada? Puede que matase a mi anterior esposo... —inquirió mientras se volvía a sentar.

—Otra en mi lugar hubiera esperado tres o cuatro semanas. Me habría ido ganando tu cariño...

—Yo no tengo de eso... Pero si desea mi veneno... —se mofó la rubia.

—¡Lo comprendes! —exclamó emocionada Clarise.

—¿El qué comprendo?

—Que lo más sensato era dejarte claro rápidamente que yo soy mucho peor que tú, niña, y no malgastar nuestro tiempo. No me gusta ver a mi hijo mayor en ese estado.

Amanda comenzó a reírse a todo pulmón. Tanto se rio, que incluso las lágrimas se le escaparon. La mujer se quedó mirándola fijamente.

—¿Has terminado ya?

La rubia se dio un toquecito en la sien.

—Veamos... Yo mantuve cerca de mí a un hombre durante años porque creí que era conde. Era apuesto, encantador y besaba el suelo por el que yo pisaba. Le dije que lo odiaba y detestaba sin pestañear. Su hijo, ha venido a buscarme a casa de ese hombre porque yo, había pensado que podría tenerlo como amante. No he conseguido mi cometido porque ese hombre está enamorado de su esposa. Luego está el asunto con mi esposo. No lo maté, pero lo hubiese asesinado sin remordimientos. Una noche le asesté un puñal en el muslo y me felicité a mí misma. —Se quedó un momento pensando en más cosas—. ¡Tuve una amiga! La única que conocía mi verdadero carácter. Traté de arrebatarle al hombre que amaba porque yo deseaba ser condesa.

Las dos se miraron con interés. La rubia esperaba que todo esto ya se terminase.

—¿Algo más? —inquirió la mujer mientras tomaba otro dulce.

Amanda maldijo. La mujer no estaba ni impresionada ni escandalizada. Extraño. Muy extraño.

—Sí. Mi hermana y su esposo me cobijaron en su casa y cada día he sido desagradable y abominable con el hombre que me daba de comer y pagaba mis vestidos. Usted, señora mía...

—Clarise... —Amanda inhaló furiosa.

—No eres rival para mí, Clarise. Podría seducir a tu esposo en un abrir y cerrar de ojos. —Ese era su mayor poder.

—¿A Michael? —inquirió con sorpresa.

—¿Tiene más esposos a parte de ese? —quiso averiguar con sorna.

—Puedes quedártelo si quieres... Ya no es conde... —Expuso la última frase como si fuera una aclaración trascendental. La mujer agitó una mano en el aire para restar importancia al asunto.

—¿Cómo dice? —¿Amanda la había oído bien?

—En sus tiempos fue todo un semental, pero creo que darías un paso atrás si pretendes cambiar a mi hijo por mi esposo. Si eres tan ambiciosa como intuyo, creo que tu mejor opción es Arnold... pero si quieres intentar conquistar a Michael... —dejó la frase en suspense.

—Lo que le he dicho es todo cierto. —Comenzaba a pensar que la mujer creía que ella mentía.

—Son tiempos duros, niña. Algo debió hacerte tu anterior esposo para que le clavases ese cuchillo. Tu amiga... Bueno, ¿quién te culparía por querer robar a un hombre? No serías la primera ni la última. En cuanto a lo del esposo de tu hermana... Él tiene la culpa por no haberte metido en cintura a tiempo. ¿Y lo de ese otro pretendiente? Seguro que no te merecía... —rebatí dejando a la rubia sorprendida.

—No lo entiende. Usted no lo entiende. Soy una arpía. No me llaman la bruja de hielo por nada. He conseguido hacerme una reputación y no me va a estropear el mérito, señora mía...

—Clarise —volvió a conminarla.

—No lo estropearás, Clarise. Yo tengo una reputación que mantener y...

—Coge un dulce de leche. —La matriarca le puso el plato delante y la interrumpió.

—No, lo haré. No le permitiré que me golpee de nuevo.

—No lo voy a hacer. Coge uno, niña. Mereces un premio por tu sinceridad. —La matriarca movió los pequeños dulces para tentarla.

Amanda la miró con atención mientras fruncía el ceño.

—¿Seguro que no me dará otro toque?

—Si no lo tomas de inmediato, no lo harás porque retiraré el plato y no te permitiré que cojas uno —usó de nuevo un tono severo.

Amanda se apresuró a pillar un dulce y lo hizo de un modo tan rápido que la matriarca se quedó con la boca abierta. Lo engulló con la misma prisa por si la mujer se lo hacía sacar de la boca. La madre de su esposo no le gustaba. Ni un pelo. Habría esperado que ella saliera corriendo en cuanto confesó sus mayores fechorías. Por lo visto, Amanda no era tan mala como pensó... Tal vez debió haber sido peor.

—Hagamos una cosa, Clarise.

—¿Qué? —preguntó con diversión.

—Usted no me gusta. Yo no le gusto. Esta casa es lo suficientemente grande para que vivamos las dos sin molestarnos...

—Tienes razón en una cosa...

—¿En cuál?

—No me gustas. Una mujer que hace sufrir a mi muchacho... No, no me gustas... Soy americana. Me crié en Texas, niña. La fortuna en oro de mi padre me dio un título. Es verdad que las deudas del padre de mi esposo se bebieron todo lo que el oro nos dio... En fin... Vuestras refinadas costumbres me dan igual. No he sacado una familia adelante para que tú lo entorpezcas todo. Las cosas deben hablarse sin contemplaciones. Yo lo estoy haciendo. Cuando algo no me gusta lo digo y tú no me gustas. Nada. Ni un poco.

—¿Perdone? —La había oído con mucha atención, pero Amanda no comprendía lo que trataba de decirle. ¿En serio era americana? Había un poco de acento, pero muy poco. Había oído que los americanos eran incivilizados. Las afirmaciones no iban mal encaminadas... ¡Solo había que ver a la mujer que tenía en frente!

—Te voy a dar una oportunidad, porque mi Arnold te eligió. Te aconsejo que no la desperdicies. Puedo darle a una lata desde una distancia de veinte pasos. Mi esposo te lo puede confirmar, si no me crees.

—¿Una pistola? —Amanda estaba escandalizada.

La mujer afirmó con orgullo.

—Puedo enseñarte si quieres.

—Yo no quiero aprender eso —adujo indignada—. Mi lengua es suficiente arma para atacar. Y en cuanto a que su hijo... ¿Me eligió? Nada de eso. Su hijo se vio obligado a casarse conmigo porque nos descubrieron en una actitud muy inapropiada. Dudo mucho que se hubiera casado conmigo si hubiera sabido lo que había detrás... —Sintió algo muy extraño removerse en su interior. Se llevó una mano al pecho. ¿El dulce de leche estaría en mal estado?

—Es inglés. Mi hijo nació aquí, pero lleva mi sangre. Tejano. Arnold no hace nada que no desee, niña. Si te ha dejado aquí ha sido por tu propio bien. No sé lo que le has hecho. No insistiré en que me lo cuentes, pero sí te diré que mi hijo es como su abuelo. Mi padre no dejaba nunca nada a medias. Creo que estás en problemas y te conviene reconciliarte lo antes posible con él. Reconozco a una mujer enamorada en cuanto la veo. Ese es el único motivo por el que te he permitido poner un pie en mi casa.

—Verá, señora... —Era necesario que la rubia le explicase un par de cosas.

—Clarise —le tuvo que recordar una vez más.

—Clarise, esta casa ya no es suya y yo no estoy enamorada.

La tejana comenzó a estallar en numerosas carcajadas mientras se ponía de pie. Amanda la vio acercarse a la puerta y dar un par de toques. El cerrojo se descorrió.

—¿Sigue viva? ¿Has sacado la pistola? —oyó que preguntaba una voz masculina. Creía que era el esposo de Clarise.

—Por ahora... —la matriarca se giró para mirarla y Amanda sintió que la sangre se le helaba. ¡Esa mujer estaba loca! Lo mejor sería echar a correr y no mirar atrás.

Clarise se marchó de allí satisfecha. Cuando antes comprendiese esa preciosidad lo que sucedía en esa familia, mejor les iría a todos. Si la rubia era culpable de algo, su hijo lo era del resto. Pero cuando se tomaban los votos, se hacía para toda la eternidad. Le daría algunas semanas a su hijo para que recapacitase, si él no lo hiciera, ella tomaría cartas en el asunto. Además, se veía que esos dos se amaban... O se deseaban, porque la bonita esposa de su hijo mayor bajó del carruaje en un estado que...

Fuera como fuese, ahí había buen material para que los dos tuvieran un enlace aceptable. Otros matrimonios habían triunfado con menos... También era verdad que otros se hundieron por motivos más triviales...

Capítulo 10

Un plan de salvación

Aunque el primer encuentro con la madre de su esposo fue... fue... fue... Amanda no sabría cómo definirlo. Tal vez desconcertante, pero la cosa estuvo mejor de lo que había previsto.

El campo era muy tranquilo. Y no solo eso. La familia de su esposo era complaciente. Clarise no se andaba con miramientos cuando le pedía... bueno, esa mujer ordenaba, hacer algo. Todas las mañanas las dos pasaban un par de horas en el jardín adecentando las flores. La mujer insistió en que eso las uniría. ¡Ella no quería unirse a ella en nada!

No tuvo escapatoria. Todos los días desde hacía dos meses. Amanda salía a trabajar en el jardín y era realmente placentero. Compartían confidencias y hablaban sobre que cultivarían tulipanes cuando llegase la época, o petunias.

Si Samy la viera sucia de tierra y sin quejarse... Era extraño. Por las tardes era el hermano pequeño de su esposo el encargado de entretenerla. Salían a montar a caballo. En el establo había una hermosa yegua, Sheila, más blanca que la nieve, con un porte elegante y sublime. En toda su vida había visto semejante animal tan perfecto... Era espectacular. Luego Harvey le explicó que ese caballo había sido un obsequio comprado para la actual *lady* Exeter, cuando su esposo trató de comprometerse con ella.

La antigua Amanda habría desechado al animal de inmediato. Esta desconocida mujer que se sentía en ocasiones feliz y en otras llena de ira, decidió que el animal no tenía la culpa de que el hombre que pagó por él fuese un estúpido.

Las cabalgatas eran muy bien recibidas. Harvey era un adulator y le gustaba oír cómo criticaba a Arnold por abandonar a una esposa tan perfecta como ella.

Las noches eran cosa del ajedrez. Después de cenar, sobre las ocho y media, el padre de su esposo disputaba una partida con ella. Le había enseñado a jugar y siempre la dejaba ganar.

No entendía el motivo por el que todos la trataban tan bien. Ella no lo merecía. La madre de Arnold le dijo que le escribiese a su esposo para que fuera. Ella se negó. No quería verlo. Él era un traidor. Ella estaba bien en el campo con su nueva familia.

No los quiso al principio. Estaba tan acostumbrada a estar ella sola, con la única compañía de Samy, que no recordaba lo que era olvidarse de las apariencias, y ser feliz con cosas sencillas. Nunca había tenido a gente a su alrededor que se preocupase por ella. La sensación era tan maravillosa, que a cada rato se encontraba llorando por cualquier tontería.

Pero la verdad es que lo echaba de menos. Era su esposo y no estaba a su lado. Cuando pensaba en él, su corazón se estremecía. Recordar la ira en sus ojos cuando lo llamó Frederick... No fue justo haber hecho eso. Celos. Tuvo unos celos irracionales.

Y el motivo por el que no conseguía olvidar a su esposo, era porque Clarise se empeñaba en hablar de su hijo cada día, con una excusa cualquiera. Era un santo. Amanda había llegado a la conclusión de que era un santo. Arnold trajo a casa una camada de perros que aparecieron al lado de su madre muerta en una trampa para cazadores. Luego había dado una tunda a dos muchachos que se habían metido con Harvey... Y así hasta llegar a conocer la historia de cómo salvó de la ruina a la familia. Era un hombre brillante que supo codearse de personas importantes e invertir sabiamente en las minas. Y no solo eso, sino que se había propuesto modernizar la finca y estaba

ideando un proyecto para que Melory Park volviese a dar beneficios con los campos y los cultivos.

Y ella se echaba a llorar cuando hablaban de él porque no estaba a su lado. ¿Cuándo había necesitado Amanda a un hombre?

No lo sabía, pero lo deseaba a su lado... Hasta que recordaba que él seguía en Londres, divirtiéndose con su amante. Entonces su veneno volvía a fluir y deseaba inocularlo en su cuello.

¡Incluso las rosas le daban ganas de echarse a llorar!

—¿Ya estás otra vez llorando? —inquirió la matriarca mientras dejaba sus herramientas en el suelo.

—Nooooo. —Clarise le pasó un fino pañuelo y Amanda se limpió la nariz y las lágrimas. Parecía que estaba llorando todo lo que fingió a lo largo de su vida.

—Eres una inglesa demasiado terca. Amas a tu esposo y te niegas a reconocerlo.

—No lo hagooo —sollozó de nuevo.

—Eres incluso más terca que él. Mi muchacho me dijo que volvería cuando tú le pidieras por favor que lo hiciera.

—Nunca haré esooooo —y Clarise tuvo que darle otro pañuelo limpio.

—Una esposa necesita a su marido a su lado y un padre a su hijo.

—No lo necesiiii... —Se interrumpió ella misma—. ¿Qué? —El llanto frenó de inmediato.

—Me preguntaba si estabas tratando de ocultármelo o sencillamente no lo sabías. —Amanda se había acostumbrado a ese tono de suficiencia que Clarise ponía.

—¿El qué? —volvió a repetir Amanda mientras se sonaba de nuevo la nariz.

—Estás embarazada.

Amanda sintió que su mundo comenzaba a temblar. Embarazada. Tan ocupada había estado en sí misma —como era habitual en ella— que no había prestado atención a que había alguien más en su cuerpo. Se llevó la mano a la barriga.

—Un hijo... —dijo no sabiendo cómo sentirse exactamente.

—Mi nieto —apuntó orgullosos la futura abuela.

—¿Se lo has dicho a él?

—No me han faltado ganas, pero es una noticia que tú debes darle.

—Muy bien —la rubia le sonrió—. Se lo explicaré cuando venga.

Clarise maldijo con fuerza y sin contención. Amanda estaba acostumbrada a oírla. La americana era más insolente que ella y eso no suponía un problema más que para los que le llevaban la contraria a la matriarca.

—Amanda, es hora de que lo hagas volver.

—No. Estoy muy bien aquí. Mi hijo y yo no necesitamos a nadie.

Clarise no tenía ganas de comenzar una batalla. En la casa todos estaban al tanto de su estado, y por ello la habían hecho sentir entre burbujas de jabón. La cosa había ido demasiado lejos.

Su hijo debía regresar de inmediato y la muchacha tenía que aclarar las cosas.

—¿Te he contado alguna vez que hay una leyenda sobre nuestro lago? —Era el momento de contar eso.

—¿Explica por qué sus aguas son calientes? —Ya había escuchado varias veces que tomar un baño allí era mágico.

Ella cabeceó afirmativamente.

—Mi esposo fue quien me la explicó. Dice que una mujer, porque todo siempre empieza con nosotras, querida niña, le dio problemas a un hombre... Porque nosotras damos alegrías y

problemas, al igual que hacen ellos. —Amanda se rio con ligereza mientras podaba un rosal—. Michael dice que era una mujer tan hermosa como llena de espinas estaba. Enamoró al que consiguió ser su esposo sin esfuerzo. Cuando se casaron, el hombre se dio cuenta de que la mujer elegida no era lo que esperaba. Le hacía la vida imposible...

—Algo le haría él... —dijo viendo cómo se asemejaba el cuento a su historia.

—Quererla, nada más, niña. Entonces un día. El hombre, cansado de no poder amar a su esposa, porque ella siempre lo hacía a un lado con su veneno —Amanda rodó los ojos—, hizo un pacto con la luna. Se bañó desnudo en un agua helada como el hielo más frío, y juró que si la luna conseguía dulcificar el veneno, él conservaría ese territorio para que ella, la luna, pudiera bajar a nadar cuando quisiera. Ese lago le pertenecería a la luna para siempre.

—Ya estoy muy mayor para historias de magia, Clarise...

—Y la luna, interesada en el ofrecimiento de él, decidió aceptar el trato —continuó Clarise la historia sin hacerle caso a Amanda—. La propietaria de nuestro lago, le dijo al hombre que si deseaba obtener el amor incondicional y para toda la eternidad de su amada, solo debía llevarla allí y hacerle el amor mientras ella ofrecía el protector manto de sus rayos de luz para sellar la devoción que ambos encontrarían a su amparo. Por descontado, la mujer se negó. Ella no se iba a sumergir desnuda en un lugar tan frío y menos con su esposo. Tampoco, consentiría dejarse hacer el amor. Su esposo tuvo que robarla en plena noche y lanzarla sin contemplaciones al agua. Su esposa se enfureció y le aseguró que huiría de él en cuanto tuviera ocasión. El hombre entró en el agua y la calentó de tal forma, que no solo el veneno se evaporó de su esposa, sino que el lago se quedó con el ardor que ambos demostraron. Es el embrujo del dulce veneno bajo la luna. Los jóvenes amantes se cuelan en nuestra propiedad para hacerle promesas a la luna a cambio de que selle un amor eterno, como hizo con los familiares de Michael.

Amanda no se creía nada.

—Son supercherías tontas. No pienso creer una sola palabra de lo que dices. Solo quieres influenciarme para que... para que... No sé para qué, pero para algo. Te conozco, americana, me estás enredando en tus tretas. —No mentía, esa mujer era demasiado astuta.

—No te miento. La historia es así desde hace siglos. Como la luna no quiere que nadie olvide a quién pertenece ese trozo de paraíso, trama cada cierto tiempo que la historia se repita. Michael me dijo que la madre de su abuela era tan mala, que podía cocerse en su propia amargura. Ahora le ha tocado a mi hijo y tú tienes que hacer que la luna os bendiga. Si no lo haces, una maldición caerá sobre los varones de la familia y nunca serán felices. Es la tradición. —Aseguró la última frase con mucha cautela—. Debes hacer todo cuanto esté en tus manos, porque Harvey se ha propuesto torturarme hasta la extenuación y debe encontrar una esposa. Tanto da que sea malvada. La luna la puede curar, pero mis hijos deben casarse y tener su propia casa. Creo que desde que lo saqué de la cama desnudo, a Harvey, y lo paseé por el jardín, porque había molestado a una joven dama del pueblo, no me ha perdonado.

—¿Tan rencoroso es el muchacho? No me lo pareció... ¿Cuántos años hace de eso? —Preguntó Amanda mientras imaginaba a un pequeño Harvey enojado.

—Lo hice una semana antes de que llegaras. Soy una mujer con mucha fuerza —señaló al ver que Amanda estaba imaginando cómo habría podido sacar a su hijo desnudo para darle un escarmiento. Bueno, también se sirvió de su pistola, pero ese dato no lo explicaría—. Ahora, dime que harás lo que te pido, o tal vez termines podando las rosas en paños menores... o sin nada de ropa sobre tu bonito cuerpo... Tú eliges, niña. Soy una americana más cabezota que tú. ¡Tejana! La luna apenas consiguió domesticarme... —Levantó una ceja amenazante

¡Era una mujer exasperante! Amanda se quedó pensando en cómo sortear la petición. Si Clarise se lo proponía, haría con ella justo lo que acababa de señalar.

—Está bien... —la rubia volvió a sonreírle toda llena de ternura y bondad—. Cuando mi esposo regrese a casa, lo llevaré a visitar el lago... Pero lo haré cuando regrese. Lo prometo. — Ella sabía que Arnold no volvería mientras ella no diese su brazo a torcer. Si su esposo esperaba que ella le escribiera para pedirle que viniera a verla... ¡Qué se quedase retozando con su amante!

—Muy bien... —estuvo de acuerdo Clarise.

Cuando se hizo la hora de prepararse para comer, la matriarca hizo lo que haría cualquier madre preocupada por sus hijos. Y eso fue: hacer que Michael escribiera una carta a Arnold.

Y la misiva obtuvo el efecto deseado. Arnold entró en la casa a trompicones pidiendo ver a su madre, pero...

El conde de Lancaster era un hombre al que no le gustaba estar sin hacer nada. Pero en los últimos dos meses estuvo haciendo tantos nuevos proyectos, que su hombre de confianza deseaba asesinarlo.

—¿Los astilleros?

—Sí. Todo en orden.

—¿Las minas de cobre están resultando?

—Sí.

—¿El ferrocarril pasará por las tierras que has dicho?

—Sí. —El señor March deseaba marcharse a su casa y el conde no lo dejaba en paz ni un solo minuto del día. ¿Desde cuándo se había vuelto tan exigente? Ah, sí, desde que no podía emplear su tiempo en cosas como complacer a una mujer... se dijo el buen hombre.

—Hay un nuevo proyecto sobre algo llamado... —Arnold no recordaba el nombre.

—Milord —lo interrumpió—, creo que debo decir basta. No hablé cuando me sacó de la cama a las cuatro de la madrugada, porque creyó que el negocio del jabón sería próspero puesto que todo el mundo debía usarlo y se produciría en masa. No dije nada, cuando entró en mi despacho y me obligó a despedirme de aquella pelirroja que estaba deseando que yo...

—Sí, sí. Lo sé —lo cortó con aburrimiento el conde—. He estado abusando de ti en los últimos meses. No hace falta que digas una palabra más, te pagaré el triple de lo estipulado. ¿Estás satisfecho?

—No, no lo estoy. Porque desde que se casó, milord —él usaba la formalidad cuando deseaba mostrar disconformidad. Arnold se dio cuenta de que lo estaba haciendo—, ha estado imposible. Cuando llevó a su casa a vivir a la nueva condesa, estuvo irritable, cuando la perdió, se convirtió en un ogro, y cuando la dejó en la casa de campo con sus padre, usted pasó a ser un malvado dragón que escupe fuego por la boca. Todos nos hemos dado cuenta. Si al menos pudiera contentarse con otra mujer...

El conde se levantó de la mesa del despacho y sirvió dos copas de brandy. Le dio una a su

amigo. Tomó el asiento que figuraba junto al señor March.

—No puedo acostarme con otra mujer porque la deseo a ella. —Puesto que no era la primera copa que tomaba en el día, tenía la lengua muy suelta. Desde que había regresado del campo, un nombre lo atormentaba: Frederick. Ese hombre ya le quitó una prometida... ¿También le iba a quitar a su esposa? Fue tan duro y humillante, que para tratar de olvidar aquello, se refugió en el alcohol. Esa medicina no funcionaba, porque sufría cuando subía a su habitación y observaba la puerta que no estaba separando la habitación de su esposa, o se acostaba en su cama, donde tantas veces en poco tiempo le había hecho el amor... Todo era muy duro.

Arnold había intentado saciar el hambre por Amanda con Rose. Estaba furioso y creyó que su amante lo ayudaría a... a... a... No sabía a qué, pero tampoco funcionó. No pudo acostarse con ella porque no la deseaba. Pudo haber saciado la necesidad con ella, como otras veces había hecho. Su amiguito, ese que tenía entre las piernas, no estaba de acuerdo en tomar a otra mujer que no fuera la belleza rubia.

—Debo confesar que no comprendo tu problema. Tal vez si me lo explicaras... —lo animó el señor March.

—Deseo hacer el amor con mi esposa.

—¡Por amor de Dios, ve al campo y tómalala! Los que trabajamos para ti te lo agradeceremos... —El hombre se rio con humor. ¡La cosa era más que sencilla!

—No es tan fácil.

—¿No es tu esposa?

—Lo es.

—¿No te pertenece?

—Es mía, sí.

—¿Dios dio el visto bueno al trato?

—Un obispo certificó el asunto. Se llevó una buena compensación por hacer algo tan descabellado como officiar una improvisada boda en medio de un baile social. —Una pequeña fortuna como le costaron los vestidos de su esposa.

—Ve y acuéstate con ella. Es así de simple.

—No. Me temo que con mi esposa nada es simple. Te lo he dicho antes, ¿no me escuchas? —inquirió de modo muy rudo.

—¡Pero si es tuya para servirte! —saltó indignado el otro hombre.

—Como se nota que no estás casado... Ella puede hacer de todo un infierno...

—¿No eres capaz de someterla con un buen revolcón? —preguntó con asombro.

El conde aulló cansado.

—Ya te he dicho, que con Amanda todo es muy complejo. Ella puede deshacerse en mis brazos y al segundo, hundir un cuchillo en mi corazón... —Era justo el sentimiento que él tenía desde que lo llamó por el nombre de otro hombre... Desde que no la tenía a su lado.

—¡Estás enamorado! —chilló de imprevisto el señor March mientras se reía con ganas.

—¿Qué te hace tanta gracias? —cuestionó sin humor.

—¿No lo niegas? —consiguió preguntar en medio de tantas risas.

—Es mi esposa. Se supone que debería enamorarme de ella aunque quiera asesinarla con mis propias manos a cada rato —adujo con la boca muuuy pequeña.

—Gracias.

—¿Gracias? ¿Por qué me das las gracias? —Ese hombre no usaba muy habitualmente esa palabra.

—Porque me has hecho ganar un buen dinero.

—¿Disculpa?

—Verás, mientras todos apostaban contra ti señalando que morirías antes de un año o que la matarías antes de una semana, yo aposté a que antes de que se cumpliera tu primer año de matrimonio, los dos tendríais un bebé —explicó con satisfacción. Esa apuesta se pagaba ocho a uno. Él iba a conseguir mucho dinero.

—¿Un hijo? Si ni tan siquiera me acuesto en la misma ciudad que lo hace ella... No es por desilusionarte, amigo mío, pero no creo que ganes. No pienso regresar a la finca de campo si no tengo una buena razón para hacerlo. Ella es más orgullosa que yo, y me he jurado que no le daré la satisfacción de verme suplicar.

—Vamos, vamos, Lancaster. Muchos hombres han suplicado antes y por cosas menos importantes, como que una bonita mujer les abriese las piernas... Sé que voy a ganar.

—No lo harás.

—¿Qué te apuestas a que esta misma noche te entregan una carta venida de Melory Park?

—¿Cuánto has estado bebiendo antes de que yo llegase al despacho, March? —Ese hombre no estaba cuerdo.

—¿Qué me dices de... 50 libras? —lo tanteó él.

—¿50? ¿Por lo que acabas de afirmar?

—Exacto, no quiero aprovecharme de ti.

—¡Qué sean 5.000! —propuso extasiado, el dinero más fácil jamás conseguido.

—¿Cómo vas a pagarme, lord Lancaster? ¿Me enviarás un pagaré o me lo darás en metálico? —preguntó con una sonrisa torcida.

—De inmediato. ¿Cómo lo harás tú? —contraatacó.

—Yo no voy a perder. ¿Seguro que deseas apostar 5.000 libras a que hoy recibes una carta proveniente de Melory Park? —Le dio una nueva oportunidad para echarse atrás.

—¡Diablos!, claro que sigo adelante.

—Muy bien. —El hombre se levantó y se sacó una carta del bolsillo de atrás—. Aquí tienes tu carta. Olvidé dártela esta mañana, porque cuando llegué a tu casa me gritaste como un demente, que fuera a comprar acciones de los astilleros. Ahora págame tu deuda —lo invitó con una brillante sonrisa.

Lancaster abrió la carta sin recriminarle nada. Si la misiva era de su esposa y él mañana pudiera estar haciéndole el amor... Pagaría el doble, no, el triple, o mejor, daría su fortuna por tenerla en sus brazos y que ella confesase su amor eterno... Arnold miró la copa que tenía apoyada sobre la madera de su elegante escritorio de roble. Tenía que dejar de beber de inmediato, porque no hacía y decía más que sandeces.

—¿Y bien? —Ver que su patrón no abría la boca y que leía y releía la carta le dio mala espina.

—Sí. Sí, sí te pagaré ahora mismo. Ten paciencia —Habló con molestia.

—¡Sé que me pagarás de inmediato! —se ofendió el señor March—. Preguntó qué noticias tienes... ¿Son de tu esposa? —inquirió con más cautela.

—No. Lamentablemente son de mi madre. La arpía rubia la ha metido en la cama y Clarise dice que se muere. Debo ir de inmediato.

—¿Cómo has dicho? ¿Clarise está enferma? ¿En la cama a causa de tu esposa? —Él usó el nombre de pila de la madre del conde porque todos las que la conocían la llamaban así. Si no se replegaban a sus órdenes... mejor hacer lo que la americana tirana solicitaba.

—Lo que has oído. Mi esposa ha superado en astucia a mi madre. Cuando le dejé allí creí

que... —Arnold negó con la cabeza—. No importa.

—Que Clarise la pondría en su lugar —terminó el hombre la frase por el conde—. Imaginé que la habías dejado allí por algún motivo.

—Mal asunto. Me parece que me queda pedir el divorcio... —Su madre era la mujer más fuerte que conocía. Clarise no se quedaba más de lo necesario en la cama. Si su padre le había escrito para decirle que su madre estaba al borde de la muerte... Veía ahí la huella de Amanda.

—Lo siento mucho... —dijo el hombre de confianza de Lancaster mientras se ponía de pie y fruncía el ceño con verdadera preocupación. Al conde le conmovió esa muestra de sensibilidad por su madre y por su vida íntima con su esposa. Era un buen amigo.

—Clarise es una mujer fuerte. Mi madre peleará con Dios hasta el fin de los tiempos. La americana juró que no abandonaría este mundo hasta que los tres estuviésemos casados. Solo yo lo he conseguido. Todavía quedan dos a los que debe casar. No te apures.

—Claro, claro... —apuntó pensativamente. Lo miró con verdadera preocupación y una vez más Arnold se conmovió por la verdadera amistad que sentía en estos momentos—. ¿Crees que me dejarían anular una apuesta en el libro de White's? Si robase la página... Tal vez...

El conde suspiró con fuerza y negó con la cabeza. El señor March era imposible... ¡Más que su esposa!

—Te daré las 5.000 libras ahora. Así podrás empezar tener algo que adelantar cuando te pidan la fortuna que vas a perder, amigo mío... —Le dijo con gran pesar. Los dos perdían mucho si él no conseguía conquistar a su esposa.

El conde subió a su habitación y pidió un baño. Preparó un pequeño equipaje y salió esa misma noche en busca de su madre, dispuesto a encontrar un nuevo lugar en el que confinar a su preciosa y mortal esposa. Si la rubia había podido con Clarise... mal asunto.

Era muy tarde. Aunque las primeras luces del sol no tardarían en aparecer. Todo Melory Park estaba en pie, incluida Amanda. Había oído al servicio comenzar a moverse desde detrás de la puerta de la habitación que ocupaba. Por supuesto que Clarise la instaló el primer día en una bonita estancia, pero no era la de la condesa. Amanda se disgustó, pero comprendió que no conseguiría ganar a esa mujer. ¡Ella sabía disparar una pistola!

Se puso su larga trenza hacia atrás después de enfundarse una bata y las zapatillas. Se acercó a la escalera y vio muchos candelabros prendidos. Se alarmó y bajó de inmediato.

—¡Tú! —Su esposo la agarró por el brazo y la zarandeó. Amanda gritó por la sorpresa.

—¡Ella no tiene nada que ver! —oyó Amanda que señalaba la americana. Vio al padre de su esposo rodear por la cintura a Clarise para evitar que interviniese.

—Desde luego que sí. Eres Lucifer —le escupió en la cara—. Nunca sentí tanto mal en una misma persona. Lamento profundamente el día en que te conocí. Cuando el esposo de tu hermana comenzó a mostrarse tan entusiasmado con tu marcha de su casa, debí prever la maldad que rezumaba por tus venas. Tus besos lograron adormecer mis sentidos y puesto que soy un hombre

de honor, me vi obligado a casarme contigo. Un aspecto que remediaré de inmediato. Yo te repudio, Amanda. Iré a la Corte y pediré el divorcio.

—¡Arnold! —chilló su madre mientras sollozaba.

—No, Clarise —dijo sin dejar de mirar con furia a Manda, quien temía por su seguridad en esos momento—. Esto ha ido demasiado lejos. Esta víbora —le apretó el brazo y ella se negó a mostrar que le había hecho daño—, ha terminado de hacer su último acto de terror. Jugar con la salud de mi madre para traerme aquí... Eres ruin, rastrera y miserable. Tuve que haberte hecho mi amante. Solo deseaba yacer contigo y creí que eras una dama, no una meretriz. Eres el peor error de mi vida. Mi único delito fue desearte y amarte. Tú sola has cavado tu tumba. Has transformado mi amor en veneno, el mismo que suelta tu lengua viperina. Nunca más, Amanda. Te pudrirás en la calle, sola y sin nadie que te dé amparo. Ni tu hermana te abrirá las puertas de su casa. Su esposo no lo consentirá. Recoge lo que has sembrado y disfruta de tus últimas horas como condesa de Lancaster. Si no tuvieras ya esas marcas en tu espalda, yo mismo te azotaría... —Pudo terminar la frase antes de que Harvey llegase por su lado y le propinase un fuerte puñetazo.

El conde no soltó a Amanda. Miró a su hermano con furia mientras con la mano izquierda cogía un pañuelo para limpiarse la sangre de la nariz.

—En pocos días será libre. Sigue fornicando con ella si ese es tu deseo. La he enseñado bien.

Harvey volvió a levantar los puños y se acercó con la única pretensión de volver a golpear a su hermano, esta vez más fuertemente.

Lancaster soltó a Amanda con violencia y fue a caer a los brazos de Michael. El conde agarró el puño de su hermano y el impacto no llegó a producirse.

—No pelearé contigo, hermano —Lancaster la miró otra vez con auténtica cólera—, porque será un nuevo triunfo para ella. Y no le daré mayores satisfacciones —Lancaster sonrió de lado—. Espero que al menos te llames por el nombre correcto cuando la hiciste gritar. Suele olvidar el nombre del hombre que la está poseyendo.

Le dio un fuerte empujón a Harvey y se marchó de la casa obviando los gritos de su madre para que regresase y le pidiese perdón a su esposa. Aunque no pudo evitar frenar en la puerta principal. Se giró y miró a la americana.

—Antes el infierno se congelará —apostilló mientras todos lo juzgaban con indignación.

Y justo en ese momento, todo se volvió negro para la rubia. Michael consiguió sostenerla hasta que su hijo menor pudo hacerse cargo de la situación. El conde ya estaba muy mayor para estos escándalos, pensó mientras recordaba el momento exacto en el que su esposa se enteró de que llegaba a Londres para casarse con él, y ella le mostró la increíblemente buena puntería que tenía con una pistola... En su momento, Clarise se vanaglorió de que sería capaz de darle en sus partes íntimas —si alguna vez la hacía sufrir— desde una larga distancia. No lo hizo jamás: ni él la disgustó, ni ella tuvo que probar la veracidad de su apreciación. Prueba de ello, era que su esposa todavía tenía apetencias por sus nobles partes privadas y estas figuraban intactas.

¿Por qué el matrimonio de su hijo no podía ser igual de sencillo que el suyo? El anterior conde de Lancaster maldijo mientras su esposa ordenaba que fueran en busca del médico.

Amanda se despertó en su cama horas más tarde. Abrió los ojos y se sobresaltó al ver junto a ella, sentada en una silla y con medio cuerpo apoyado en el lecho, a Clarise.

—Americana... ¡Americana! —gritó más fuerte para despertarla—. ¿Qué haces en mi cama? —preguntó cuando tuvo la atención de la mujer.

—¡Gracias a Dios! Creí que la pena te sumiría en un largo sueño... —dijo con gran alivio la mujer.

—¿Pena, yo? ¿Te has dado un golpe en la cabeza, Clarise?

Hubo un silencio muy pesado en la habitación.

—Amanda no me mientas. Ni tú eres capaz de no desmoronarte después de lo que dijo mi hijo. Confieso que tuviste mucho... En fin, yo creo que hubiera ido a buscar mi pistola y le habría dado un escarmiento.

Amanda sintió que algo amargo le subía por la garganta y no pudo contenerse. Depositó el líquido en el suelo, justo al lado de las mejores botas de la madre de su esposo, que quedaron salpicadas.

—Sí, niña, también pudiste haber hecho eso sobre Arnold, ayer...

La mujer salió de la estancia para ordenar al servicio que arreglasen el estropicio. Amanda se levantó y comenzó a controlar el llanto que la embargaba. Se colocó un sencillo vestido de paseo y comenzó a andar sin rumbo fijo.

Cuando llegó a los establos y vio a esa preciosa yegua blanca, decidió que tenía que subir y marcharse de allí. Ordenó al mozo que le ensillase al animal y se subió.

Comenzó a cabalgar mientras lloraba sin poder contener el dolor de su corazón. Cada palabra, cada gesto, cada recriminación que le dijo, dolía todavía más que la vara que usaba su padre sobre su carne. La odiaba. Lo había conseguido. Él se divorciaría de ella. Su hijo no tendría un padre. Sería un bastardo que crecería sin el amor de una familia —como le había sucedido a ella—, y sin la protección del título de su esposo. Sola por completo. Al fin lo había conseguido. Sin nadie a quien recurrir.

Lo amaba. Lo había amado desde la primera vez que sus labios se posaron en los masculinos. No había querido reconocerlo, porque era demasiado orgullosa para admitir que lo necesitaba y lo quería a su lado. Necia. No supo apreciar lo que se le había concedido aún sin merecerlo. Era un hombre perfecto. Apuesto, rico, que siempre se había preocupado por su bienestar y la había amado. Entre tanto dolor y tanta recriminación, él confesó haberla amado. Ella sola había exterminado su amor. Ya no había marcha atrás. El dolor era insoportable. El llanto no se podía contener.

No era solo lo que le hacía sentir cuando se refugiaba entre sus brazos. Una sencilla caricia de él, la hacía olvidarse de todo. Estaba bien a su lado. ¿Felicidad? No había conocido la felicidad hasta que llegó él a su vida. No únicamente habían sido las cosas materiales que le había ofrecido. ¡Pero si se gastó una pequeña fortuna en vestidos y no hizo ni una sola recriminación al respecto!

No quiso admitirlo entonces porque no estaba preparada para poner su corazón al desnudo. Trató de convencerse que cuando le hacía amor, ella solo le entregaba su cuerpo, pero hubo mucho más entre ellos. No supo lo que deseaba de él, cuánto lo necesitaba, hasta que anoche lo oyó espetar todas esas cosas. Vio el odio en su mirada y su corazón se partió en mil pedazos. Era una mujer enamorada, cuyo orgullo había alejado al único hombre al que una vez amó.

Amanda sentía que deseaba morir. La yegua pareció leerle la mente. Llegó hasta un acantilado. Amanda miró al frente. El sol estaba en todo su esplendor. No merecía seguir viviendo. La vida le había hecho daño y ella decidió hacer más daño allí donde iba. Lo había herido. Un hombre que

nunca se había mostrado violento había perdido los nervios por su causa. No alcanzaba a comprender el motivo, pero tal vez, alguien le hubiera dicho algo acerca de ella. Tal vez, aquel abogado que una vez la amenazó, había reaparecido y le confesó lo que trataron de hacer con ella. Podría ser que su esposo hubiera descubierto también la perversión de la que más gozaba su padre... La repudiaría. Esa mirada de asco que él le ofreció mientras explicaba lo que verdaderamente opinaba de ella. Amanda no tenía derecho a réplica. Incluso era la culpable de que los dos hermanos se hubieran peleado. Culpable. Era culpable de todos los cargos y merecía pagar por ello.

Miró el precipicio. Ella era muchas cosas, pero no era tan cobarde como para quitarse la vida. No le quedaba nada, no tenía a nadie a quien recurrir, pero no pondría fin a su sufrimiento de una forma tan sencilla como saltar. Lucifer tendría que esperar un poco más para venir a llamarla.

Azuzó su montura para que la yegua reculase. La mala fortuna hizo que una serpiente se cruzase por delante y el animal se encabritase. Amanda no pudo controlarla y salió despedida contra el suelo. Su mejilla derecha se dio un fuerte golpe contra una roca punzante que le atravesó la carne. Su pierna, derecha también, se fracturó en el acto. El dolor fue tan intenso que la rubia perdió en conocimiento en el acto.

Y así estuvo hasta dos horas después, cuando un grupo de hombres la localizó al fin.

Capítulo 11

Una desesperación sin igual

Melory Park se había sumido en las tinieblas. Clarise se dio cuenta de que ella había huido nada más regresó para explicarle que la culpa de lo sucedido recaía sobre su persona. Cuando la matriarca se despertó por el sonido de los cascos de un caballo y bajó para ver qué había sucedido... El infierno se desató cuando Arnold la vio tan llena de vida. Acusó a su esposa de haber usado la salud de su madre para tratar de someterlo. Y juró que sería la última vez que la arpía jugaba con él.

La americana sabía que su hijo sufría mucho, y que llevaba sufriendo demasiado cuando oyó toda aquella furia suelta. Trató de explicarle que Amanda no sabía nada al respecto y que la responsable había sido ella, Clarise. Arnold no oía nada. Su madre sabía que él estaba demasiado centrado en su dolor y rabia, y que no atendería a razones hasta que se calmase. Ni tan siquiera su padre pudo hacerle entrar en razón.

Y toda la rabia que él había tratado de controlar, se desbordó sin que nadie pudiera refrenarlo. Solo Harvey, quien llegó Dios sabía de dónde, impecablemente vestido, fue capaz de que él no hablase más. Ella misma le hubiera dado ese rechazazo, porque no era su hijo el que hablaba, sino el dolor que se había ido instaurando en las profundidades de su ser, que había despertado incontenible y ya no podía ser acallado.

Cuando la americana vio que Amanda se desvanecía, creyó que el disgusto la mataría. Pensó en su nieto y llamó de inmediato al doctor. El médico la invitó a esperar y señaló que la madre y el niño estaban bien. El galeno recomendó tranquilidad para la gestante y Clarise se mantuvo a su lado aguardando a que despertase y con miedo de que no lo hiciera nunca más. En aquellos momentos en los que Amanda parecía tan débil en su cama, ella creyó que nada peor podría suceder. Y rezó a Dios para que a la esposa de su hijo, y al bebé que portaba, no les sucediera nada, porque conocía a Arnold y si algo les sucedía, él no se lo perdonaría jamás.

Y al fin sus plegarias tuvieron su recompensa. La rubia abrió los ojos y parecía estar como siempre. Ciertamente vomitó, pero eso era del todo común para una mujer embarazada. Harvey se ocupó de que ella estuviera al borde de la muerte cuando su hijo se apoderó de su estómago y se empeñó en hacerle vaciar el contenido de su estómago hasta bien entrado el cuarto mes de embarazo.

Cuando Clarise regresó a la habitación de la esposa de su hijo, y no la vio allí, supo que algo no iba bien. Dio la voz de alarma y todos se pudieron a buscarla. El mozo dijo que la condesa había salido a montar a caballo. No regresaba y tampoco daban con ella. La americana intuyó que se avecinaba una tormenta de proporciones bíblicas. En el mejor de los casos, Amanda había huido y no sabía si conseguirían encontrarla. En el peor, algo malo le había sucedido, desde un secuestro, un asalto o una caída.

Y se confirmó lo más grave. Cuando la vio llena de sangre en los brazos de uno de los arrendatarios, gritó de impotencia. Varias doncellas y ella misma la adecentaron para comprobar los daños. El médico fue nuevamente requerido y esta vez el hombre se quedó a pasar la noche.

Amanda tenía una fractura muy severa en la pierna. Su bello rostro estaba magullado, y una fea herida atravesaba su mejilla. El médico explicó que ella debía despertar y que si no lo hacía

pronto, tal vez no lo hiciera nunca. El golpe en la cabeza había sido muy importante. La americana no se atrevió a preguntar por el bebé porque intuía que...

—Clarise —la llamó Michael para que su esposa abandonase los cuidados de Amanda y lo atendiese. La americana avisó a una doncella antes de salir de la habitación. No volvería a dejarla sin supervisión jamás. Si ella no hubiese salido de la habitación para ordenar la limpieza e ir a cambiarse las botas... La madre de Arnold se sentía muy responsable de la situación.

Cuando salió al pasillo, la americana cerró la puerta para que Amanda no pudiera escucharlos en caso de que despertase.

—¿Qué sucede?

—Debemos avisar a nuestro hijo. Arnold debe venir. Ya debería estar aquí. —Michael habló con mucha preocupación. Amanda presentaba un aspecto tan grave y desolador que lo peor podía llegar a suceder.

La tejana negó con energía.

—Si lo hago llamar y la ve en ese estado, se maldecirá y se echará la culpa. La ama de un modo tan intenso... —El odio de él detonaba que así era, porque un hombre que se sentía herido y humillado por una persona por la que no sintiera nada, no habría mostrado esa reacción tan intempestiva. Su pequeño, porque sus hijos siempre serían sus cachorros, sufría mucho y si la veía así...

—Si no lo haces, tal vez ella muera y él no pueda despedirse, Clarise. Es su esposa. Dijiste que está muy enamorado de ella. ¿Qué quieres hacer? Si algo le sucede a ella y no le avisamos, Arnold desatará un infierno aún peor sobre nosotros. Es digno hijo tuyo.

Clarise sonrió de lado. Tejano. Era inglés de nacimiento, pero su sangre era la de su familia americana. Callado, tranquilo, pero mortal cuando la bestia se despertaba.

—No sé qué hacer, Michael. Por primera vez en mi vida, no tengo claro cómo actuar. Si ella sobrevive y se recupera, él no sufrirá tanto... —La americana se sentía culpable por haberla dejado sin supervisión, ¿qué no sentiría su hijo si llegaba y la veía así después de haber sido tan cruel con ella? Arnold la amaba y en cuanto supiera que ella había intentado quitarse la vida...

—La encontraron al borde de precipicio, ¿crees que ella iba a saltar? —su esposo pareció haberle leído la mente en ese momento.

—No lo sé, mi amor. Cuando la vi por primera vez supe que ella era un mujer atormentada. No había luz en su mirada, sino oscuridad. Mucha oscuridad envolvía ese azul tan claro. No sé de qué es capaz esa mujer. Solo te diré que he visto las heridas de su espalda. Ella ha visto la crueldad de cerca... Tal vez Arnold provocó que ella... —No pudo seguir con la frase.

—Escribiré a nuestro hijo para pedirle que venga de inmediato. Lo haré ahora mismo. —El anterior conde de Lancaster se marchó de allí a toda prisa. Si a Amanda le quedaba poco tiempo, Arnold merecía poder... Michael no quiso seguir con ese pensamiento.

—¡No le desveles demasiado! —le advirtió Clarise mientras regresaba a velar por Amanda.

Michael tomó papel y la pluma. Miró la hoja en blanco y comenzó a escribir. Rompió la hoja. Tomó una nueva y comenzó de nuevo. Una vez más terminó arrojada en el fuego. El hombre se levantó y se dirigió hacia la habitación de Harvey. Despasó las cortinas sin miramientos.

—Oh, Marian, eres malvada... —expuso el joven mientras revoloteaba por la cama—. Así no conseguirás nunca que desee besarte, angelito...

Michael rodó los ojos. El menor era su hijo más pícaro. No solo tenía una apariencia muy apetecible, sino que tenía demasiada... demasiada... ¡Era como un caramelo para atraer a las mujeres!

—¡Harvey!

El muchacho se incorporó ante el grito que reconoció, era de su padre.

—¿Es Amanda? —preguntó con temor. Ver a esa bonita muchacha en ese estado... Le había tomado mucho cariño, entre otras cosas porque ella le había enseñado varias cuestiones para identificar cuándo una mujer estaba interesada en él. Le dijo que debía prestar atención al batir de las pestañas, al uso del abanico y si una dama usaba algún pretexto para tocarle la manga, entonces sabría que su presa caería.

—Tienes que ir a Londres a buscar a tu hermano.

—¿Vas a hacer que venga después de lo que ha hecho? —inquirió con asombro.

—Las cosas no son nunca lo que parecen. Tu hermano tiene sus motivos y su esposa los suyos. No debemos tomar parte en el conflicto. —Al menos era lo que decía su esposa, pero bien que ella había enviado una carta falsa que había provocado una situación del todo compleja. Michael no volvería a pensar en estas cosas. No había que buscar culpables, sino soluciones.

—¿Estás seguro de que debo ir a por Arnold? No lo vi en buenos términos con su esposa... Tal vez le de igual si ella muere. —Las palabras del conde lo hicieron estremecer hasta tal punto, que tuvo que cerrarle la boca del único modo que se le ocurrió: con un puñetazo.

—No seas ridículo. Es su mujer y está embarazada, si algo malo les sucediera, él convocaría al maligno y haría un pacto con Satanás para que se los devolviera... ¿Aún no conoces a tu hermano?

—Creí hacerlo, pero hasta anoche, nunca pensé que él...

—Un hombre humillado y celoso es capaz de cualquier cosa, Harvey. Tenlo en cuenta cuando pienses en meterte en la cama con una mujer casada. El señor Hamilton pudo haberte pegado un tiro y lo haría con motivo.

—¡Fue su esposa la que se me echó encima! —se quejó el joven, pues bien sabía a quién se refería su padre—. Ni tan siquiera me gusta esa mujer —apostilló ofendido.

—¿Y la marquesa Winches? —inquirió Michael con una ceja levantada.

—Su esposo es un vejestorio... ¡La mujer necesitaba un poco de diversión! —se excusó.

—Sal de inmediato para Londres y trae a tu hermano antes de que sea tarde.

—¿Y si no quiere venir?

—Haz que venga, Harvey. Tu madre no nos lo perdonará si Arnold no llega a tiempo y Amanda... —no siguió la frase. Debían tener esperanza.

—Si le digo que su esposa está al borde de la muerte, puede suceder que él se niegue a venir o que lo haga tan rápido que mate al caballo de extenuación. ¿Qué hago si se niega a verla?

—No le digas nada como eso... Lo matarás de preocupación —lo reprendió molesto Michael.

—¿Y qué se supone que debo hacer, padre? ¿Cómo lo atraigo hasta aquí? Él sabe que su esposa sigue en esta casa, no tendrá ganas de verla otra vez si no desvelo que está herida. Y me dices que tampoco puedo hablarle de su delicada situación... ¿Cómo lo hago?

—¡Harvey, usa esa cabeza que Dios te ha dado para pensar en algo más que para seducir a una mujer! —gritó molesto el anterior conde mientras se marchaba de allí apresurado, porque a él tampoco se le ocurría ningún motivo para hacer venir a Arnold. De hecho, había abandonado la redacción de las misivas, pues no tenía ni la menor idea de qué explicarle a su heredero.

El menor de los hermanos hizo lo mandado en tiempo más que aceptable. Llegó a Londres y se presentó en casa de su hermano lo más rápido que le permitió su caballo. Cuando vio lo que tuvo antes sus ojos, estuvo seguro de que ese que estaba en el suelo, tirado frente al fuego, no era Arnold. Pues el heredero nunca había hecho nada irreprochable. Era todo un modelo de corrección y decoro. Si la americana lo viera ahora...

Entró en el despacho y le colocó una bota sobre la espalda para ver si estaba muerto. Allí apestaba a alcohol.

—¿Hermano? ¿Sigues con vida? —Harvey se acercó para tomarle el pulso.

—Aunque lo estuviera todavía queda por delante de ti Kevin. No te hagas ilusiones.

—Cuando tu mayordomo me dijo que no recibías visitas, creí que... En fin, no esperé nada como esto. ¿Te habías emborrachado antes? Nunca te vi beber más de dos copas seguidas... —El muchacho miró al suelo y contó hasta cuatro botellas vacías de lo que parecía ser whisky.

—¿Qué quieres? —inquirió desde el suelo.

—Desde luego no estoy interesado en tu título —retomó una reflexión que Arnold acababa de dar a entender hacía unos minutos. Se le ocurrió una buena idea que tal vez funcionase—. Si tú y mi hermano Kevin murieseis, tampoco podría heredar el condado. Los deberes y beneficios del título, me temo que corresponden a otro.

—¿De qué demonios hablas? —preguntó el conde mientras se levantaba del suelo y se recomponía su atuendo. Figuraba con la camisa por fuera de los pantalones y el chaleco solo estaba colocado en uno de sus brazos.

—De tu hijo. ¿Él sería tu heredero verdad? O puede que tengas una hija... Como sea, tendremos que esperar a ver el resultado.

Lancaster se sentó en su silla y miró con atención a su hermano que acababa de hacer lo mismo en el asiento de enfrente.

—Es una mujer muy astuta, hermano. Yo estuve en tus pantalones una vez. No le des poder o te obligará a hacer cualquier cosa. Su belleza es una maldición.

—Bueno, su belleza ya no es... —se calló. Harvey sospechaba que si sobrevivía, el rostro de ella ya nunca se vería igual—. Tienes que venir a casa conmigo —recordó su misión inicial.

—Claro que sí... —señaló sin humor—. La muy bruja se ha inventado un embarazo y tú te has prestado a su engaño. Creí que serías más inteligente. ¿No oíste todo lo que dije anoche, hermano?

—Te llevaste un buen puñetazo porque oí perfectamente lo que dijiste, hermano —la frase fue dicha con un deje sermoneador.

—Y sigues viviendo para contarlo, porque decidí que no deseaba enfrentarme a la ira de Clarise en caso de haberte matado de un golpe —expuso con tranquilidad—. ¿Qué quieres?

—Te lo he dicho, tienes que venir a Melory Park conmigo.

—No.

—Te acabo de decir que tu esposa está embarazada. ¿No irás a verla? —Se le ocurrió que ese sería un buen argumento. No parecía serlo.

—No hay garantías de que sea verdad. Menos de que el niño sea mío —Arnold levantó una ceja acusadora.

—Creo que vamos a tener un problema con nuestra madre —apuntó despreocupadamente Harvey que se acababa de levantar de la silla.

—¿Lo tendremos?

—Sí, porque nosotros dos vamos a batirnos en duelo por el honor de tu esposa, y el que quede vivo, tendrá que decirle a Clarise que ha matado a uno de sus hijos...

Arnold suspiró con fuerza.

—No voy a pelear contigo, Harvey.

—Tendrás que hacerlo si me vuelves a acusar a mí o a ella de algo tan vergonzoso como lo que has dicho. Si alguien te oye, sembrarás la duda sobre tu hijo y lo convertirás en el blanco de burlas y especulaciones. No lo consentiré, Arnold. —Harvey era un pícaro, pero tenía el sentido de honor de los Lancaster y también había furia tejana por sus venas. Tal vez no tanta como en el resto de sus hermanos, pero era hijo de la americana también.

—Vuelve a sentarte. Me contendré en manchar el honor de la dama. Tal vez no haya bebé. ¿No te lo has planteado?

—¿Crees que es fácil engañar a nuestra madre? —lo retó el menor.

—Hablas de mi esposa. Sí, Amanda es capaz de que un santo pierda la paciencia. Si hubieras conocido al esposo de la hermana de Amanda, al conde de Strangened, antes comprenderías lo que digo.

—¿El qué? —preguntó sin saber de lo que hablaba su hermano.

—Ese hombre, lord Strangened, se había ocupado del bienestar de Amanda desde que mi esposa se quedó viuda. Cuando lo vi por primera vez, me pareció un hombre delgado, con la mirada perdida, poca cosa... Me encontré con él hace un par de semanas. El hombre parece un dios hercúleo. Está tan lleno de vida y vigoroso que no creí que fuera el mismo. Ese es el efecto que causa mi esposa.

—En Melory Park todos la apreciamos mucho. La cocinera incluso le prepara tus deliciosos dulces de leche y ya sabes que la señora Millis no le hace ese manjar a cualquiera. Clarise la trata como a su propia hija y si padre no hubiera estado frenando a tu madre cuando ofendiste a *lady* Lancaster, creo que ella misma te habría dado un par de puñetazos. —En verdad Harvey lo creía. Su madre era una mujer muy fuerte con mucho temperamento.

—Regresa a casa. Estoy cansado y tengo trabajo. Si dices que Amanda es tan querida allí, quedaosla. —Arnold tomó un libro que había a su derecha para que Harvey comprendiese que la entrevista había finalizado.

El menor de los hermanos lo había intentado. Puesto que ya se había cansado de agotar la vía diplomática, optó por un abordaje más contundente.

—¿Te haría regresar a casa si te dijera que tu esposa embarazada de tu hijo está tumbada en la cama debatiéndose entre la vida y la muerte porque ha sufrido una dura caída de caballo, y no sabemos cuánto tiempo le queda o si se recuperará? —¿Qué había más directo que esa declaración? Harvey estaba harto de perder el tiempo y él si estaba cansado, que había cabalgado sin descanso durante un buen puñado de horas.

Lancaster soltó el libro y lo examinó con hastío.

—Como la carta que llegó sobre mamá, en la que se me informaba de que estaba moribunda, ¿verdad?

Harvey apoyó las dos manos en su escritorio y colocó medio cuerpo sobre la madera para mirarlo seriamente a los ojos.

—No miento. Amanda está muy mal. Ven conmigo ahora y míralo por ti mismo. Si miento, podrás usar la pistola de Clarise para pegarme un tiro por embustero. Yo mismo la colocaré en tu mano.

La seriedad y formalidad, incluso la amenaza intrínseca que había en sus palabras, todo parecía decirle que su hermano pequeño no estaba mintiendo. Arnold lo miró sin pestañear durante al menos dos minutos para ver si descubría el farol. Eso no pasó.

—Más te vale que en verdad mi esposa esté en el estado en el que dices —dijo prácticamente sin pensar demasiado en lo que estaba señalando, y no asumiendo aún que Harvey podía decir la verdad—, porque de modo contrario, el que acabará en ese estado serás tú y no tendré remordimientos.

—Desearás que yo haya contado una mentira, hermano.

Harvey se dio media vuelta y se marchó para buscar un par de caballos de los establos. El ejemplar con el que había llegado necesitaba descansar y sería mejor dejarlo en la ciudad hasta que regresase de nuevo.

El conde de Lancaster no deseaba detenerse a examinar lo que sería descubrir lo que su hermano había explicado. Entre otras cosas, porque conocía a Amanda lo suficiente para saber que cuando él entrase por la puerta, ella tal vez podría arrojarse a sus pies y suplicarle perdón. No porque lo amase, sino que, más bien, sospechaba que la rubia se acabaría dando cuenta de que si se divorciaba de ella, se quedaría en la inmundicia y eso le daría impulso para tener que arrastrarse ante él.

Entró en la casa y aquello era del todo tétrico. Melory Park parecía una casa embrujada que había sido poseída por fantasmas. Todo era silencio y penumbra. El personal estaba muy apenado y lo miraba con lastima.

—Harvey... —Susurró sin darse cuenta mientras discurría por los pasillos.

—Te avisé de que no mentía y de que te arrepentirías. —El menor había estado tan enfadado que durante todo el viaje no le dirigió la palabra—. Mamá la acomodó en la habitación melocotón.

—¿No le ofreció la de la condesa? —No sabía qué le sorprendía más, si que su madre no la hubiera tratado como correspondía o que la rubia lo hubiera permitido.

—Clarise dijo que no estaba preparada aún para tomarla. —Le espetó mientras se metía en su habitación para descansar. Tal vez se marchase de viaje por un tiempo. Harvey se había quedado en el campo para que nadie lo molestase y su madre le había prohibido pretender a las muchachas y se estaba convirtiendo en el recadero de todos.

Arnold tragó saliva y colocó su mano en el pomo. Deseaba que al abrir la puerta, la rubia estuviera de pie llorando y pidiendo perdón por mentirle y haber mandado a Harvey a por él.

Antes de abrir, supo que eso nunca iba a suceder. Clarise estaba sujetando la mano de su esposa mientras le hablaba dulcemente sobre las ventajas que tendría convertirse en la verdadera condesa de Lancaster. Le prometía que cuando abriese los ojos, le daría plenos poderes para dirigir la casa pero para que ello sucediese, debía despegar los párpados.

Los ojos del conde se llenaron de lágrimas al ver el panorama que se presentaba. Apenas quedaba luz, la chimenea era la única fuente potente. Se acercó a la cama con el corazón en un puño. Vio su rostro y ahogó un grito de horror. Una docena de puntos bien zurcidos surcaban su mejilla para pegar la piel que se había separado.

Una tablilla de madera estaba sujeta con cuerdas bajo la pierna derecha de ella. Arnold le colocó la mano en el hombro a su madre y esta la apretó con fuerza.

—Lo siento, hijo mío. No consigo que se despierte... No sé qué hacer.

—¿Qué... ha pasado? —El llanto se le atragantó en la garganta. Las lágrimas comenzaron a surcar sus mejillas.

—No lo sé... No lo sé. La dejé sola unos pocos minutos, pero se las apañó para llegar al establo y salir a montar. Le dije que en su estado no debía hacerlo... —Al oír esa frase Arnold cerró los ojos con fuerza.

—¿Ha perdido a... —tragó saliva—, ha perdido a mi hijo? —inquirió con tanta angustia que su madre se levantó para abrazarlo con fuerza.

—No. El señor Rice —era uno de los arrendatarios que dieron con ella—, dice que cuando la encontraron, ella se sujetaba el vientre para proteger al bebé. Les costó mucho que desplegase los brazos. ¡No es justo hijo mío! Ella tiene que vivir... —Ella comenzó a llorar también. Se había mostrado fuerte, pero la pena que la invadía era absoluta.

Clarise se separó de su hijo y lo miró con ternura.

—¿Qué ha dicho el médico? ¿Sigue en la casa? ¿No habrás dejado que salga de Melory Park, verdad? —Estaba tan nervioso.

Ella negó.

—El galeno está descansando en la habitación naranja. Sabe que no puede irse hasta que ella...

—Despertará, tiene que hacerlo —señaló con convicción.

—Arnold, la encontraron al borde del... —no sabía si seguir con la explicación.

—¿Iba a saltar? ¿Fues después de que yo...? —no supo cómo continuar la cuestión.

—No lo sé. Cuando te marchaste se desvaneció y despertó a la mañana siguiente. Parecía estar bien... pero tú fuiste... —volvió a callar, no debía hacerlo sentir culpable.

—Déjame con mi esposa, Clarise —pidió mientras se quitaba el sobretodo, la chaqueta y el chaleco.

—La doncella vendrá enseguida para adecentarla, puedes venir en unos minutos.

—Yo me ocuparé de mi mujer, madre. Tráeme todo lo que deba necesitar. Ella es mía y yo me haré cargo —apuntó mientras se sentaba en la silla que había estado ocupando su madre momentos antes—. Te avisaré cuando despierte.

—Ella no sabía que yo te había escrito una carta para hacerte venir. Tuve que hacerlo, hijo mío, porque los dos os amáis y sois demasiado testarudos para daros cuenta. Lo siento. De verdad, lamento lo que ha sucedido.

Su madre salió para darle intimidad a su hijo y Arnold se acercó más a ella. Le agarró con sumo cuidado una mano. Mirarla era descorazonador. Esa bella cara figuraba tan maltratada...

Colocó el rostro cerca de su esposa y dejó salir toda la pena que llevaba dentro. Lloró sin importar que un hombre no lo haría. Sollozó de pena y lamentación, implorando a los dioses que no se la llevaran. No así. Así, no.

—Lo siento, Amanda. Lo siento, mi amor. Por favor, abre los ojos y háblame, pero por lo que más quieras no me dejes solo. Despierta y discute conmigo. Muéstrame tu valentía y desdén. No me importa, solo hazlo. —Sollozó mientras ponía su cabeza bajo la mano de ella.

Era su esposa la que yacía inerte en la cama. Su mujer embarazada de su hijo, la que parecía que nunca abriría los ojos y él le había dicho todas aquellas cosas...

Dios tenía que darle la oportunidad de aclarar la situación con ella. Era un hombre, él debió haber controlado sus impulsos y haberla llevado por el camino correcto antes de que todo explotase por los aires. Si hubiera podido llegar hasta su corazón sin haber perdido los nervios...

Sabía cómo era ella porque ya se lo habían advertido y aun así se dejó caer en la trampa sin darse cuenta. Era Amanda, la bruja de hielo, una mujer venenosa, pero él la tomó por esposa y se

puso el reto de hacerla cambiar. No tuvo que haberse dejado llevar por todo ese rencor y celos que lo embargaron.

¡Pero si ni tan siquiera se puso de aquella manera cuando ella lo llamó por el nombre de otro hombre! ¿Por qué la cosa se había complicado tanto cuando vio que su madre no estaba enferma? Debió haber dado las gracias porque Clarise estuviera bien y haber aprovechado para hablar con su esposa de un modo más civilizado. ¡Fue imposible!

Llevaba tantas semanas sufriendo por ella, añorando su rostro, sus besos, sus caricias, sus gemidos... Verla a ella tan entera al pie de la escalera como si pudiera llevar su vida sin que él estuviera en medio... Eso lo derrotó por completo. Estaba tan bella como siempre y él le gritó y le arrojó toda su ira sin contemplaciones.

El corazón le dolía de tal forma que creyó que podría morir con ella ahí mismo. ¡No podía marcharse sin hablar con él!

—No, Amanda. No te permitiré que me abandones para ir a un lugar al que no podré seguirte. No puedes hacer eso —le dijo con ternura mientras le acariciaba el cabello.

En ese momento la rubia se movió. Fue algo muy breve, pero él sintió la cabeza de ella torcerse bajo su mano.

—Arnold... —oyó que lo llamaba en un susurro apenas inaudible pero que él sí entendió. Ella estaba sintiendo su presencia a su lado. ¡Tenía que ser eso! Amanda abriría los ojos aunque fuera para regañarlo por todo lo que le dijo. Confiaba en el espíritu combativo de ella para que hiciera algo como eso.

—Estoy aquí, mi amor. No te dejaré nunca —se juró con solemnidad.

Deseaba abrir los ojos para decirles que no hablasen tan alto. La cabeza le iba a explotar. Amanda había estado soñando cosas muy extrañas. Le susurraban palabras de aliento y apoyo a las que ella no podía responder. Oía sobre todo la voz de Arnold. Su esposo. Y unas manos la manipulaban y le hacían daño cuando le examinaban el rostro y una de sus piernas.

Quería chillarle a quien le estaba haciendo daño, pero tampoco podía.

Abrió los ojos y vio a muchas personas a su alrededor, pero estaba tan cansada... Los cerró rápidamente para volver a sumirse en la tranquilidad de un sueño calmado que le daba fuerzas. Arnold estaba allí. Amanda lo había visto.

Poco después, o mucho después —ella no lo sabía—, sentía unos paños húmedos en su cuerpo y tenía frío. Le molestaba que la movieran. Y la pierna. No conseguía mover la pierna. La tenía sujeta a una especie de ancla y si no la soltaba se ahogaría en el mar. Cayó al agua y sintió que sus pulmones seguían respirando bajo el agua. O tal vez ya no estaba bajo el agua. Había peces, un pulpo. El cadáver de su padre estaba allí abajo. Estaba con los ojos abiertos pero él no le daba miedo. A su lado se encontraba su difunto esposo. También la miraba. No sentía temor alguno,

porque sabía que Arnold los castigaría a ambos si osaban levantarle una mano. Y si el plan con su esposo fallaba, Clarise sacaría su pistola. No les temía. Ya no. No podían hacerle daño porque no estaba sola. Giró la cabeza mientras se mantenía en ese agua tan clara, y vio a un lado a Harvey, al otro a Michael, junto a Clarise. Arnold. Buscaba a Arnold y no lo encontraba. Amanda sintió un apretón en su mano. Miró ahí. Otra mano estaba enlazada con sus dedos. Levantó la mirada y sonrió complacida. Su esposo estaba a su lado y le tocaba la barriga mientras hablaba con su hijo todavía no nacido. Se le llenó el corazón de alegría al verse rodeada de una verdadera familia que la protegería de todo mal.

Nunca volvería a estar sola. Se sentía tan arropada. Amanda cerró los ojos porque necesitaba descansar. Él la sostenía entre sus brazos mientras Clarise daba órdenes al resto. No importaba, la protegerían, podía dormir en paz, bajar sus defensas. Su familia velaría su sueño.

Y con estas extrañas situaciones convivió durante una semana. Hasta que un día unos pétalos de rosas que le recorrían el cuello lograron que ella abriese los ojos durante más de un minuto.

Ese olor. Era él el que le estaba dando un cálido beso en su cuello.

—Uhm —le hacía cosquillas.

—¡Madre! —chilló Arnold desde la puerta cuando la vio despierta y desperezándose.

—No grites, esposo —pidió Amanda desde la cama mientras observaba las cosas a su alrededor.

La habitación se llenó de pronto de caras conocidas. Amanda sonrió y batió sus espesas pestañas.

—Siempre supe que sería una mujer admirada, pero nunca esperé ver este efecto en vosotros. —Bromeó desde el lecho mientras levantaba la mano hacia la mejilla de su esposo que estaba muy cerca de ella.

Arnold le agarró la mano y se la llevó hasta los labios.

—Nunca has sido tan preciosa, esposa mía.

—Sé que mientes porque me tira la mejilla derecha lo que supongo que es una cicatriz horrorosa que hará que me quieras menos. —No estaba tan preocupada por su apariencia como creía que debería estar.

—Es hora de salir —oyó que decía Clarise a su esposo y a Harvey. La americana había comprobado que al fin estaba consciente y el matrimonio necesitaba un poco de intimidad.

—Me has dado mi merecido. ¿No encontrase otra forma de vengarte que me causase menos sufrimiento, Amanda? —Su esposo se acercó todo cuanto pudo a ella para observarla con atención.

Ella le sonrió.

—No estaba segura de que estuvieras a mi lado, porque sé que te he hecho sufrir mucho. Pero te sentía. Te olía, el jabón de cardamomo... Sentía tus manos apretar las mías. Te oía. Todo estaba oscuro, pero tu voz me urgía a seguir el camino de regreso. me has guiado, esposo. —Confesó mientras una lágrima se le escapaba de la mejilla. Arnold se la limpió con atención de no hacerle ningún daño.

—¿Qué pasó, Amanda? ¿Por qué saliste sola a montar y menos cuando estás esperando la llegada de mi hijo?

La cara le cambió por completo. Se llevó la mano derecha al regazo.

—¿Está bien? ¿El bebé está bien?

—Sí. Es fuerte y tozudo como sus padres —él le sonrió mientras le acariciaba el pelo—. No vuelvas a hacerme esto, esposa. Prefiero tus gritos y tu veneno a tu silencio y tu quietud. Te lo

suplico, si has de castigarme, no vuelvas a intentar nada como lo que has tratado de hacer. — Arnold sentía el corazón más liviano ahora que estaba despierta.

—No sé porqué subí al caballo. Solo deseaba marcharme. Me dolía demasiado el corazón. Te vi ante mí y quise decirte muchas cosas, pero cuando percibí que estabas furioso... Solo me levanté de la cama y quise irme. Una serpiente se cruzó en nuestro camino y Sheila, la yegua, se encabritó. No recuerdo nada más. Solo tu voz en la soledad. Me decías cosas muy tiernas... Sentí tu amor, Arnold. Dime que no ha sido un sueño, dime que no es mentira. Por favor, dime que no es tarde para nosotros —nuevas lágrimas salieron de su mejilla. Eran de esperanza.

—Cada susurro fue dicho desde mi corazón, amor mío. No puedo vivir en un mundo no estés tú. Siento todo lo que nos ha sucedido. Solo promete que no tratarás de hacerte daño nunca.

—¿Daño? No. —Amanda negó sutilmente con la cabeza—. Estuve frente al precipito, es verdad que se me pasó por la cabeza hacer una tontería, pero fue solo durante un segundo. Si hubiera saltado, tu madre hubiera gritado tan fuerte que me hubiera despertado y no podía arriesgarme a despertar la ira de la americana. No contrariaría a tu madre de esa manera.

Arnold se rio con ligereza. Ese era el efecto que su madre causaba en los demás.

—Mi padre dice que te elegí porque eres más parecida, de lo que yo creo, a mi madre. Michael sostiene que los hijos se enamoran de mujeres que se parecen a sus madres.

—Lo que dices es muy extraño —Amanda arrugó la nariz al imaginar que algo así fuera verdad.

—Como sea, eres mi esposa, Amanda. Nunca deseé que te sucediera algo malo. No me he separado de tu lado ni un instante. Temí perderte y no me ha gustado nada la sensación. Aunque nos peleemos, por favor no me abandones. Te prometo que no dejaré de luchar por ti.

—Te has enfrentado a mi padre. Has puesto a mi difunto esposo en su lugar, Arnold. En mis sueños me has liberado de mis males. Eras tú quien ha peleado las luchas con las que yo no pude. Los he visto. Mi padre venía a buscarme en mis sueños. —Ella no sabía donde estaba el baronet, ni tenía deseos de averiguarlo, si estaba vivo o muerto, le daba igual—. Le has quitado la vara de las manos. Lo has desnudado en medio de Hyde Park y lo has azotado por cada una de las veces que él me hizo eso mismo a mí.

—Amadaaaa —susurró con horror al comprender lo que ese torturador le había hecho a su esposa. Cerró los ojos con fuerza al recordar una de las frases que él le espetó en medio de la bruma de la furia. Ella le acarició la mejilla y lo miró con ternura.

—Lo has matado por mí. Ya no puede atormentarme. Luego ha venido a verme el conde de Shewsbury. Llegó acompañado por tres hombres que lo favorecían en sus intimidades. Me apresaban y trataban de obligarme a complacerlos. Debes saber que nunca lo consiguieron. Ni mi padre ni mi esposo, ningún otro hombre aparte de ti me tocó íntimamente. Nunca. Shewsbury lo intentó en mi sueño y tú lo frenaste a tiempo. Mataste una vez más a mis dragones. Arnold, mis vivencias no deben servir para excusarme de mi conducta, pero siempre he estado sola. La única que sabía mis secretos era mi hermana y dos mujeres contra el mundo... Poco podíamos hacer. Me escudé en la indiferencia. Mi corazón no quería volver a sentir más humillaciones y decepción. Me blindé. Construí un muro tan alto que nadie conseguiría escalarlo jamás. No conté contigo, mi amor. No sé cómo, no sé cuándo, pero me enamoré de ti. Te amo tanto que estoy dispuesta a compartirte con tu amante. No tengo derecho a reclamar todo tu amor, cuando posiblemente esa otra mujer lo merezca mucho más. Menos ahora que intuyo que he dejado de ser bonita.

—Calla, por Dios, Amanda. Eres lo más bonito que verán mis ojos mientras viva. Eres mi luz. —Arnold se acercó para besarla con cuidado. Le dio un ligero beso porque no deseaba

abrumarla.

—Siempre hablabas de deseo... No soy bonita, sospecho que mi pierna está en peor estado que mi rostro, pero te prometo que hallaré el modo de que quieras seguir en mi lecho. Por favor, la que te pide que no la abandones soy yo. Si tengo que apelar a tu lastima lo haré, porque no deseo seguir existiendo si no estás a mi lado.

Arnold sintió una lágrima en su mejilla. Amanda se la limpió.

—No tengo ninguna amante, Amanda. No he visto a Rose desde... No sé ni desde cuándo.

—Desde nuestra boda... —recordó con pesar.

—Fui a verla, sí. Solo me quedé a dormir en su casa. Eres una poderosa bruja, no solo del hielo. —Él le guiñó un ojo—. Soy tuyo, mi amor. Mi hombría no desea a otra mujer. No he pensado en ella ni un instante porque tú ocupas el grueso de mis pensamientos.

—Yo te oí. No hace falta que me mientas. No volveré a portarme mal contigo. Lo prometo. No me engañes —suplicó con lástima.

—¿Qué oíste? Dime qué te aflige.

—Habíamos hecho el amor y creí que estábamos bien. Bajé a tu despacho y te oí decirle a alguien que le habían enviado una joya, y que ella deseaba verte. Dijiste que irías esa noche.

—¿Por eso huiste? ¿Estabas celosa? —expuso con una alegría que sabía que no debía exhibir.

—Sí. Yo... Fui a buscar a lord Exeter porque quería castigarte, lo reconozco. Te llamé por su nombre de pila porque no podía soportar que ella te tocara, que la tocaras tú como hacías conmigo. No deseaba estar celosa, no quería sentirme débil cuando pensaba en ti. Yo nunca he necesitado nada ni a nadie para salir adelante. Yo... —estaba mortificada al recordar, como susurró el nombre de Frederick mientras él aún estaba en su interior.

—Dios mío, Amanda. ¿Hemos hecho algo bien?

—Lo haré si me lo permites. Solo dime que no te divorciarás de mí.

—¡Claro que no me voy a divorciar de la mujer que amo! —expuso más alto de lo que había querido—. Lo que trato de decir —regresó a un tono más tranquilo—, es que no tengo a otra mujer con la que desee yacer, ni la tendré. Solo quiero tratar de ser feliz con la mujer que dará a luz a mi hijo.

—Estoy rota, Arnold. Ellos me rompieron... —confesó llena de pesadumbre—. Debes ser muy paciente conmigo. No puedo prometerte que la Amanda que conocías no se haya ido del todo. La tranquilidad del campo me mantiene cuerda. Las pesadillas se han ido desde que estoy aquí. No deseo volver a la ciudad. No al menos en un largo periodo de tiempo. Me gusta estar en familia. Quiero que mi hijo nazca rodeado de amor. Que sus padres sean felices. ¿Podremos conseguirlo, mi amor?

—Sí, Amanda. No te mentí cuando te dije que nunca abandono un proyecto y tú y mis hijos seréis mis mayores logros. Lamento cada una de mis palabras dichas. Hablaba la furia... —el tomó aire para seguir—, la desesperación por no tenerte a mi lado cada día, en mi lecho cada noche. No deseaba sentirme débil por tu falta de atención hacia mí. No quise decir nada de lo que dije.

—Sí. Si quisiste. No te culpo. Yo le he dicho cosas peores a la gente que se preocupaba por mí. Tenías derecho a expresarte. Comprendo que colmé tu paciencia y que debía merecer un castigo. Lo siento.

—Fue mi madre, ¿sabes? —confesó con vergüenza.

—¿Qué?

—Te eché la culpa de algo que había hecho mi madre. Fue Clarise la que me escribió diciendo

que estaba en su lecho de muerte y que yo debía volver a casa. En verdad, esposa, creí que habías terminado con sus nervios. Cuando llegué y la vi tan llena de vida, creí que habías usado esa excusa tan despreciable para tratar de manejarme... Perdí la poca cordura que me quedaba.

—Bueno —ella le acarició la mejilla—, no seré culpable de esa cuestión, pero los dos sabemos que lo soy de otras. Solo olvidemos el pasado, los malos momentos... En mis sueños lo hacíamos. Me abrazabas. Me dabas cobijo. Yo necesito eso de ti, Arnold.

—Lo tienes. Te lo daré. Lo juro, por la luna, que lo haré. —Sonó a verdadera promesa.

Amanda lo miró con interés.

—¿Cómo has dicho?

—Te lo mostraré en cuanto estés bien. —A Amanda le gustó ver esa sonrisa tan pícaro que su esposo había compuesto.

En ese momento la puerta de la habitación de Amanda se cerró por completo. Clarise sonrió satisfecha mientras la mirada acusadora de su esposo pasaba sobre ella.

—Tenía que asegurarme de que el asunto se zanjase. ¿Puedes culpar a una madre por velar por el bienestar de sus hijos?

—Clarise, llevas demasiado lejos tus atribuciones.

—Pues todavía me quedan dos hijos que casar. Mis atribuciones, como has dicho, no han hecho más que empezar.

—Me temo que es cierto. Has resuelto un problema pero otro peor se nos viene encima.

—¿Qué sucede ahora?

—La hija del vicario del pueblo argumenta que está embarazada y que el niño que nacerá es de Harvey.

—¡Dios santo! Siempre sospeché que sería mi hijo menor el que me llevaría a la tumba... Desde que me hizo permanecer en el lecho todos aquellos meses antes de que naciera, supe que una vez que fuera un hombre, me daría problemas.

—Envíalo a Texas con tu padre. Creo que Harvey allí se dará cuenta de que ser un hombre es más que seducir mujeres. —El padre de Arnold comprendía que su hijo menor debía tener un futuro mejor que el que se preveía que sería caer en malas manos.

—¿Estás seguro de que la muchacha miente? ¿Y si la ha seducido y es nuestro nieto?

—Harvey dice que no la tocaría ni con un palo. La muchacha no es del tipo que le gustan a tu hijo.

—No sé qué haré con él —apuntó derrotada la americana.

—No pienses en cosas malas. Un matrimonio se acaba de reconstruir, disfrutemos un poco del asunto. Nos lo merecemos, ¿no te parece? —preguntó retóricamente—. Me gusta mucho la esposa de nuestro hijo. No estuve seguro de si lograrías enderezarla a tiempo.

—¿Lo dudabas? —preguntó Clarise mientras caminaba al lado de su esposo con calma.

—No, eres tejana —la elogió Michael—. Al menos esta muchacha no se ha soltado nunca una ventosidad en público como hacía la otra... ¿La recuerdas? ¿Brianda? ¿Se llamaba Brianda? Me hizo reír mucho.

—Briana. Su nombre era Briana. Su familia se la llevó en plena noche... Creí que Arnold la traería de regreso. Tu hijo se veía muy dispuesto a tomarla por esposa. Lo de las flatulencias... No negaré que era divertida. ¿Qué será de ella?

La pregunta se quedó en el aire. Esa historia también era muy curiosa. No obstante, al fin la bruja de hielo había encontrado su redención y era lo que contaba. Clarise estaba satisfecha porque Arnold se veía enamorado y juntos serían felices.

Ella se ocuparía de que así fuese.

Epílogo

Dulce veneno bajo la luna

Aún no sabía cómo se había dejado convencer. El médico dio su consentimiento y ya su esposo fue imparabile. Desde el mismo momento en que la mirada de ambos se cruzó en aquella habitación en la que fueron sorprendidos, Amanda supo que la dominaría. Y por si entonces quedó alguna duda, los ojos de su amiga Angela, *lady* Monty, —esa a quien en cuanto estuviera bien visitaría para agradecer su intervención y tratar de arreglar las cosas— le revelaron que no tenía ninguna escapatoria.

¡Arnold era incontenible! La había llevado en el carruaje hasta el lago en plena noche de luna llena. Despachó al cochero y le dijo que regresase en un par de horas. La había desnudado pacientemente y él había hecho lo mismo para sumergirlos a ambos en el resplandor marfil del agua.

Las semanas habían corrido rápidas y sus lesiones estaban mucho mejor, pero su pierna se resistía a trabajar con normalidad todavía. Acusaba una cojera muy leve, casi imperceptible, pero que era molesta y vergonzosa de recordar porque ella varias veces se había burlado de la forma de andar de lord Exeter. No debió haberlo hecho, porque más allá de calumniar a una persona por un defecto físico, él consiguió su herida en el campo de batalla siendo un Soldado Valeroso, y ella obtuvo la suya por una ridícula caída en un caballo, a causa de su orgullo y soberbia.

—¿Estás bien?

—Es muy caliente —señaló cuando el agua la cubrió por completo—. Debo admitir que no sentí que fuera en verdad así. Es delicioso —explicó mientras se sostenía del cuello de su esposo.

—Creo que las termas hacen su papel, pero yo también estoy contribuyendo a que se caliente. Estoy hirviendo esposa —confesó mientras sentía la palpitación incontenible de su hombría—. Tenerte desnuda sobre mí es muy placentero.

—Hacer el amor contigo es una de mis mayores pasiones. Aunque tengo que objetar algo al respecto.

—¿Tienes alguna queja, esposa? —inquirió con humor.

—No deberías hacerme gritar tanto, esposo. Cuando veo la mirada de tus padres llena de picardía al día siguiente, me siento morir avergonzada. —Tanto se afanaba él en que llegase al éxtasis sin contención, y no una, sino dos o más veces, que era del todo vergonzoso.

—Pues hoy es tu noche de suerte, puede gritar alto porque solo la luna será testigo de nuestro amor. ¿Sabes que hay una bonita historia sobre el lugar en el que estamos?

Ella afirmó con la cabeza.

—Tu madre me la explicó. ¿Tú la crees?

—Te he traído aquí para que la luna selle nuestra unión, bendiga tu pierna y borre la cicatriz de tu mejilla.

—¿Te molesta que no sea tan bella? —inquirió mientras de la daba un beso ligero en los labios.

—Nunca te vi mejor, querida. Sobre todo en los momentos en los que me besas. Cuando vayamos a Londres, seremos la sensación de la temporada. Se especulará sobre que yo mismo te la hice para contenerte. Dirán que, celoso, te marqué para que nadie se fijase en tu belleza.

Afirmarán, sin error, que me volví loco. Estoy loco, Amanda. Te amo y te deseo desde que me levanto hasta que me duermo. —También pensó en que el señor March sería el que mayor alegría se llevaría cuando vieran a su condesa embarazada. Al final, su hombre de confianza sí recibiría su recompensa por haber creído en el amor que ellos estaban destinados a sentir.

—¿Y eso es malo? —inquirió con coquetería mientras tanteaba el miembro de su esposo con su mano y lo colocaba en su abertura.

—Sigue haciendo cosas como esa, y haré lo que desees de mí. Diré lo que necesites que diga y me convertiré en tu esclavo.

—Me gusta tu respuesta. —Ella sonrió ladina mientras le guiñaba un ojo. Colocó sus piernas bien para apoyarse en las nalgas de él y se dejó caer mientras Arnold los sujetaba a ambos de pie dentro del agua.

—Vendremos a ejercitar tu pierna aquí a menudo. —Consiguió decir Lancaster cuando su esposa se empaló y se quedó un minuto quieta con él dentro.

—¿Te hago el amor y piensas en mi pierna? —se quejó algo desanimada.

—Debo concentrarme en otras cosas si no quiero ponerme en evidencia, Amanda. Tienes mucho poder sobre mí y si recuerdo que mi vara está enterrada en tu interior, me derramaré al momento. ¿Te duele la pierna? —preguntó con verdadero interés. El bienestar de su esposa y su hijo era lo primero para él.

—No. Bajo el agua puedo moverla mucho mejor... Tanto que puedo hacer esto. —Amanda se aferró a sus hombros y comenzó a mecerse sobre él. Primero lo hizo con delicadeza, cuando vio que él empezaba a perder el control, y que no le dolía nada la pierna, lo hizo con mayor afán.

—Amanda, me gustaría disfrutar un poco más de ti. Si sigues haciendo eso, me harás terminar demasiado pronto —observó entre sonoros jadeos.

—¿Y qué hay de malo en ello? —le preguntó mientras gemía en su oreja y se la besaba con lujuria.

—Supongo que estará bien. Tengo el don de recuperarme muy rápido. Si me haces terminar pronto, volveremos a comenzar. —Emocionado, él le agarró las nalgas y la ayudó a darle el ritmo frenético que necesitaba para perderse en las profundidades de la pasión que le despertaba su esposa.

Y mientras Amanda le daba un placer excitante, Arnold miró al cielo para enfocar sus ojos en la luna. Rezó una plegaria para que ambos fuesen muy felices juntos, y para que su esposa se recuperase de las heridas lo más satisfactoriamente posible.

A cambio él prometió llamar a su primera hija Luna, en honor a la promesa hecha bajo los iluminadores y sanadores rayos de la madre del universo, porque si él sol era el astro padre, la luna debía de ser la madre.

Fin.

Nota de la autora

Querid@ amig@ lector@, como bien sabes, soy una autora que escribe de casi todo. Me gustan las historias cortas, largas, blancas, picantes, con un poco de erotismo... Y en especial, las de género histórico. Os invito a mirar en mi perfil de Amazon, ahí hay muchas historias de este género y algunas están gratuitas para Kindle Unlimited.

No suelo poner fechas porque me considero más una escritora de romance que una historiadora. Ello no implica que no me documente para no meter la pata. Sin embargo, puesto que intento crear mujeres fuertes, ya en sí estoy pecando de no ser fiel a la historia. Mis heroínas rara vez son lo que se supone que deberían ser las verdaderas damas de la época.

Amanda es una protagonista caprichosa y malcriada que se cree mejor que todo el mundo. Lo ha pasado mal pero ella se merecía un escarmiento y la felicidad. La he hecho sufrir un poco porque merecía humildad. Recordad que cuando se nos presentan hombres que son unos libertinos ogros egoístas, los perdonamos con facilidad... casi siempre. Las mujeres también deberían poder ser perdonadas sin concesiones cuando se equivocan y recapacitan.

Tened presente que lo único que pretendo es entreteneros con mi loca imaginación. Lo haré mejor o peor, pero si he conseguido que sonriáis me daré por satisfecha.

Con esta pequeña historia creo que cumplo lo que tantas me habéis solicitado, y era conocer la historia de Amanda y lord Lemory.

Para las que no conocéis a los tres Soldados Valerosos que regresaron de la guerra, deciros que tenéis en Amazon, por ejemplo, cuatro historias. Si sois de España, también se pueden adquirir en papel en cualquier librería. El nombre de las novelas: “Un coronel para lady Briana”, “Un capitán para lady Elisabeth” y “Un teniente para lady Olivia”. También he escrito la precuela, titulada: “Un beso bajo el muérdago”, que narra la historia de Samuel y Angela, pero este libro está solo en Amazon.

Del mismo modo, os adelanto que ya estoy trabajando en la historia de nuestro duque de York y sus compañeros. Ese libertino se merece caer de rodillas ante una mujer que lo haga entrar en vereda... ¿Verdad?

Tampoco descarto seguir la historia de Harvey, incluso la del hijo mediano que no ha aparecido aquí. Con una madre como la americana, ahí puede haber telita.

¡No me da la vida para escribir todo lo que deseo!

Lo haré mientras me leáis y me apoyéis. Palabrita de escritora libertina y agradecida.

Un beso muy grande y muchas gracias por vuestro apoyo.

Sobre la autora

Verónica Mengual, nacida en 1981, es española, vecina de Dénia. Se licenció en Periodismo por la Universidad Cardenal Herrera-CEU de Elche. Compagina su trabajo como redactora del semanario comarcal Canfali Marina Alta de Dénia desde 2006 con su faceta como escritora.

Descubrió su pasión por la lectura del género romántico de autoras de ficción histórica como Lisa Kleypas o Julia Quinn, sin olvidar a la más importante, Jane Austen.

Tras ser una lectora acérrima, decidió escribir aquello que le gustaría encontrar en este tipo de obras.

El romanticismo, en general, la enamora.

Síguela en Facebook: Verónica Mengual

Instagram: @veronica_mengual

Twitter: @VernicaMengual1

Todos su libros publicados hasta el momento, tanto los de editorial como los autopublicados, están en su página de autora de Amazon: <https://amzn.to/3mBB0xo>